



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ACATLÁN**

*Lo absurdo en El mito de Sísifo de Albert Camus*

**Tesis**

Que para obtener el título de

**Licenciado en Filosofía**

Presenta

**David Aguilar Guzmán**

Asesor: **Lic. Luis Fernando Martínez Madrid**

**Octubre, 2016**

Santa Cruz Acatlán, Naucalpan, Estado de México



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi pequeña familia,  
por ser mi mayor tesoro.*

## Índice

Prólogo.....	1
Introducción.....	4
Capítulo 1. El sentimiento absurdo	
1.1 El hombre y el mundo.....	8
1.2 El suicidio.....	22
1.3 La esperanza.....	31
Capítulo 2. El hombre absurdo	
2.1 Presente y futuro.....	39
2.2 La rebelión.....	47
2.3 La libertad.....	52
2.4 La pasión.....	58
Capítulo 3. Sísifo en nuestro tiempo	
3.1 Conciencia trágica.....	63
3.2 La conquista.....	76
3.3 La creación efímera.....	86
Conclusiones.....	100
Bibliografía.....	103

## Prólogo

Cada quien es presa de su época y uno siempre vive de acuerdo a la manera en que interpreta el mundo. A veces daría la impresión de que las actitudes, las pasiones, los pensamientos, es decir, lo que uno es, son obra del azar y no tienen razón de ser. Pero pensándolo cuidadosamente, sospecho que uno es en gran medida aquello que emerge de lo que acontece, esto es, somos el resultado de todas aquellas vivencias y circunstancias que se nos presentan. Las experiencias, en ese sentido, son la materia incomparable que nos brinda la posibilidad de forjarnos un modo de ser. Si se habla o se actúa de cierta manera es justamente porque las circunstancias nos orillan a hacerlo. Y aunque no todos obren de la misma manera ante un mismo fenómeno, lo cierto es que todos terminan haciendo lo que consideran mejor y más pertinente. Por todo ello, cuando pienso en Albert Camus, comprendo que su obra no es el resultado inmediato del azar, en lo absoluto. Más bien creo que su labor filosófica, como la de cualquier otro, es el claro reflejo de la complicada época que padeció. Y si uno comienza a involucrarse con el pensamiento de este autor, se observará que uno de sus pensamientos más recurrentes y desarrollados a lo largo de su obra es el de lo absurdo. Ante esto es válido preguntar ¿por qué Camus se empeñó en hablar de lo absurdo?

El tema de lo absurdo aparece en su obra como consecuencia de la realidad que el autor vivió. Hay que recordar que Albert Camus nace el 7 de noviembre de 1913 en Mondovi, lo que actualmente es Drean, Argelia. Nace en el seno de una familia de colonos franceses dedicados al cultivo del anacardo. Su madre, Catalina Elena Sintes, era analfabeta y padecía un problema auditivo. Su padre, Lucien Camus, muere durante la Primera Guerra Mundial cuando el pequeño Camus apenas tenía un año de edad. Al morir el padre, la madre y el hijo se trasladan a Argel a la casa de la abuela materna. Albert Camus crece rodeado de austeridad y privaciones. En casa no hay libros y para la familia la educación del pequeño infante no es elemental. Y acaso hayan tenido cierta razón en afirmar eso su madre y su abuela, pues cuando uno crece en la pobreza, el último de los lujos permitidos es el conocimiento. Se tiene que vivir realmente en la pobreza para saber distinguir la necesidad del deseo. Pero finalmente Camus asiste al colegio en medio de escasas económicas. Termina la primaria y el bachillerato sólo porque en aquél entonces se otorgaban algunas becas a los hijos de las víctimas de la guerra. Camus es uno de los afortunados y así obtiene ese privilegio que no todos los chicos de su barrio podían tener. Alentado por sus maestros, quienes observaron en el joven una brillante capacidad intelectual, logra labrarse un camino en el mundo de la literatura y la filosofía.

A medida que crece accede al conocimiento de los libros, pero yo diría que el conocimiento que más lo marcó fue el que obtuvo en sus jornadas fuera del colegio. De algún modo, ese barrio

austero; ese mar solitario; esos juegos con los amigos; el carácter rígido de su abuela y los silencios de su madre; todo aquello fue el verdadero conocimiento. Su pobreza desbordada y su soledad siempre presente lo llevaron a preguntarse cuál era el comportamiento humano, es decir, cómo son los seres humanos. En ese sentido, a partir de esos entrañables recuerdos y de la realidad que observaba comenzó indagar sobre el carácter de los hombres y su relación con el mundo.

Pero también hubo un par de cosas más que lo fueron orillando a abordar la naturaleza humana y más tarde el problema de lo absurdo. Lo primero fue la enfermedad que contrajo. Desde pequeño, Albert Camus sufrió de tuberculosis. Este problema fue tan significativo en su vida que incluso la enfermedad fue la que le impidió ser aceptado como profesor de filosofía y letras. La enfermedad y hasta cierto punto la decepción hicieron que años después emigrara a París. Y fue justamente en aquél lugar donde Camus desarrolló con más profundidad sus ideas y sus pasiones. Pero en cualquier caso la enfermedad siempre estuvo presente en él; quizá por eso pienso que se aventuró a explorar uno de las instancias más persistentes entre los humanos, el dolor. En efecto, el dolor que se siente corporalmente y que nos define finalmente como seres que perecen. El dolor se reconoce y es algo que no se puede negar; por ende, me parece lógico que gran parte de sus reflexiones partieran de un concepto tan básico como lo es el dolor.

Por otra parte, el segundo hecho que influyó a Camus y a otros pensadores contemporáneos a él fue la Segunda Guerra Mundial. Ese fue el motivo que lo orilló a ampliar sus pensamientos en el tema de lo absurdo. Ante la masacre y la razón dispuesta al servicio de la maldad, lo absurdo aparece como una consecuencia evidente. Sentir en carne propia los despiadados resultados de una guerra hace cuestionar absolutamente todo. La frialdad de aquella guerra hizo que pensara si tiene sentido la existencia. ¿Vale la pena vivir en tiempos donde la desgracia ha alcanzado su máxima expresión? Esa es quizá la más grande razón para plantear lo absurdo como una realidad y no como una idea sostenida en el aire. Vivir de cerca una guerra hace que el dolor traspase los límites del cuerpo y se instale también en el espíritu.

En toda su obra se puede notar el compromiso con la realidad; en ella denunció el curso de su época decadente tratando siempre de cuestionar y buscar los porqués de la realidad. Trabajó en varios periódicos y con el paso de los años fue publicando sus libros. Quiero decir que no sólo tuvo la oportunidad de desarrollar sus ideas a través de los libros, sino que también pudo emitir su juicio mediante las constantes publicaciones de la prensa. Ahí Camus encontró un medio para defender las ideas en las que creía y para ahondar en las situaciones particulares de la sociedad. Sus apuntes repercutieron en generaciones que lo escucharon atentos. Sus ideas incluso fueron valoradas y llevadas a otros terrenos como lo son la música, la pintura, el cine, etcétera. Esa peculiar forma de

ver la vida y de transformarla en filosofía le bastó para ganar el Premio Nobel de Literatura en 1957.

Nadie se imaginaba que tres años después de recibir el premio, Camus muriera en un choque automovilístico. Nadie lo pensaba, pero ¿acaso la muerte se ausenta en algún momento? Si hubo alguien que fue consciente y consecuente con la muerte, ese fue Camus. Cada hombre vive el tiempo que debe vivir y sin duda es en los actos donde uno puede descubrir la personalidad de cada quien. No me queda duda alguna de que Camus vivió y realmente sintió lo absurdo como un modo de vida. Aunque lo absurdo no sea la respuesta definitiva a las preguntas fundamentales que la filosofía plantea, si creo que al menos resulta una respuesta válida para aquellos que la viven en primera persona. Saber si vale la pena vivir es, finalmente, una tarea que cada uno debe responderse. Nadie más puede descifrar los misterios de nuestro corazón más que uno mismo.

A la distancia quedan las cenizas de su obra, del mismo modo en que nos quedan las cifras de las guerras. Sólo eso nos queda, el recuerdo y la memoria, aunque sólo sea por un tiempo. Menos de un siglo, apenas cuarenta y siete años vivió el filósofo argelino Albert Camus. Su vida, evidentemente, fue muy corta; sin embargo, eso no impidió que estudiara al hombre desde un punto de vista antropológico y filosófico. Como resultado de ese esfuerzo personal nos queda una obra muy amplia y muy diversa. Su escritura abarcó el ensayo filosófico, la novela, el teatro, el relato. Y si algo se evidencia en cada uno de sus trabajos es una preocupación auténtica por el hombre. Su pensamiento es un intento por describir cómo se comporta la naturaleza humana. Así mismo, su obra también nos permite observar parte de su propia vida, es decir, finalmente sus escritos son una especie de autobiografía que se cuenta a sí mismo. En la densidad de sus ideas aparecen las circunstancias de un pasado personal y general que no niega pero que cuestiona. Entonces ahí se aprecia la labor comprometida de alguien que no dudó en poner en crisis su propio mundo, su propia existencia.

## Introducción

En 1942 el clima político en el mundo no resultaba para nada prometedor. Por aquél entonces la Segunda Guerra Mundial continuaba arrasando con la humanidad. A su paso, la guerra humillaba la dignidad de los hombres y los reducía a un objeto fácilmente reemplazable. Es así que con la guerra palpitando noche y día, la humanidad retornaba a un terreno que no le era desconocido, el de la barbarie. Poco a poco el ambiente se volvía menos tolerable y la razón y el progreso que tanto enaltecía el mundo moderno encontró en el odio y la crueldad el medio perfecto para exponer sus más terribles alcances. Ante estas circunstancias, el presente y el futuro exhibían un panorama completamente desalentador.

Ese mismo año el filósofo argelino Albert Camus publica *El mito de Sísifo*. Libro de corte filosófico, cuyo contenido da cuenta de una profunda comprensión de la naturaleza humana. Su reflexión no se detiene a relatar específicamente la guerra que ve en primera fila, pero evidentemente la tiene presente y la aprovecha para exponer sus ideas. De hecho, es a partir de esas experiencias personales que el autor explora cuestionamientos relevantes para la filosofía y al mismo tiempo justifica su pensamiento. Al inicio del texto advierte que el suicidio es el único problema filosófico verdaderamente serio. Con esa sentencia el autor nos atropella desde el primer instante, nos plantea cara a cara el problema del sentido de la existencia humana. ¿Vale la pena vivir? Se trata de indagar en la cuestión que involucra a cada uno de nosotros y que cobra la mayor relevancia posible, pues la respuesta que demos nos definirá, supone, con claridad y precisión. Si se afirma o se niega que la vida vale la pena de ser vivida, entonces, habrá de argumentarse el por qué. Las respuestas de una sola sílaba no sirven para esta búsqueda, pues en principio, la densidad de la pregunta no lo permite; no obstante, el planteamiento inicial que introduce Camus invita a la reflexión cuidadosa, y eso, por sí mismo, es sumamente valioso.

Partiendo de esa afirmación, el camino que decide recorrer el autor conduce por naturaleza al de lo absurdo, ya que poner en duda el sentido de la existencia es considerar la posibilidad de que todo cuanto hay carece de sentido en sí mismo. De modo tal que lo absurdo es, en *El mito de Sísifo*, el punto de partida de toda reflexión. Lo absurdo es el concepto que adquiere un rostro propio y es a través de él que se entretajan todos los argumentos de su obra. Por tal motivo, al hacer esta reflexión en torno al sentido de la existencia, Albert Camus cuestiona dos posturas que pretenden explicar la existencia humana. Por una parte el pensamiento de quienes consideran que la razón lo es todo, es decir, aquellos que piensan que la razón es absoluta. Y por otra parte cuestiona el carácter religioso al que acude la humanidad para significar su vida. Ambas posturas son analizadas por el autor y ambas son necesarias para comprender el concepto de lo absurdo.



Expresadas así las cosas, diría yo que el problema de lo absurdo aparece como un cuestionamiento filosófico real que es necesario atender. Pero ¿de dónde emerge su necesidad? Por una parte de la realidad que a través de sus obras nos muestra Camus. Las preguntas y las críticas hacia la sociedad parten de un mal espiritual que aparece en él y no puede negar. La época que Camus ve transcurrir hace replantear todo lo establecido, todo lo ya sabido. En ese sentido sus preocupaciones se sienten totalmente honestas, uno cree entenderlas y uno se identifica con su melancólica manera de ver el mundo. Pero esa melancolía que nos empapa no es más que el reflejo de nuestra misma época. Nos identificamos con Camus porque nuestra decadente realidad no está muy alejada de la tormentosa sociedad en que vivió. Y es justamente por esta razón que también me surge la necesidad de hablar de lo absurdo; pues, sin volvernos totalmente pesimistas, habremos de reconocer que la vida, en general, nos estremece. Y este tiempo en el cual vivimos todos nosotros parece esforzarse en decirnos que todo presente y todo porvenir son totalmente irrelevantes. Nuestro mundo va y viene en un auténtico caos donde cada quien hace lo que quiere y donde todos, de alguna manera, terminamos siendo juez y parte. Ante esta situación, lo absurdo se vuelve un terreno necesario para la reflexión, pues si ya nada parece tener sentido, entonces es justo deliberar si la existencia es por naturaleza absurda.

Ahora bien, teniendo en cuenta la importancia de este tema, es preciso señalar la estructura del presente escrito, esto es, indicar cómo se abordará el asunto de lo absurdo y cómo se responderá la pregunta por el sentido de la vida. La estructura de la presente tesis está dividida en tres capítulos principales. El primero de ellos está dividido a su vez en tres apartados. El segundo capítulo reúne cuatro apartados y finalmente el último capítulo consta de tres apartados.

Debo señalar que la estructura de mi trabajo está hilvanado de tal manera que los capítulos son continuos, es decir, toda la argumentación está distribuida por una razón y no está elaborada azarosamente. En ese sentido, cada capítulo fue seleccionado cuidadosamente con la intención de responder y comprender el concepto de lo absurdo en la obra antes citada de Camus. Todo el desarrollo de esta investigación intenta comprender ese complicado concepto y es por ello que para lograrlo se vuelve fundamental analizarlo por partes, yendo de lo más simple o lo más complejo.

En cuanto al concepto de lo absurdo, debo aclarar que es muy amplio y su análisis se puede realizar desde distintos enfoques. Lo absurdo como concepto apela a lo no razonable, a lo que no se entiende y carece de sentido. La lógica, el lenguaje o incluso el arte suelen ser lugares comunes para su análisis filosófico. En este caso lo abordaré principalmente a partir de los argumentos que ofrece Camus. A grandes rasgos puedo señalar por ahora que el filósofo argelino lo expone a partir del conflicto que observa entre el hombre y el mundo. Un conflicto que nace porque ninguna de las

partes logra mantenerse en armonía con la otra. Para él, lo absurdo viene a ser aquello que rompe el orden que la razón persigue; es decir, lo absurdo es lo no razonable. Además considera que lo absurdo nace solamente cuando relacionamos unas ideas con otras. De este modo el hombre y el mundo entran al terreno de lo absurdo cuando chocan entre sí. Hay que tener esto en cuenta para comprender más adelante qué quiere decir cuando habla del sentimiento absurdo y también cuando se refiere al hombre como un ser absurdo. Pero también aclara que lo absurdo es tomado como punto de partida y no como conclusión; lo cual significa que lo absurdo es lo que guía su pensamiento y no el resultado al cual se llega luego de recorrer sus argumentos filosóficos. Por último debo aclarar que en la presente investigación lo absurdo también se mantiene dentro de los límites que se marcan en *El mito de Sísifo*. ¿Y cuáles son esos límites? Abordar los conceptos de lo absurdo, sentimiento absurdo y hombre absurdo desde la comprensión a la cual pueda llegar la razón sin que intervenga ninguna metafísica ni ninguna creencia. Quiero decir que lo absurdo se mantiene dentro de todo aquello que es evidente para la naturaleza humana, como lo son los sentidos y la razón. Lo importante para el filósofo de Dreaan es mantenerse en lo meramente humano aunque nuestros sentidos y nuestra razón sean limitadas para comprender el universo. Tal y como sostiene él mismo, la postura de *El mito de Sísifo* apela únicamente a una sensibilidad absurda, a una descripción en estado puro de un mal espiritual que aparece cuando intenta comprender su propia existencia. También esos son los límites de mi investigación y el concepto de lo absurdo será analizado principalmente a partir de las consideraciones antes dichas.

Ahora bien, en el primer capítulo titulado *El sentimiento absurdo*, me propongo analizar cómo es que el hombre llega a entrar en contacto con lo absurdo; es decir, qué ocurre en la vida de los hombres para que cuestionen su propia existencia. Sin dejar de lado los argumentos de Camus, indagaré justamente aquello que el filósofo argelino llama el sentimiento absurdo. ¿Qué es? ¿De dónde surge? Una vez atendido este asunto analizaré dos conceptos decisivos para la presente investigación: el suicidio y la esperanza. Comprender la naturaleza de estos conceptos y comprender su relevancia es fundamental para entender el pensamiento del argelino.

Mi intención en *El hombre absurdo*, es comprender justamente a qué se está refiriendo cuando habla de hombre absurdo. Para ello es necesario analizar la intrínseca relación entre el hombre y el tiempo, esto es, la percepción que tiene de su futuro, de su presente e incluso de su pasado. Aquí exploraré también la idea de anhelar el presente y cancelar el mañana. Para ello, habrá que desmenuzar los conceptos de rebelión, libertad y pasión respectivamente. Sólo con este modo de proceder será factible entender por qué para Camus el hombre absurdo es el hombre coherente.

Finalmente en el último capítulo titulado *Sísifo en nuestro tiempo* indagaré con más ahínco la pregunta por el sentido de la vida. Para ello, intentaré esclarecer lo más que pueda los conceptos de conciencia, conquista y creación. En este último capítulo, además de analizar los conceptos antes mencionados, será el lugar donde se verá con mayor claridad la postura que tengo ante todo el tema. Pero considero que más que una respuesta definitiva, daré una respuesta basada tanto en mi comprensión de la lectura de Camus como en mis propias hipótesis. Por tal motivo, más que una solución será un argumento y más que una respuesta una invitación a las preguntas filosóficas.

Albert Camus ha puesto el tema sobre la mesa y yo no puedo evadirlo. Lo absurdo aparece en mi espíritu cuando volteo y observo la realidad de este siglo XXI. Por suerte queda, entre otras cosas, la pregunta filosófica. La pregunta rica y complicada que no se contenta con una sola respuesta, con un solo argumento. Para nuestra fortuna la filosofía busca, propone, pero nunca termina por acabar, por eso siempre abundarán más preguntas que respuestas. Por todo ello, es preciso señalar que la presente investigación no es más que un acercamiento a ciertos temas que inquietan el espíritu e invitan al pensamiento a detenerse y observar con atención. Por todo ello, el cuerpo de este escrito explora el pensamiento del filósofo argelino con el afán de reflexionar y observar el carácter profundo, solitario y taciturno que hay en sus ideas.

## Capítulo 1. El sentimiento absurdo

### 1.1 El hombre y el mundo

*Però no vull que els teus ulls plorin:*

*digue'm adéu.*

*El camí fa pujada*

*i me'n vaig a peu.*

**Joan Manuel Serrat**

Preguntarse si vale la pena vivir parece ser un momento de reflexión al que no todas las personas llegan. Y no se llega a esa instancia porque no todos sienten esa necesidad de cuestionar su vida y en general la existencia, necesidad que por otra parte aparece espontáneamente entre los hombres y sin aparente razón alguna. Esa peculiar necesidad de preguntar, tan esencial para toda filosofía y para quien medita en esta cuestión, da fundamento a su existencia, desde el nacimiento hasta la muerte. Entonces la pregunta inquietante de si vale la pena vivir apunta a uno de los estados más lúcidos que puede padecer el ser humano. Un estado de plena conciencia en el que se vislumbra la relación del hombre y el mundo, un estado en el que se resta y suma valor al hecho particular y determinante de tener que vivir.

Esta pregunta, tan llena de incertidumbres, aparece en el libro *El mito de Sísifo* de Albert Camus y al acercarnos a dicha obra observamos que justamente es ella la pregunta fundamental en torno a la cual el pensamiento del filósofo argelino se va desdoblado de principio a fin. Con esa interrogante explora la naturaleza humana, la expone en sí misma, la cuestiona sin miramientos y le otorga un nuevo sentido, la del absurdo. Si vale la pena vivir y qué se entiende por lo absurdo, son también las interrogantes que me propongo tratar en esta reflexión y para ello analizaré los argumentos más importantes que se mencionan en esa obra.

Para comprender con claridad la pregunta por el sentido de la vida es necesario atender lo que Camus llama el sentimiento absurdo y con ello se deben analizar algunas preguntas fundamentales. ¿Cuál es la naturaleza del sentimiento absurdo? ¿Cómo nace este sentimiento en el hombre? ¿A dónde conduce este sentimiento absurdo? Pero para llegar a las respuestas hay que dar un paso atrás y observar a detalle un par de conceptos primarios: el hombre y el mundo. De esta manera, las

oscuridades que arroja la pregunta por el sentimiento absurdo serán aclaradas a partir de la comprensión que se tenga de esos dos conceptos; es decir, a partir de los argumentos que Camus nos ofrece de qué es el hombre, qué es el mundo y cuál es la naturaleza de la relación que se da entre ambos.

Debo pensar en primer lugar en el hombre real y no olvidar este hecho en ningún momento de la investigación. ¿A qué me refiero con hombre real? Ante todo pienso en el hombre vivo, el que observo al contemplar el mundo, el hombre que sueña, sufre, va a trabajar, ama, traiciona y es traicionado, el hombre contradictorio, el insatisfecho, el que desea saber, el que se angustia, el que contemplo al ver un espejo, en fin, el hombre que nace, vive y muere finalmente. Cualquier otro adjetivo es válido, mientras haga referencia a alguien real. Y esta consideración es importante para la presente investigación en la medida en que se trata justamente de una serie de reflexiones que tienen su origen en la obra antes citada de Camus, la cual deja ver una preocupación auténtica por cualquier hombre real que vive durante cierto tiempo en este mundo. En ese sentido y siguiendo la preocupación del filósofo de Drean, diría yo que esta es una reflexión que nace de las experiencias cotidianas. Del mundo y para el mundo son estas páginas. El esfuerzo consiste en evitar escribir palabras para fantasmas u hombres inexistentes, para el hombre como un concepto universal y vacío.

Teniendo esto en cuenta, diría que el hombre del que nos viene a hablar Camus no se aleja de los hombres que habitan este mundo. Partiendo de este hecho, hay una serie de elementos que caracterizan y exaltan a dicho hombre, una serie de elementos que lo van definiendo hasta desembocar en lo que él llama el hombre absurdo.

La costumbre de vivir es la primer característica reconocible. Mucho antes de que el hombre llegue al pensamiento adquiere la costumbre de vivir. Y adquirir la costumbre de vivir quiere decir que el hombre simplemente vive y a lo largo del tiempo que vive asume lo que el mundo le va ofreciendo. Quiero decir que no repara en cuestionamientos graves de su vida, sino que en realidad acomoda su existencia al mundo, él mismo se deja llevar sin mayores agitaciones o exaltaciones en su pensamiento y en su corazón. Esta costumbre de vivir de algún modo encadena, pues ciertamente no hay espacio aquí para la reflexión; pero al mismo tiempo es un espacio en el que no duele tanto tener que vivir y morir, pues al no haber preguntas lacerantes, todo parece marchar en paz.

Al no haber un constante momento de reflexión, es decir, cuando no se revisa y medita con detenimiento cuanto acontece en derredor, lo que sucede es que la costumbre orilla al hombre a una pérdida significativa. En este caso me refiero a una pérdida de sí mismo, de individualidad en

cuanto ser que piensa y siente. Pérdida significativa pues la costumbre demanda ante todo seguir por seguir, continuar día a día haciendo esencialmente lo mismo, sin grandes rupturas y cambios en su estructura. Al decir esto, pienso ciertamente en los hombres que están alejados de la reflexión y conducen su vida a partir de lo que se va presentando como si no pasara nada grave. ¿Realmente pasa algo grave cuando se está vivo? Naturalmente vivir nunca ha sido cosa sencilla. No obstante, apegándome a los hechos, comprendo que vivir es mucho más fácil de llevar cuando se acepta seguir el juego de la costumbre, esto es, cuando se prefiere vivir por vivir y cuando aún no se entra en ese mundo de preguntas interminables. Alejado de la duda el hombre es apaciguado y conducido en una total pérdida de sí mismo, en la que se integra todo su ser a la costumbre y en la que su inquietud deja de ser inquietud y se transforma finalmente en una aceptación pasiva de la existencia.

Así que la costumbre invita a asumir lo que el mundo ofrece y a seguirlo, no salirse del camino y no detenerse a preguntar por qué esto, para qué aquello, en fin, no cuestionar al mundo y exigirle respuestas:

Levantarse, coger el tranvía, cuatro horas de oficina o de fábrica, la comida, el tranvía, cuatro horas de trabajo, la cena, el sueño y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado con el mismo ritmo es una ruta que se sigue fácilmente durante la mayor parte del tiempo.<sup>1</sup>

Este paso cansino y sin pausa no exige del hombre un gran movimiento del pensamiento, ni mucho menos lo pone a prueba en instancias determinantes como cuando padece en todo su ser la desesperación, cuando entran en crisis todas sus creencias o cuando el mundo ya no le es lo suficientemente gratificante para vivir. Con todo, en ocasiones sucede algo espontáneo en los hombres, algo que los invita a pausar la costumbre y situarse con plena conciencia frente a la existencia. En determinadas circunstancias, eso que sucede de manera azarosa, afecta a los hombres al punto de dejarlos absolutamente solos en el terreno de las preguntas. Pero ese preguntar no es el que cuestiona por asuntos sin mayor trascendencia, por asuntos comunes, cotidianos y triviales. Si se me permite, pienso que se trata de un preguntar mucho más apremiante, pues es un preguntar que involucra la vida de cada quien, un preguntar en el que todo está en crisis y en el que se vuelve fundamental saber qué sentido tiene seguir, qué sentido tiene el pequeño acto de vivir.

---

<sup>1</sup> Albert Camus. *El mito de Sísifo*. p. 27.

Si como sostiene Camus, que la costumbre es esa ruta, esa vía que se sigue con facilidad durante la vida de los seres humanos, entonces es correcto decir que su contraria, la ruta del preguntar se aparta considerablemente de ella y al hacerlo, el hombre toma curso en un camino complicado y en ocasiones doloroso de seguir. Lo cierto es que este giro de un momento a otro aparece y de pronto comienza el auténtico movimiento en el hombre. De modo que, esa paz antes obtenida desaparece, puesto que al comenzar a observar a detalle y al cuestionar al mundo, toda la claridad se diluye y emergen una a una las incomprensiones. Se vuelve a ver la vida con otros ojos y esta comienza a parecer mucho más misteriosa que al principio, a la vez que todas esas certezas que se poseían entran en conflicto, al meditarlas minuciosamente se comprende que no son tan ciertas como aparentaban ser.

Ahora bien, el síntoma principal que conduce al hombre a la instancia de preguntarse es el del cansancio. Como tal, esa vida tan monótona y hasta cierto punto lineal que lleva día a día, va desgastando todo y consumiendo todo; por ende, no es raro que incluso nuestras más grandes pasiones terminen por rebasarnos y nos hagan aceptar que se está cansado de ellas. Así como a todo nos terminamos acostumbrando en este mundo, del mismo modo es posible que de todo nos terminemos cansando, incluso de vivir. Cuando el cansancio de la costumbre aparece, la actividad de preguntar también comienza a abrirse paso:

Pero un día surge el “por qué” y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro. “Comienza”: esto es importante. La lasitud está al final de los actos de una vida maquinal, pero inicia al mismo tiempo el movimiento de la conciencia. La despierta y provoca la continuación. La continuación es la vuelta inconsciente a la cadena o al despertar definitivo [...] En sí misma la lasitud tiene algo de repugnante. Debo concluir que es buena, pues todo comienza por la conciencia y nada vale sino por ella.<sup>2</sup>

Camus argumenta que el cansancio conduce al por qué y lleva razón en ello. Pues si el hecho maquinal de vivir, de llevar las actividades diarias al punto de irse desgastando, al punto de cansarse de ellas, no reparara en algún tipo de cuestionamientos, entonces no sería posible pensar en

---

<sup>2</sup> *Ibid.* A. Camus. p. 27.

un hombre entregado a la reflexión; y sin embargo, esos hombres existen. Lo cierto es que si esa vida comienza a ser pesada para quien la lleva, yo reconozco al menos un par de consideraciones. Por una parte la que menciona el filósofo argelino, la cuestión de ser rebasado y sentirse cansado por la costumbre de vivir y que al final hace que el hombre se pregunte por qué. Y la segunda consideración es que esa pregunta de por qué, atiende a una inquietud pequeña pero muy importante, la de querer saber, la de querer encontrar alguna respuesta. Como herramienta fundamental para conocer, la pregunta surge porque esta persona cansada de sí misma y del mundo ha descubierto que lo que hacía ya no le parece tan importante, ha puesto en tela de juicio su monótona vida y ahora se pregunta por qué esta vida, qué sentido tiene. De suerte que esa instancia clave que va de la pasividad al movimiento lo invita a cuestionar su existencia con total autenticidad, al punto de hacer que realmente quiera responder la pregunta del por qué, es decir, al punto de que busque con toda su fuerza las respuestas a todas esas incomprendiones que ahora aquejan su vida.

Una vez que el hombre da ese paso y comienza a desesperar de la costumbre es cuando realmente comienza a observar el mundo. ¿Y qué puede observar ahora? Lo que observa es un cambio en la percepción de un mundo que hasta hace unos instantes le resultaba claro y confortante. Esta nueva mirada redefine ese hecho y le indica que es principalmente lo opuesto. Ahora se ubica en un mundo oscuro y del cual parece ya no saber nada con certeza, pues ha pasado de asimilarlo todo y vivir su vida desde lo comfortable hasta el hecho irritante de ver cierta inutilidad en las cosas pequeñas que realizaba. Ahora le resta valor y sentido a sus propias aspiraciones, sueños, actos, pasiones, hábitos, etcétera. De este modo asevera Camus que la lasitud es el punto de partida que pone los cimientos de algo nuevo, en este caso del pensar y el sentir; y al mismo tiempo se comprende que no es un acontecimiento que sucede a diario y que no a todos les ocurre. Quiero decir que la frecuencia con la que la gente ahonda en la actividad del preguntar no se da de manera continua. Sí, quizá en algún instante de cansancio ineludible las dudas aparecen irremediamente hasta que se despejan con argumentos o esperanzas que uno se ofrece a sí mismo. Se buscan soluciones inmediatas para continuar, pero haciendo esto las dudas se disipan antes de poder llegar a sus propios límites y así es como se retorna inmediatamente a la pálida rutina. No obstante, pienso que el autor está hablando de ese preguntar que llega y no desaparece jamás, de ese incansable preguntar que es la esencia de quien filosofa. De tal manera que esta nueva observación que hace el hombre parte de contemplar al mundo y contemplarse dentro de él como un ser que piensa y que ya es consciente de la urgencia que demandan las preguntas respecto a su propia vida. Si alguien ha salido del tedio de la costumbre es porque quizá ha comenzado a preguntarse si vale la pena vivir.



Ya se dijo que este hombre arriba en algún momento de su vida a la actividad del preguntar, pero lo que falta decir sobre este asunto es la intención o lo que significa querer hallar respuestas. Pues bien, yo diría que este asunto que Camus aborda en su obra hace referencia a un hecho que en principio toda filosofía exige, la de poder llegar a conocer, la de poder alcanzar algún saber. Sin la simple posibilidad de poder llegar al saber, todo lo que acompaña a las preguntas y a la reflexión carecería de total sentido, tanto que ni siquiera el esfuerzo que se invierte tendría valor alguno. Sin embargo, siendo el saber algo posible entre los hombres, pues observo que algunos de los que me rodean poseen cierta sabiduría, diría yo que el significado de querer hallar respuestas parte esencialmente de querer abandonar la ignorancia.

No quiero apresurarme a decir que la naturaleza humana es para el saber, que todos los hombres buscan con afán conocer lo que observan del mundo, pues ciertamente noto que muchos se encuentran parcialmente cómodos con sus opiniones y creencias. Sin complicarse demasiado, estos hombres parecen ser felices, no necesitan encontrar el fundamento o la esencia de cada fenómeno que se presenta para vivir. Creen en dioses, opinan esto, opinan aquello, en otro momento cambian de parecer y así conducen sus jornadas. ¿Es posible vivir bajo creencias y opiniones? En efecto, la gran mayoría se comporta bajo esa premisa y considero, revisando los acontecimientos de la humanidad, que así ha sido desde tiempos lejanos. Por supuesto que se puede vivir así, en ese mundo de creencias y opiniones lo importante es quizá vivir antes que la de conocer con total claridad. No necesitan saber por qué el sol nace cada mañana o cuánto tarda en llegar su luz a la tierra; lo fundamental es que saben en qué épocas del año el calor del sol es mejor para cosechar los alimentos. Eso es todo lo que requieren y con eso les basta.

Algunos otros, sin embargo, sí se preguntan y van un poco más allá de las meras creencias y opiniones. Ahora de lo que se trata es de comprender y llegar a certezas que la razón humana necesita para sí misma. Y precisamente es por una necesidad de la razón humana que se decide buscar respuestas ante todos esos fenómenos que brotan incansablemente. De modo que una vez que se reconoce la ignorancia, se ve de igual manera que la complejidad del mundo se asemeja con la de un laberinto totalmente oscuro: esa es la vida que ahora observa el hombre.

Expresadas así las cosas, diría yo que comenzar a pensar representa buscar la claridad y la paz que el pensamiento humano ha dejado al salir de la costumbre. Quiero decir con esto una claridad de conocimiento que satisfaga las preguntas que la razón humana va trazándose, y a la vez obtener una paz que cumpla con un auténtico bienestar. Pues no puede haber paz mientras se busca algo con vehemencia, y cuando no se consigue salir de tan problemáticas incomprensiones, es posible que en lugar de arribar a cierta paz se llegue a la morada de la desesperación. Por eso mismo, si algo

representa querer abandonar la ignorancia, es justamente seguir a cada momento el camino de la razón humana y tratar de serle lo más fiel posible; esto en tanto ya no son suficientes esas opiniones y creencias que sí sirven para vivir pero que dejan a medias lo que la razón desea que le sea explicado minuciosamente.

Indispensablemente, la razón huye de la confusión, prefiere los lugares seguros, los métodos y los pasos lógicos le son más familiares. La claridad, la visión completa y óptima es lo que persigue todo razonamiento. Nada más valioso para el ser humano resulta el hecho de reafirmar la facultad del pensamiento en cualquier momento de la historia, sea en el arte, la filosofía, la ciencia, etcétera. Entonces a partir de ahí nace un orgullo del que muchos, por siglos, se han sentido plenamente identificados. Incluso, hoy en día aseveran que se ha alcanzado un dominio de la razón que ha rebasado sus propios límites y eso se refleja siempre en un concepto que a ellos les gusta llamar progreso. Ciertamente o no, lo evidente es que siempre que se razone, ya sea sobre un problema matemático, sobre la esencia del amor, sobre Dios o sobre los fundamentos de la moral, en cualquier caso, razonar significa que se busca abandonar cierto tipo de oscuridad, se busca dejar atrás lo incomprensible, en fin, se pretende arribar a la luz y a la unidad. Es esa la esencia de todo preguntar, es eso lo que se busca obtener cuando se decide pensar realmente. Y aunque se problematice todo en ese preguntar, resulta estimable para el pensamiento hacer ese esfuerzo, pues más allá de encontrar o no respuesta alguna, el significado que representa recorrer ese trayecto es en ocasiones mucho más valioso que el final al que se termina arribando.

De este modo, la tarea que se ha propuesto este hombre es la de comprender para poder continuar. Y esa comprensión apunta a dos caminos que terminan relacionándose en alguna instancia de su investigación. Requiere comprender el mundo y requiere comprenderse a sí mismo. ¿Es que en realidad ya no conoce su mundo y a sí mismo? Sucede que, al desesperar de la costumbre, la visión lo sitúa ante un mundo particularmente extraño. Y la palabra extraño en la lectura del filósofo de Dreaan hace referencia ante todo a un alejamiento de lo que parecía pertenecerle al hombre: el mundo. Por otra parte, ese alejamiento lo conduce a una sensación de pérdida. Dicho en otros términos, el hombre realiza un análisis de lo que se presenta ante él y al hacerlo va sacando sus conclusiones; en este caso, que el mundo es extraño e irracional para su razón.

Este mundo de algún modo comienza a ser inasible para la razón humana, todo se escapa o se confunde. Ella intenta reunir los pedazos de mundo que va asimilando pero por complicado que nos parezca entender, no logra unificarlos dentro de los terrenos de la claridad. Y cada vez que lo intenta el por qué hace su aparición y así comienza a abarcar cada aspecto y cada momento de su

tiempo. En ese sentido, al menos las preguntas que le surgen sí aclaran un par de consideraciones al respecto. Por una parte, que este mundo ha dejado de ser digerible para el entendimiento humano, ya no es posible manipularlo pues el hacerlo ya no basta para estar en paz con uno mismo. Y por otra parte, que esa extrañeza e irracionalidad del mundo es la que propicia que el sentido del mismo comience a perderse. Si antes resultaba claro y parecía tener un propósito o razón de ser, era porque el velo de la costumbre cubría todo y no permitía ver lo que siempre ha estado ahí:

La hostilidad primitiva del mundo remonta su curso hasta nosotros a través de milenios. Durante un segundo no lo comprendemos, porque durante siglos de él hemos comprendido las figuras y los dibujos que poníamos previamente, porque en adelante nos faltarán las fuerzas para emplear ese artificio. El mundo se nos escapa porque vuelve a ser él mismo. Esas apariencias enmascaradas por la costumbre vuelven a ser lo que son. Se alejan de nosotros.<sup>3</sup>

Lo cierto es que cada vez menos se entiende lo que este mundo significa y de ese modo parece que no hay una salida ante lo que ya se ha contaminado de incompreensión. Por eso, cuando el autor expresa que el mundo se nos escapa porque vuelve a ser él mismo, lo que en realidad está diciendo es que la humanidad es la que se ha encargado de otorgarle sentido y valor a las cosas a lo largo del tiempo. El mundo se nos escapa porque sólo fue nuestro cuando se le cubrió de apariencias y no por naturaleza. Sin las apariencias enmascaradas por la costumbre, el mundo y el hombre son ajenos el uno al otro y si existe algún tipo de relación o pertenencia eso sólo se da porque el hombre así lo ha establecido. De este modo la cultura humana se reduce a artificios rebuscados que el mismo hombre dio para sentir que este mundo le pertenecía y así sentirse parte de él. Interviniendo, llenando al mundo con significados se ha pretendido ocultar lo que el mundo en verdad es, es decir, un mundo simple, vacío, extraño, espeso, irracional e inaprensible para la razón. Sin los significados a los que la costumbre ha obligado el mundo es apenas eso y nada más. Un algo ahí expuesto ante el ser humano incapaz de proporcionarle la paz necesaria para estar en armonía, pues en esta instancia el hombre está demasiado lejos de la tranquilidad como para sentir la complacencia en todo su ser.

---

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 28-29.

Al existir una marcada carencia de valor y al sentir que el mundo ofrece un alto grado de irracionalidad, se deja al hombre desprotegido. El camino que buscaba recorrer, el del preguntar, le ha demostrado lo complejo que es reducir el mundo a lo que su propia razón puede comprender. Pese a esta enorme dificultad, también llega a reconocer con total franqueza uno de sus más persistentes estados. En este caso, Camus llama a ese estado nostalgia de unidad. ¿Qué se entiende por nostalgia de unidad? Considero que el concepto hace referencia ante todo a un querer obtener una claridad intelectual, esto es, una claridad que le permita conocer. Y en realidad lo que más desea conocer es este mundo extraño, este mundo que observa pero que no termina por aprehender. Esta nostalgia de unidad requiere de la luz para iluminar absolutamente todo, pues hay unos momentos en que incluso una piedra, un paisaje, un ser amado resultan incomprensibles, se desconoce su sentido y se pregunta para qué viven o por qué están ahí y eso llega a ser insoportable en algunos instantes. Pero la persistencia de querer conocer con claridad permanece y así, aunque el mundo no termine ofreciendo muchas cosas gratificantes para el pensamiento, se decide seguir ese camino y se busca al mismo tiempo aprender a vivir bajo esta norma.

La nostalgia de unidad refleja una impotencia punzante que va cortando y va dejando una herida difícil de sanar. Pero en este punto uno podría preguntar si realmente este hombre que plantea Albert Camus padece cada uno de estos momentos y si tienen razón de ser. Quiero decir, siguiendo el argumento, daría la impresión de que hay una exageración en este hombre y que es inverosímil ese malestar que expone. Uno podría juzgarlo y decir que no hay drama en el mundo, que vivir conlleva siempre complicaciones, que no todo en la vida es claro y que uno debe aprender a darle sentido a las cosas. Incluso, podría llegar a opinarse esa frase tan común e irritante de que cada quien es dueño de su propio destino y de esta forma cada quien conoce y obtiene lo que se ha procurado. Sin embargo, no veo que cada una de estas salidas satisfaga o atienda directamente el argumento del filósofo. Ninguna de ellas implica necesariamente que se ha resuelto el problema de la nostalgia de unidad, pues no lo encaran directamente. Lo que estas y otras salidas buscan es darle la espalda al problema de la conciencia que quita el velo del mundo; en el fondo, no desean problematizar o no desean salir de la comodidad que la costumbre les brinda. Es por eso que luego de meditarlo entiendo que no hay exageración y que por muy complicado que luzca, este hombre sí padece con plena conciencia cada uno de estos momentos que vengo retomando. Y a la vez entiendo el sentir de este hombre que padece la nostalgia de unidad cuando reconozco ese hecho en mí, cuando me contemplo y recuerdo que en algunos momentos de lucidez también he llegado a desconocer el mundo que me rodea.

El deseo profundo del espíritu mismo en sus operaciones más evolucionadas se une al sentimiento inconsciente del hombre ante su universo: es exigencia de familiaridad, apetito de claridad. Para un hombre, comprender el mundo es reducirlo a lo humano, marcarlo con su sello [...] el espíritu que trata de comprender la realidad no puede considerarse satisfecho salvo si la reduce a términos de pensamiento. Si el hombre reconociese que también el universo puede amar y sufrir, se reconciliaría. Si el pensamiento descubriese en los espejos cambiantes de los fenómenos relaciones eternas que los pudiesen resumir a sí mismas en un principio único, se podría hablar de una dicha del espíritu [...] Esta nostalgia de unidad, este apetito de absoluto ilustra el movimiento esencial del drama humano.<sup>4</sup>

Familiaridad, nociones claras para el pensamiento, eso demanda la nostalgia de unidad. No podría comprender el mundo en términos que no sean humanos; por ende, señala en un tono impotente y angustiado que existiría una reconciliación si viese que inclusive el universo es capaz de amar y sufrir, pues ahí se vería reflejado. Lo cual significa que este hombre no se sentiría totalmente ajeno al mundo, sino que más allá de asimilarlo como un ente distinto, llegaría a pensar que serían parte de una unidad mucho más grande y en la que entenderse el uno al otro no sería una dificultad. Pero justamente ocurre lo opuesto, el hombre, en esa búsqueda de claridad que la nostalgia de unidad le provoca, reconoce que su mundo se aleja cada vez más de lo que él siente que es. Y se aleja porque no encuentra un punto en el que pueda comprenderlo y llegar a decir que el mundo tiene una razón de ser, esto es, que no es irracional. Pero en ese sentido, lo que en realidad hay es una irreconciliación que se va agravando con cada pregunta que se hace. Por eso, la reconciliación es expresada únicamente como un ideal lejano y casi imposible de realizar; pero aun así, el hombre persiste en querer ver el mundo desde su propia naturaleza. De modo que cuanta más nostalgia de unidad hay, más necesidad de comprender a la existencia aparece.

¿Pero en qué sentido este asunto ilustra el movimiento esencial del drama humano? Primeramente diría que en este punto existe una ruptura irreparable entre el hombre y el mundo, de lo que cada uno es por esencia y luego de la unión que nace entre ambos. Dicho de otro modo, la clave para comprender ese drama humano es analizando la ruptura que se da entre ambas partes. Ya

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 31-32.

se dijo que por una parte el hombre padece una nostalgia de unidad, es decir, ese momento en que desea fervientemente entender su mundo, ese momento en que necesita llegar a claridades, a comprensiones que pueda su razón asir. En ello se basa toda nostalgia de unidad y esa será la persistencia para quien padezca dicha nostalgia. En el otro lado se encuentra el mundo, del cual se dijo que es un irracional que no encaja con lo que el hombre busca. Este mundo no razonable ha dejado de ser confortante y claro, ahora es principalmente una extrañeza para la razón humana, un nudo no desatado y una oscuridad para el corazón. Si se contemplan estas dos partes se verá que hay una tensión muy delicada: el hombre busca la claridad y el mundo le ofrece lo no razonable. Entonces de aquí nace un choque constante entre el hombre y el mundo. Este choque no tiene conciliación porque simplemente no se lo permiten sus elementos. Por el momento, lo único que parece unir a ambas partes es este choque desenfrenado y vital para quien realmente lo padece. Pero al mismo tiempo, este peculiar choque y esta unión provocan una ruptura de la cual me atrevo a decir que no hay marcha atrás. Me refiero a que la ruptura implica que por mucho empeño que se ponga, no será posible llegar a una unión limpia, auténtica, entre el hombre y su vida. De tal modo que esta ruptura, terrible si se me permite, es la culpable de que nazca el drama humano. Drama humano porque el deseo de claridad choca cada vez con lo no razonable del mundo y eso no conduce a la conciliación bajo ningún parámetro. En cierto modo parece decir Camus que todos estos momentos que el hombre sufre lo sitúan ante un desconuelo irreparable, una impotencia y una tristeza de no poder situar su vida en paz con su mundo. Al no existir nada confortante, el drama humano es el camino que de momento le queda recorrer a este hombre irreconciliable con el universo. Un drama que por otra parte ocurre solamente cuando los ojos de la conciencia se despiertan de ese sueño confortante de la vida pasiva.

Ahora bien, ya se analizaron las instancias que este hombre recorre para llegar a la pregunta fundamental que Camus elabora respecto a si vale la pena vivir. Como ya se mencionó, este hombre que nos presenta el filósofo expone principalmente la necesidad de asumir la costumbre, cansarse y desesperar de ella, ser consciente y comenzar a preguntar, salir de la costumbre, padecer esa nostalgia de unidad y claridad, así como comprender que la naturaleza humana deviene en un drama difícil de disolver. De modo que, por ahora, queda por reflexionar sobre el sentimiento absurdo. Ahora es lícito hablar sobre este asunto.

Hasta este momento de la investigación, queda claro que el mundo y el hombre chocan sin tregua alguna, los deseos del hombre y lo que el mundo ofrece conducen irremediabilmente a un callejón sin salida, no parece haber solución. Pues bien, justamente en ese choque que se produce nace el sentimiento absurdo. Me explico. El sentimiento absurdo viene a ser el conjunto de todos

esos momentos y padecimientos que un hombre puede llegar a experimentar, en este caso, esos momentos y padecimientos se limitan a los que he venido mencionando. Quiero decir que al final, el sentimiento absurdo es la sensación que le queda al hombre después de recorrer ese complejo camino, esa sensación que deja la comprensión clara de que la naturaleza humana y no sólo su pequeña existencia se reduce a un drama. El sentimiento que brota de las piedras de la conciencia lo dejan mal parado ante su mundo, pues ha descubierto que sin las máscaras de la costumbre, el mundo carece de sentido.

Debo aclarar que el sentimiento absurdo del que habla el filósofo no hace referencia a un sentimiento ciertamente placentero, nada de eso. Más bien es un sentimiento que denuncia verdad, es decir, verdad en el sentido en que expone las cosas tal como son, sin velos ni engaños. Este sentimiento absurdo que expone la verdad del mundo, no se limita a abarcar los límites de la razón humana; por el contrario, su sentido más fuerte apunta al sentir, en este caso, del corazón o el espíritu. Dicho de otra manera, la razón es infinitamente valiosa y útil para intentar comprender el mundo, pero a la vez, la razón vale porque el ser humano es capaz de sentir, no es únicamente pensamiento. En ese sentido, diría yo que la razón expone lo que el hombre siente y es así que los sentimientos impactan más en la vida de la gente, esto en tanto el sentir no se limita únicamente a los sentidos del cuerpo, sino que va más allá y afecta al espíritu, por ello pasan de un simple sentir a un sentimiento enredado como lo es el de lo absurdo.

La sensación que segrega lo absurdo no es precisamente la misma que dejan otros sentimientos, y no es igual porque ante todo, el sentimiento absurdo deja la abrumadora sensación de soledad. Y no sólo eso, sino que puede provocar que al contemplar aparezca también una náusea insoportable contra la humanidad o contra uno mismo, la extrañeza de no reconocer nada, sentir que el mundo se escapa y no nos pertenece, que es el peor de los mundos posibles. Se comienza a ver la vida con más crudeza y se va asumiendo que carece de racionalidad y en última instancia se llega a la consideración fatal del sentido de la vida.

Tampoco debo olvidar que lo absurdo apunta a aquello que es disonante, a lo que no cuadra, a lo que no suena en sintonía con lo que se escucha. Muestra de ello es el conflicto entre la nostalgia de unidad y lo que el mundo ofrece. Ahí, no cuadra que el hombre padezca esa persistente nostalgia de unidad cuando el mundo no es razonable y no puede ofrecerle en ningún momento lo que desea. Eso siempre será disonante y por eso el sentimiento absurdo aparece. Por lo tanto lo absurdo también es una carencia, es lo que no tiene sentido porque no está acoplado a la razón y puede llegar a ser contradictorio. Dichas así las cosas, observo que en la inteligencia humana lo absurdo detiene, es decir, pone el freno de mano y hace que se pregunte por qué tal o cual cosa no encaja

con la realidad, le da una sensación de irreconciliación con su mundo: ahí está el sentimiento absurdo.

Así mismo, considero que el sentimiento absurdo aparece como ese estado afectivo que a su vez proviene de la razón, en el que el hombre se impregna de incertidumbre y ya percibe al mundo sin tanto valor. De suerte que para Albert Camus, este ser es el que no logra hallar claridades, no logra conciliarse con el mundo, todo le resulta fuera de sí. Me da la impresión que el sentimiento absurdo abandona al hombre en el sendero de la impotencia, pues en el fondo, lo que busca es claridad; sin embargo, eso se encuentra fuera de sus posibilidades. Lo único que le queda es una carencia en su pensamiento y en su corazón que debe aprender a pagar.

También la inteligencia me dice, por lo tanto, a su manera, que este mundo es absurdo. Es inútil que su contraria, la razón ciega, pretenda que todo está claro; yo esperaba pruebas y deseaba que tuviese razón. Mas a pesar de tantos siglos presuntuosos y por encima de tantos hombres elocuentes y persuasivos, sé que eso es falso. En este plano, por lo menos, no hay felicidad si no puedo saber [...] Pero lo que resulta absurdo es la confrontación de ese irracional y ese deseo desenfrenado de claridad cuyo llamamiento resuena en lo más profundo del hombre. Lo absurdo depende tanto del hombre como del mundo. Es por el momento su único lazo.<sup>5</sup>

Se trata de llegar a saber para ser feliz o cuando menos para sentirse en paz con el mundo. Empero, si eso no es posible porque ni la razón, ni la nostalgia de unidad ni el universo lo permiten, qué queda sino la disputa entre ellas. Esa es la esencia y de ahí nace el sentimiento absurdo, nada más. Digo que en última instancia lo absurdo es, también, el conflicto mismo. Y por lo tanto, lo absurdo emerge sólo porque el hombre es consciente del conflicto, es decir, a partir de una contemplación silenciosa pero pertinaz; si esto no sucediera, el absurdo jamás haría acto de presencia. Por ello el absurdo depende, como dice el filósofo, tanto del hombre como del mundo, pues él es quien otorga cierto sentido a lo que él mismo va pensando y sintiendo.

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 36.



Expresadas así las cosas, el hombre que padece el sentimiento absurdo se encuentra en un punto en el que debe deliberar qué hacer. Quien ha caído al pozo del absurdo debe tomar una decisión crucial, esto es, una decisión que le permita encontrar sedantes que aminoren la impotencia y el drama que provoca la disputa antes mencionada o bien, que aprenda a vivir con ello. Se debe llegar a alguna resolución respecto a este absurdo que ciertamente desencanta, molesta y lastima. Ante esta cuestión, existen dos caminos que el autor inicialmente plantea, el suicidio y la esperanza.

## 1.2 El suicidio

Dice Cioran en uno de sus aforismos ¿Qué le ocurre, hombre, pero qué le ocurre? Nada, no me ocurre nada, es sólo que he dado un salto fuera de mi destino, y ahora ya no sé hacia dónde dirigirme, hacia qué correr...<sup>6</sup> Al leer esta idea, uno puede observar también una carga notoria de sensación absurda, hay en ella algo de desesperación e irreconciliación. Pensando en ese divorcio que ocurre entre el mundo y el hombre, observo que, cada vez que transcurre más tiempo, adquiere mucho más importancia la pregunta de si vale la pena vivir. ¿Por qué? ¿Por qué la vida se va tornado extraña y resulta cada vez más complicado poder asignarle su valor justo?

Parecería un capricho de la razón y un simple enojo del corazón, pero en realidad hay mucho más que eso, hay este sentimiento absurdo que, desde el momento en que aparece, provoca un giro inesperado y así ya nada vuelve a ser lo que era. Entonces uno podría ser ese hombre que pregunta, ese ser que observa con los ojos bien abiertos a aquél que está ahí, hundido en su derrota, con la cabeza al suelo. Cualquiera puede ser el que observa y pregunta, como dice Cioran, qué le ocurre hombre, pero eso sólo ocurre porque quien pregunta no está en conflicto con su mundo; por eso la pregunta no atiende eso que en verdad ocurre, por eso la pregunta no alcanza a ver el panorama completo y por eso mismo es imposible que, aunque pueda ser una pregunta sincera, sirva de consuelo bajo ninguna circunstancia.

Ese es el gran conflicto, pues para quien padece el sentimiento absurdo, los hombres tampoco son una solución eficaz, los argumentos e innumerables consejos y consuelos que intentan aportar no otorgan esa claridad necesaria que busca este hombre. De este modo resulta comprensible que gobierne la desesperación y que con total franqueza se responda que no ocurre nada, que se ha saltado del destino y que no se sabe a dónde dirigirse. Por eso, tratando de comprender la idea de Cioran junto con el pensamiento de Camus, diría que ese momento en que se afirma que se ha dado un salto fuera del destino, es equivalente a decir que se ha dado un salto fuera de la costumbre, fuera de lo que sí brinda la paz y los lazos que unen con el mundo. Y al mismo tiempo, ese saltar de la costumbre implica que se ha comenzado a pensar y dudar. Pero también creo que desde esta instancia lo que falta ante todo es la claridad que el hombre anhela, no hay tregua entre lo que el hombre desea y lo que el mundo ofrece; por ende, no resulta raro que el aforismo del filósofo rumano haga referencia a un hombre hundido en su propio sentimiento absurdo. Sí, pienso que lo que dice Cioran es justamente lo que en determinadas circunstancias también respondería este hombre que palpa lo absurdo, es decir, hay una desorientación evidente sobre lo que debe hacer con

---

<sup>6</sup> Cioran. *Del inconveniente de haber nacido*. p. 187.

él. Con esto, lo que me interesa por ahora es ver en qué medida el suicidio se puede plantear como opción ante el sentimiento absurdo, esto es, qué papel juega el suicidio para el pensamiento del filósofo argelino.

Al inicio de *El mito de Sísifo* el autor plantea que de hecho la pregunta filosófica más apremiante es la del suicidio, es decir, aquella que al mismo tiempo indaga si vale o no vale la pena vivir. La urgencia de responder esta cuestión es que al hacerlo, se está preguntando por la cuestión central de la filosofía. Evidentemente se nota el enorme peso que le otorga Camus al suicidio, lo ubica en el pináculo de la filosofía y de esta manera cualquier otra pregunta que la filosofía realice, saber qué es el bien, qué es el alma, que es la verdad, son cuestiones menos importantes. Y esto en la medida en que si se llega a cierta resolución de si vale o no vale la pena vivir, eso supondría que ya hay un sentido claro, la del sí o la del no. Y sólo así es que todas las preguntas posteriores tendrían su validez, antes no. Atender preguntas secundarias sin atender la principal representa tener oscuridades y una incompreensión del mismo preguntar.

Así que cuando volteo y observo con detenimiento el mundo, noto que más o menos todos tenemos una comprensión similar cuando nos referimos al suicidio, éste siempre nos sugiere que alguien se ha matado y los hechos siempre demuestran que las posibilidades para realizar el acto son tantas como uno quiera. Así, se sabe de gente que se avienta a las vías del tren, gente que se deja caer de un puente, gente que ingieren pastillas, gente que se ahorca o se dispara, etcétera. Para morir se han encontrado infinidad de métodos y algunos otros aún no se han descubierto; pero el fin en sí está ahí y cuando se ha llegado a esa determinante decisión, lo que menos termina importando es el camino que se decida recorrer para lograr el propósito. Más o menos eso queda claro cuando se piensa en el suicidio; empero, lo que nunca queda claro es saber por qué ese que acaba de morir, ha decidido acabar con su vida. Ese es el gran enigma que siempre ronda cada vez que se piensa en el suicidio.

Para comprender adecuadamente lo que representa el suicidio, hay que apelar en primer lugar al mismo lenguaje. Atendiendo lo que la palabra suicidio implica, se puede observar que ésta viene de dos términos del latín, *suicidium* formado de *sui* que se refiere a un *de sí*, y *cidium*, acto de matar, que viene del verbo *caedere* que hace referencia a cortar. Así, el suicidio apunta concretamente a la acción de quitarse la vida con plena conciencia, esto es, a la determinación que se ha tomado de acabar de una vez y para siempre con todo, quiero decir con el tiempo, con el espacio, en fin, con la vida finalmente.

Si como sugiere la palabra, que el suicidio demanda necesariamente que se tomen decisiones, entonces no es erróneo pensar que el ser humano tiene voluntad. En principio se puede aclarar que aunque existen algunos factores azarosos o fortuitos como el desesperar y salir de la costumbre, o comenzar a ser consciente, o comenzar a preguntar o padecer –sin que uno lo busque- el sentimiento absurdo, pese a estas instancias que parecen no estar sujetas a la voluntad del hombre, hay también espacio y tiempo para lo que el hombre sí puede realizar. En ese sentido, si bien no puede controlar la aparición del sentimiento absurdo, sí es capaz de decidir qué hacer una vez que se le ha reconocido con total claridad, puede elegir por ejemplo suicidarse.

Ahora bien, reflexionando en este punto, observo que toda voluntad apunta a un desear, al querer, a esa tendencia que se da de ir hacia algo. La voluntad es indispensable para la vida del hombre, pues es ella la fuerza que posee cada quien y que está íntimamente ligada entre el cuerpo y el espíritu, pues es la que sitúa al hombre en el ámbito de las posibilidades. Por ende, veo que la voluntad se expresa en el hombre en el actuar, en el movimiento siempre fluyente. Y si esto es así, quizá todo actuar está encaminado a la búsqueda de lo que se juzga que es mejor y más óptimo. Qué sea lo mejor y lo más óptimo es una cuestión que no me atrevo a dar, tal vez porque al observar el mundo y a mí mismo noto que es algo que varía siempre, pues lo mejor y más óptimo está siempre relacionado con lo que cada persona es, lo cual incluye sus pensamientos, sus inclinaciones, sus pasiones, sus sentimientos, sus momentos particulares, etcétera. Así, para muchos está en el honor, en el poder, en la contemplación, en el placer, etcétera. Sin embargo, aunque son distintos modos de comprender lo mejor y más óptimo, lo cierto es que todos observan que hay algo en ello que les produce un bienestar. Por eso, la búsqueda de lo mejor y más óptimo cambia de persona en persona, pero la esencia que involucra a todas esas búsquedas es lo que podríamos llamar al final de cuentas el bien. Se busca el bien porque éste procura una armonía en el ser humano, esto es, hay una plenitud corporal y espiritual, lo cual produce cierto tipo de felicidad. ¿Por qué? Porque eso es lo que me demuestra la humanidad, son hechos que están ahí y que no puedo negar; los hombres buscan su felicidad y en ello va impresa su voluntad. En ese sentido, estoy de acuerdo con el pensamiento de Aristóteles cuando sostiene que todo conocimiento y toda elección apuntan a algún bien, y que a ese bien se le puede nombrar felicidad. O dicho en otros términos, parte de la naturaleza humana consiste en buscar el bien, esto es, los hombres desean ser felices y cada acto que realizan intenta encaminarlos a dicha meta.

Entonces, si todo hombre aspira al bien, por qué de pronto aparece alguien y se suicida. ¿Acaso este hombre finito no deseaba ser feliz como todos los demás? Considero que no hay error en ello, pues en principio la deliberación de matarse implica un acto individual, no se trata de algo

compartido, de ningún modo. El suicidio brota siempre desde el corazón, lo cual no tiene mucho que ver con los demás; los otros únicamente pueden irlo perfilando a esa determinación, pero elegir el suicidio nunca será cosa de dos. Eso por una parte y por otra, no creo que quien está a punto de matarse se oponga al pensamiento aristotélico antes mencionado. Si considero que esta persona trae toda esa carga pesada de lo absurdo sobre sus hombros, entonces pienso ante todo en alguien que está al borde del abismo, este alguien que ha dado el salto fuera de su destino no deseaba padecer todo lo absurdo. Su anhelo se reducía a claridades de la razón y el espíritu, pero ahora que ha descubierto esa imposibilidad, ha mirado también que la felicidad se ha esfumado y que quizá, todo el bien que busca lo encontrará en otro lado, pero no en esta vida. Ese es el pensamiento de quien va a matarse, el que ya no cree en este mundo y el que piensa que matarse es lo mejor y más óptimo, pues aunque no sabe mucho sobre la muerte, prefiere eso con la esperanza de que ahí encontrará la paz que no pudo conseguir en esta vida. Al no poder salir de ese absurdo, su sentir ha ido orillándolo hasta la resolución de arrancar su vida de la vida, pensando que la muerte, lejos de ser considerada un mal, es el último acto que debe realizar para vencer al absurdo:

Matarse, en cierto sentido, y como en el melodrama, es confesar. Es confesar que se ha sido sobrepasado por la vida o que no se la comprende. Sin embargo, no vayamos demasiado lejos en esas analogías y volvamos a las palabras corrientes. Es solamente confesar que eso “no merece la pena”. [...] Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea instintivamente, el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento.<sup>7</sup>

Si la vida no vale la pena o no merece la pena, la opción que ofrece el suicidio parecería ser lo más sensato por hacer. Pues qué otra cosa podría provocar un vuelco del corazón, a dónde ir para encontrar ese brillo que ha desaparecido cuando el absurdo ha ocupado todo lugar. En efecto, morir voluntariamente presupone tener una sensación de íntimo vacío, esto es, que nada de cuanto hay en esta vida parecería tener sentido, pues de otro modo no se llegaría a tal consideración. Cuando el mundo es cubierto de significados positivos y negativos, es cuando parece que debemos vivir porque tenemos cosas que realizar, metas, sueños que cumplir, y así incansablemente añadimos y

---

<sup>7</sup> Albert Camus. *El mito de Sísifo*. p. 18.

quitamos sentido y más sentido hasta que la muerte finalmente nos detiene. Pero cuando nada de ese sentido está, cómo es posible seguir viviendo si ya nada es lo que era. Ahí sí que comprendo al que termina suicidándose, porque de su vida se le ha quitado todo y los que sí se matan lo sabían con todo el dolor del mundo. No obstante, también observo que llegar a esa instancia en el que parece que ya nada tiene sentido y que por eso mismo el suicidio se convierte en opción, es un momento real pero difícil de llegar. Y esto lo digo porque otorgarle sentido al mundo y dejarse llevar por la costumbre es algo sencillo, pero ir restando sentido hasta ya no tener nada es complicadísimo, esto en tanto el mundo mismo invita a que uno lo cubra con significaciones todo el tiempo. De este modo, aunque Camus plantea el suicidio como una posibilidad ante el sentimiento absurdo, yo considero que aunque son hechos reales, evidentes, tampoco es cosa común el llegar hasta esos límites.

Asumiendo entonces que el sentimiento absurdo representa la más desgarradora de las rupturas que puede haber, es justo indagar si éste conduce invariablemente al suicidio. Porque, más allá de entender ese divorcio entre el hombre y el mundo, no termina de quedar claro que el suicidio sea la solución al problema. Si la respuesta es sí, entonces será preciso asumir que todo aquél que se terminó suicidando padeció el sentimiento absurdo, lo cual nos daría las razones fundamentales de todo suicidio, esto es, quedaría claro que los motivos del suicidio son siempre los mismos que los del hombre que padece el sentimiento absurdo. De este modo, el análisis y las respuestas serían siempre las mismas: una vez que has reconocido el absurdo en ti, sabrás que tarde que temprano terminarás suicidándote porque a eso conduce el sentimiento absurdo y no hay nada que puedas hacer.

Pensando en lo anterior, veo que todo suicidio demanda una ruptura, un divorcio irreparable entre los anhelos del hombre y el mundo. Tal como sostiene Camus, de este choque es de donde nace lo absurdo, y nace porque se han desenmascarado los rostros del mundo y se le ha dejado desnudo. Y toda observación que se realiza sin las ficciones que los hombres otorgan, hace que el universo y no sólo el mundo favorezca la teoría de que nada tiene sentido. Es por ello que lo que le queda al hombre es una sensación desoladora, fulminante para todo pensamiento posterior, pues de ahora en adelante se pregunta cómo podrá vivir si ni siquiera tiene las fuerzas para engañarse cubriendo de nuevo al mundo con sueños. Cómo vivir con el sentimiento absurdo, cómo vivir si la vida no es razonable, cómo vivir si la realidad lastima a cada instante. Y en ciertos momentos devastadores también se pregunta si merece la pena vivir, si no será mejor abandonarlo todo, evadir lo absurdo de la existencia, si la muerte es la mejor opción. Debe haber esa ruptura para que nazca

la consideración del suicidio. Alguien que está en paz, de acuerdo, alguien que vive para realizar sus anhelos no considera el suicidio bajo ninguna circunstancia.

Sólo los hombres irreconciliados pueden acceder a la opción de matarse con plena conciencia; sin embargo, no todos terminan por matarse. Aunque esa ruptura predispone al pensamiento a tomar el suicidio, lo cierto es que tampoco termina por ser determinante. Cuántas veces no se ha visto que hombres aplastados por el sentimiento absurdo estuvieron a punto de matarse y al final no lo hicieron. Y esto ocurre, me parece, porque de la misma manera en que el absurdo se da tan azarosamente entre los hombres, también puede aparecer a veces un brillo de luz que detiene y hace que se suspenda por un instante lo absurdo. Una luz que invita a volver a ver el mundo y que dota, aunque sea también una ficción, al mundo con un poco de sentido. Por eso, el suicidio no es la única solución que hay ante el sentimiento absurdo, es decir, del sentimiento absurdo no se sigue inmediatamente la voluntad de matarse. A veces sí se cumple esa regla y la fórmula parece ser elocuente, pero a veces se cambia el suicidio por la esperanza o por querer permanecer en lo absurdo.

Con esto observo que el suicidio, como acto libre, necesita siempre de lo absurdo para poder concretarse; empero, no por ello el suicidio siempre aparece. Del mismo modo entiendo que el suicidio es una salida desesperada, el último recurso y la última voluntad de un condenado al absurdo. Digo que el suicidio expresa finalmente una sensata declaración, la que evade el absurdo, es cierto, pero también la que dice a gritos que es mejor evadir que permanecer en un mundo donde pase lo que pase, nada evitará que se le sienta como una insípida verdad.

Pero, por el contrario, en un universo privado repentinamente de ilusiones y de luces, el hombre se siente extraño. Es un exilio sin recurso, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida. Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decorado, es propiamente el sentimiento del absurdo. Como todos los hombres sanos han pensado en su propio suicidio, se podrá reconocer, sin más explicaciones, que hay un vínculo directo entre este sentimiento y la aspiración a la nada.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 18.

Evidentemente, qué otra cosa podría representar el suicidio y el sentimiento absurdo sino la aspiración a la nada. Albert Camus lo ha dicho clara y acertadamente, pues ser consciente de que no hay sentido en el mundo y elegir la muerte anuncian un par de verdades. Me refiero a que en el fondo, este hombre ha cancelado todo anhelo, ya no desea nada pero tampoco desea permanecer; por eso la muerte se convierte en una opción real. Nada es la aspiración que queda y si para conseguirla ha de tomar el suicidio lo hará sin titubear. Morir voluntariamente es eso, aspirar a la nada. Si hay sinceridad, se admitirá que la muerte siempre nos será un misterio y que no se la comprende, que los mitos, opiniones y creencias sobre ella son apenas ficciones que también otorgamos para sentirnos tranquilos, seguros. Por eso, la muerte es un hecho que existe pero que mientras estamos vivos siempre la experimentamos a partir de terceros. Todos los días muere alguien y esa ausencia que en distintos grados nos impacta conduce al pensamiento de que la humanidad al morir ha dejado de ser, esto es, su esencia se diluye hasta ya no ser lo que era, la humanidad deja de ser y por eso ya no es nada.

El suicidio entonces aspira a la nada, aunque para ello evada lo absurdo y con ello la existencia. De esta afirmación observo que en realidad, si todo carece de sentido, al mismo tiempo el suicidio se convierte en un acto que ha sido cubierto de ficciones. Suponer que la muerte brinda la paz que la vida no logra ofrecer, o que la muerte representa la nada, o que la muerte sí tiene sentido mientras que la vida no, son simples palabras que de algún modo este hombre se da para consolarse. Quiero decir que del mismo modo en que se llega a la conclusión que todo es carente, también se puede afirmar que matarse no es menos absurdo que ir a trabajar, trazarse metas, formar una familia o ser absolutamente pobre, etcétera. Si me atengo a los argumentos, llego a considerar que todo acto es carente y por lo tanto ninguno vale más que otro; o, como lo menciona Cioran, cualquier acto que cometa la humanidad es válido:

Habría que repetirse cada día: soy uno de esos que, por millones, se arrastran sobre la superficie de la tierra. Uno más solamente. Esa banalidad justifica cualquier conclusión, cualquier conducta o acto: libertinaje, castidad, suicidio, trabajo, crimen, pereza o rebeldía. De lo que se concluye que cada cual tiene razón en hacer lo que hace.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Cioran. *Del inconveniente de haber nacido*. p. 110.



Entiendo que se pueda discrepar sobre este punto, hacer ver que no todo acto es válido, pues en ese caso no habría espacio para el deber, la moralidad, la religión. Si cada acto despreciable por los hombres tiene razón de ser entonces para qué protestar o para qué enojarse. Que cada cual haga lo que desee, si se busca suicidio adelante, si hay que matar para calmar la ira adelante, para qué hacer escándalo si todo tiene cabida. Entiendo el enojo y el reproche que pudiera haber sobre este punto; no obstante, aquí lo único que se expone son los alcances de lo absurdo en los hechos particulares que cometen los humanos. La existencia como ese gran absurdo que se observa donde no se sabe por qué nace la gente o por qué muere, donde no se le comprende, esa es la única verdad aquí analizada. Por eso, decir que todo es absurdo significa que en realidad el sentido y el valor que pueda tener la existencia depende siempre de los hombres. Cuando se valora y se jerarquiza es cuando comienzan las diferencias de pensamiento; y así es que se puede o no estar de acuerdo con la idea de que todo acto es justificable. Pero se debe entender que dentro de este análisis la justificación nace en tanto se reconoce que el universo carece de fundamentos, por eso, al no ir la existencia hacia ninguna dirección establecida, los actos humanos poco parecen importar. Para el sentimiento absurdo el suicidio así termina siendo absolutamente legítimo y poco tiene que ver con cuestiones morales, únicamente es la respuesta al conflicto que ocurre de vez en cuando, la salida desesperada que se toma cuando el mundo interior y el mundo exterior han explotado para siempre.

Quizá es de este modo, quizá todo carece de propósito y el hombre en su intento por buscar esa paz y esa felicidad comete actos que para otros terminan por ser inaceptables. De pronto alguien se suicida y sus seres más íntimos se escandalizan, pero no observan que se trata de un acto más de la existencia, no menos grave que el acto de amar u olvidar. Pero eso sólo ocurre porque se miran los hechos siempre desde distintos enfoques. Un acto visto desde su propia desnudez, sin lenguaje ni pensamiento alguno es carente por sí mismo, no tiene razón de ser y por eso mismo es igual a cualquier otro. Cada quien imprime su sello y rige su vida de acuerdo a lo que piensa que es mejor, lo cual la mayoría de las veces equivale a seguir el pensamiento de generaciones y generaciones, esto es, la norma no cambia y así se vive en aparente calma siguiendo a los demás, siguiendo la costumbre. El problema no es lo que un hombre piensa y siente, en soledad un Zaratustra no le hace daño a nadie y del mismo modo en que sugiere Cioran, todo acto resulta válido. El problema se da cuando dos pensamientos chocan y ambos creen tener razón. El problema se da cuando en un planeta conviven millones de seres con millones de pensamientos y millones de sentimientos, ¿se puede llegar así a un auténtico entendimiento? ¿Cómo establecer qué es verdadero y qué es válido y qué no? Creo que eso es imposible. Pero es que en realidad no hay tal cosa como verdad absoluta, pues siguiendo los argumentos se observa que al no haber fundamentos, todos los pensamientos

terminan por ser válidos, es decir, todo acto o pensamiento es válido en tanto lo único evidente es que todo es absurdo y nada vale demasiado, por eso poco importa lo que se piense o se haga.

En principio el universo está ahí, como sostiene Camus, vacío, listo para ser llenado por los pensamientos y sueños del hombre. Aquí está un universo que ha sido cargado de significaciones y que a medida que crecemos y nos volvemos conscientes nos es más difícil desenmascarar. De ahí que la costumbre resulte lo más cómodo, de ahí que la mayoría evada las preguntas filosóficamente fundamentales. ¿Vale la pena vivir si este mundo parece no tener sentido? ¿El suicidio es opción cuando lo absurdo rebasa todo sendero humano?

Lo cierto es que para el filósofo argelino resulta determinante el asunto del suicidio. Ya se dijo que al preguntar por él se está preguntando por lo más importante de la filosofía, lo cual es crucial para comprender todo este análisis. Sin embargo, debe quedar claro que en ningún momento Camus hace una invitación al suicidio. No se le mal interprete por indagar sobre el suicidio. Si aborda el suicidio es porque éste aparece como una opción real ante el problema del sentimiento absurdo, es decir, atendiendo lo que representa el sentimiento absurdo, se puede comprender que una salida clara es la que busca evadir todo, y esa salida es la que toma el suicida. Así que únicamente es tomado aquí como una posibilidad real de esos ojos que capturan lo carente del mundo y que necesitan recobrar la tranquilidad aunque sea a través de la muerte. Y por eso mismo, el suicidio queda expuesto solamente como un acto al que se puede llegar en ciertas circunstancias; empero, ya se verá más adelante que el suicidio no es la respuesta que busca Camus. Pero antes de llegar a ello hay que indagar la otra salida, ahora es preciso analizar la esperanza.

### 1.3 La esperanza

Hay un hecho innegable, la petición de claridad que solicita el hombre no puede ser cumplida. Emprende una búsqueda porque su razón y nostalgia de unidad desean saber los fundamentos del mundo y de su vida, pero siempre choca con evidencias no razonables que están ahí y que no puede omitir. Sin esta solución para el pensamiento y el sentimiento, queda un vacío y una oscuridad que de a poco asfixia la vida de los hombres que sienten lo absurdo. Sufriendo esta dolorosa disnea, uno se pregunta si es posible vivir de esa manera, con esos terribles jadeos. Uno se pregunta si ese particular estado no orilla al hombre a querer salir cuanto antes, es decir, abandonar la sensación insípida que va dejando lo absurdo y así recobrar cierta paz y cierta lucidez del mundo que antes poseía.

Al reconocer que el mundo ha sido despojado de los fundamentos que lo hacían ser lo que era, se llega a la desesperación. Así, esta desesperación indica que se ha sido rebasado y que desde adentro, el hombre se consume en un fuego que no puede controlar, que no puede terminar de apagar. De este modo se produce esa incapacidad de poder reunir al mundo en una unidad y al mismo tiempo la vida personal se vuelve inasible. Entonces la desesperación que escurre por ese sentimiento absurdo hace que el hombre sea ante los ojos de la humanidad un ser condenado, un ser que no puede estar en sí mismo, alguien inquieto e impotente. El sentimiento absurdo siempre otorga desesperación, hundimiento espiritual. Ese es el hecho innegable del que habla Camus, y ya que no todos los hombres poseen la misma fuerza para sobreponerse o saber convivir con sus más oscuros pensamientos y sentimientos, es lógico que algunos busquen las salidas más rápidas. Algunos hombres persiguen su propio hundimiento con el fin de poner a prueba su fortaleza espiritual, quieren ver si son capaces de levantarse aun cuando ya no hay posibilidad alguna. Estos hombres viven al límite y muchos los consideran valiosos, incluso llegan a inspirar respeto. Por el contrario, quienes optan por salir o evadir algún hecho como este, se les puede llegar a tachar de cobardes y para muchos no hay virtud ni fortaleza. No obstante, a mí no me queda claro que quienes saltan de ciertos momentos cruciales como lo es el padecer lo absurdo, represente que hay cobardía en tal acto. Antes habría que pensar en las razones por las que una persona decide hacerlo y no sólo eso, pues si se considera que la fortaleza espiritual varía entre persona y persona, entonces la decisión de querer alejarse de lo absurdo es un acto sensato.

Se debe recordar que se trata de un asunto de elecciones, de voluntades. Ya se dijo que de igual manera el suicidio atiende a una necesidad de querer darle solución al absurdo. Que es un acto libre que busca siempre algo, el bienestar y la paz que el universo con toda su lógica incomprensible no puede dar. De este modo, también la esperanza aparece como una opción para darle solución al

sentimiento absurdo, esto es, la esperanza se convierte en ese camino al que los hombres terminan recurriendo con frecuencia. Con esta nueva posibilidad, aparece una pregunta que necesita ser respondida ¿cómo entiende Camus la esperanza en relación con el sentimiento absurdo?

Cuando pienso en los hombres pienso inevitablemente en el dolor. Recorro a él porque la vida misma responde a un gesto de la existencia que no llega a entenderse. El dolor daña, lastima, no permite la armonía, el bien. La esencia del dolor es incomprensible, uno se pregunta para qué está, cuál es su sentido. Como todo, el dolor también se manifiesta de distintas maneras, pero todo dolor, por pequeño que sea, impide la felicidad en los hombres. Me aseguran que por el dolor me doy cuenta que estoy vivo, pero no me sirve su consuelo, pues lo absurdo en el fondo es que el hombre tenga que sufrir. Si la muerte, por simple invocación hace que los hombres se sitúen con conciencia en el tiempo, no veo para qué además tengan que sufrir. Si la muerte nos hace humanos, seres de carne y hueso, adelante, la muerte es bienvenida; pero el dolor, en todas sus infinitas posibilidades, eso siempre me demuestra cuán absurda es la existencia. No contenta la existencia con matarnos nos hace seres para el dolor, seres susceptibles de quebrarse con cualquier cosa y en cualquier instante.

Un dolor como el que se experimenta cuando no se ha comido en días, un dolor semejante al de perder a un ser amado, un dolor tan desdichado como el de la derrota, un dolor como el que deja la traición, o el simple dolor que aparece con cada enfermedad, todo eso es absurdo. Quizá sea lo mismo estar vivo y sufrir, quizá el dolor acompaña a la vida siempre, no lo sé, pero por eso mismo desconozco si el dolor sirva de algo. Pienso que no, y al decir estas palabras me acerco más al pensamiento de Camus y noto que el mundo se escapa de mis manos, su lógica no la logro entender pues muchas cosas que contemplo no tienen sentido dentro de la existencia. Cuando pienso en lo absurdo, el dolor toma una delantera inmediata en relación con el resto de las entrañas de la existencia. Contemplando este mundo desde su desnudez se observa que no hay razón lógica para que el dolor exista; y sin embargo, existe. ¿Quién quiere permanecer en sus dolores?

Sin exagerar sostengo que el dolor lastima siempre y de acuerdo a los argumentos de Camus, comprendo que uno de los dolores más pesados es el que provoca el sentimiento absurdo. Se han dicho varias cosas sobre este asunto, pero debo recalcar un par de cuestiones importantes. Es decir, que de lo que habla el filósofo es de un sentimiento, ni más ni menos. Los sentimientos arrojan luz o definitivamente nos condenan a las penumbras, son agrado o dolor. El sentimiento absurdo revela la carencia de sentido que tiene la existencia, lo cual siempre conduce a un sentir vacío, solitario y doloroso; sin embargo, pese a lo revelador que resulte ser este sentimiento, lo cierto es que el dolor tan profundo que provoca no pasa desapercibido o indiferente. Estamos hablando del sentimiento

que indica que todo es absurdo, que el mundo no tiene fundamentos, que la vida no tiene fundamentos, que ningún acto o actitud vale más que otra; entonces, si todo es absurdo, por qué duele. Precisamente duele porque la naturaleza de este sentimiento rebasa todo pensamiento, es decir, la sensación de desesperación que queda no desaparece por el simple hecho de querer que desaparezca. O dicho de otro modo, en ocasiones la razón no alcanza a apaciguar todo el sentir del hombre y lo único que queda es aceptar el sentimiento y arrojarse a sus brazos.

Si el sentimiento absurdo deja un dolor inmenso, yo me pregunto qué es lo que un hombre haría ante tal situación. ¿Se quedaría a ver qué pasa o se iría de ahí? Quedarse, por muchos motivos, no se comprende; no obstante, no se descarta que suceda. Irse, por otra parte, muestra que no se desea vivir con dolor, que felicidad y dolor no pueden convivir nunca. Alguien que acerca su mano al fuego intuye qué pasará si la acerca más y más. Hay un dolor inminente que no se desea, pues todo dolor perjudica al cuerpo y al espíritu. Del mismo modo, el que padece el sentimiento absurdo con plena conciencia sabe a qué se enfrenta. Éste le muestra ante todo, que el universo no es razonable. Desde ese punto de vista, el sentimiento absurdo es muy revelador, pues muestra las cosas tal como son, sin velos ni ficciones. La cuestión debatible es que alguien desee permanecer ahí, es decir, aunque lo absurdo termine por ser iluminador, deja un dolor casi irreparable. Se llega a la consideración de que todo es carente y eso no es placentero en ningún momento. Pienso que, casi por naturaleza, el hombre, aunque sea consciente de sus dolores, preferiría no padecerlos aunque para ello tenga que negar la claridad. Un enfermo lo sabe mejor que nadie, el dolor puede decirle que está vivo o que habrá de morir, pero si por él fuera, daría todo por no padecer ninguno de esos dolores. Sucede lo mismo con el sentimiento absurdo, es revelador pero causa dolor; por ende, también en esta situación se puede desear no padecer ni saber. El filósofo argelino lo dice de la siguiente manera:

Me tomo la libertad de llamar aquí suicidio filosófico a la actitud existencial. Pero esto no implica un juicio. Es una manera cómoda de designar el movimiento por el cual un pensamiento se niega a sí mismo y tiende a superarse a sí mismo en lo que constituye su negación. La negación es el Dios de los existencialistas.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Albert Camus. El mito de Sísifo. p. 60.

Y en seguida añade lo siguiente:

Hay muchas maneras de saltar, pero lo esencial es saltar. Estas negaciones redentoras, estas contradicciones finales que niegan el obstáculo que no se ha saltado todavía, pueden nacer en tanto (tal es la paradoja a que tiende este razonamiento) de cierta inspiración religiosa como del orden racional. Aspiran siempre a lo eterno, y en eso solamente es en lo que dan el salto.<sup>11</sup>

Expresadas así las cosas, se debe entender que cuando Camus habla de suicidio filosófico, lo que está argumentando es que se cancela uno de los términos o momentos para poder salir de tal o cual estado. En este caso se refiere al del absurdo, que nace de la tensión y disputa entre el hombre y el mundo. Negando esa claridad que nace en el absurdo, el pensamiento del hombre pretende desentenderse de lo que está presenciando, quiere superar eso que lastima. Pero en realidad ese salto que quiere dar nace justamente porque todo lo que le provoca el sentimiento absurdo lo desespera hasta el punto en que ya no desea saber nada de él, no quiere saber más nada. Lo absurdo causa dolor y de este modo el salto, la negación se vuelven la esperanza mediante la cual se pretende disipar el sentimiento absurdo.

Del suicidio filosófico aparece la esperanza. Nace del movimiento interno de esperar algo que no se sabe con certeza pero se desea con fe. Lo esencial en la esperanza es precisamente eso, esperar, abrazarse a lo desconocido para la razón. Y es la esperanza que aspira a lo divino, a lo eterno, de la que está hablando el filósofo de Dreaan. Una esperanza que pretende ocultar la luz que le muestra su razón pero que también busca encontrar otra luz, la de la ilusión. Una esperanza que funge como refugio para los corazones que ya no pueden vivir únicamente con las verdades que la razón le ofrece. Esto en tanto se padece en carne propia la contradicción de la existencia, la que ordena que no puede haber conciliación entre el hombre y el mundo, la que ordena que nostalgia de unidad y realidad no pueden brindar la paz necesaria bajo ningún parámetro.

La esperanza en estos términos no puede ser sino problemática. La claridad que la razón da, aunque indique la falta de sentido del mundo, no debe ser rechazada. Quiero decir, si observo que esa es la realidad que hay, no debo negarla, pues al hacerlo estoy pretendiendo hacer como que no

---

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 60.

sucede nada. Negar, eso es lo que la esperanza realiza, por eso para Camus no es una opción a elegir. Y no lo es en tanto da un salto para no contemplar lo que sí es claro, esto es, lo absurdo. De ahí que diga que es una manera cómoda de superarse al negar lo que para el pensamiento es evidente.

El camino de la negación implica siempre un salto y una superación. Quien padece el sentimiento absurdo y también quienes no lo padecen hacen este movimiento y así llegan a la esperanza. Uno se podría preguntar ¿por qué la esperanza niega? En realidad el asunto se da porque la esperanza es creada por el hombre, pero esta creación no nace de la razón, de la lógica. Bajo el estricto paso de la razón no hay camino que conduzca a la esperanza, pues no se deriva de aquélla. Si algo muestra la razón es la claridad de contemplar un mundo vacío, espeso, que no deja ni produce esperanza. Esto significa que siguiendo la razón, no hay motivo para deducir de ahí todo el carácter divino, religioso, eterno, al que aspira la esperanza. Para Camus, la razón no encuentra los argumentos suficientes como para comprar el argumento religioso, es decir, el de la creencia en otra vida o el de la inmortalidad del alma. Eso no es lo que le dicta la razón y por ello para él toda negación, todo salto y esperanza equivale a una evasión de lo que sí existe con seguridad. La esperanza no es lógica y por eso no surge de la razón, pero sí nace para aliviar lo que la razón provoca. En ese sentido, la legitimidad de la esperanza se basa en los misterios del corazón, de la fe, más que en los de la razón y la inteligencia.

La esperanza poco tiene que ver con la razón, puede ser contemplada por ella y nada más, pero la comprensión auténtica de una esperanza siempre la sabremos con certeza por lo que el corazón es capaz de asimilar. Aunque sea un problema para la razón, no se puede negar su peculiar naturaleza y la manera en que conduce al pensamiento y comportamiento de los hombres en algunas circunstancias. Basta con recordar lo que el mismo Camus expone en su novela *La peste*, esa novela extraordinaria que narra también como el dolor y lo absurdo arrasan con la vida de la gente. En esa exposición el pueblo de Orán es invadido por una terrible peste, lo que provoca, además de las abundantes muertes, la cuarentena, el aislamiento con el resto del mundo. La pluma del autor conduce entonces a que el lector reflexione sobre la naturaleza humana y todas esas complejidades que incitan a la filosofía. De este modo llego al punto decisivo de su obra, pues en la historia, una vez que parece que todo está perdido y que la peste matará a todos los ciudadanos, es cuando milagrosamente ésta empieza a desaparecer. Y es justo en ese momento cuando nace en los corazones de la gente la pequeña esperanza:

Las calles, siempre silenciosas por el día, estaban invadidas de noche por una multitud en la que ahora predominaban los abrigos y las bufandas. Los cines y los cafés hacían los mismos negocios. Pero mirando detenidamente se podía ver que las caras estaban menos crispadas y que a veces hasta sonreían. [...] Era poco, sin duda. Pero este ligero matiz delataba los enormes progresos alcanzados por nuestros conciudadanos en el camino de la esperanza. Se puede decir, por otra parte, que a partir del momento en que la más ínfima esperanza se hizo posible en el ánimo de nuestros conciudadanos, el reinado efectivo de la peste había terminado.<sup>12</sup>

En las pequeñas cosas comienza el nacimiento de la esperanza. Un gesto, un acto, una palabra aparentemente insignificante otorga las herramientas suficientes para edificar eso que apacigua el dolor. Por ello, si es cierto que se puede hablar de progreso, ese tiene que ser el de la esperanza, el del aliento para continuar. Cuando ya no se espera nada es cuando la esperanza puede aparecer con mayor presencia. Se observa con total claridad en los ciudadanos de Orán. Un grupo de hombres sin esperanza es un grupo de hombres sin mañana. Por eso la esperanza derroca la peste, porque permite al hombre creer en un bienestar, aun cuando eso sea un mero acto de fe. El tintero de ilusiones que la esperanza da se apodera de la vida de los hombres y aunque estos observen que el mundo es carente y que la esperanza misma es un simple anhelo, se abrazan a ella para colmar su sufrimiento. De este modo, la esperanza se produce como un acto libre que el ser humano toma, pues es él quien busca remediar los dolores y es él quien acepta seguir el camino de las ficciones. Siendo un acto libre, se puede observar que hay opiniones divididas sobre este punto, sobre si se debe o no elegir la esperanza.

Regreso al hombre que padece el sentimiento absurdo para comprender el asunto de la esperanza de mejor manera. ¿Por qué este hombre carente decide negar la claridad que su razón le dicta? Hay un hecho que no puedo olvidar, el dolor que produce la contemplación de un mundo sin sentido. No se necesitan grandes razonamientos para aceptar que lo absurdo es esa peste que avanza y carcome todo cuanto encuentra. Lo principal que devora es el sentido, con el absurdo todo sentido se desvanece y pasa a ser únicamente un recuerdo. Entonces, si todo el sentido deja de existir lo que queda es el mundo, ahí, vacío y sin mayor significado que el que el absurdo hace ver.

---

<sup>12</sup> Albert Camus. *La peste*. p. 223.



Me imagino en este punto que un gran dolor condiciona la vida de los hombres, un dolor innegable que en el fondo de sus corazones desearían que no estuviera. Para reparar ese daño, para sedar el sufrimiento está el camino de la esperanza. Justo aquí la esperanza se revela como la luz que todo condenado a las tinieblas ha soñado cada noche, una luz milagrosa y curativa. Quiero decir que la esperanza funge entonces como la proveedora de sentido, es decir, la que crea e instaura de nuevo el valor al mundo. Ya se dijo que lo absurdo muestra lo carente y vacío de la existencia, pues bien, con la esperanza, ese sentido regresa y vuelve a ocupar el lugar que antes tenía. Está en su naturaleza dar a los hombres motivos, expectativas, futuro.

Desde la perspectiva de Camus, se trata de prioridades, de vivir desengañados o vivir engañados. Mientras alivie el peso de lo absurdo, poco importa si la esperanza es concebida como algo artificial, si está llena de ilusiones y sueños inciertos. En otras palabras, la esperanza esencialmente es el oxígeno limpio que los pulmones requieren para dejar de respirar la contaminación del sentimiento absurdo. Además, la esperanza, aunque tenga un carácter ilusorio, es más confortante que los fríos pensamientos; por ende, muchos hombres prefieren vivir bajo el techo de la ilusión, esto en la medida en que el sentimiento absurdo puede llegar a ser insostenible. Ahí se comprende el que los hombres la prefieran aunque para ello tengan que negar, aunque tengan que dar un salto. Se comprende la esperanza que aspira a lo eterno y se comprende el acto libre de elegirla, mas no se toma como la solución al conflicto aquí tratado. Con toda la razón de ser de la esperanza y con todos los efectos que produce a la humanidad, no deja de ser una evasión, una ilusión y una oportunidad para dar el salto y desentender al hombre del camino del absurdo:

Si hay absurdo, lo hay en el universo del hombre. Desde el instante en que su noción se transforma en trampolín para la eternidad ya no está ligada a la lucidez humana. Lo absurdo no es ya esa evidencia que el hombre comprueba sin consentir en ella. Se elude la lucha. El hombre integra lo absurdo y en esta comunión hace desaparecer su característica esencial, que es oposición, desgarramiento, divorcio. Ese salto es un escape.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Albert Camus. *El mito de Sísifo*. p. 53.

No hay lucidez humana en el trampolín de la esperanza. Al no haber esa disputa que mantenía al hombre en la jugada de su propia reflexión se cancela lo que hasta ahora resulta más importante. Se pierde al tomar esta opción el sentimiento absurdo. Un valle de ilusiones acompaña toda esperanza, pero por eso mismo, lo absurdo deja de ser un problema. En la esperanza se busca desenredar el conflicto del hombre y el mundo, por eso lo absurdo, que nació de ese choque, también deja de ser un problema real. Pero este camino me muestra que lo absurdo puede no ser soportable, es decir, puede superar toda lógica y toda fortaleza espiritual. De este modo, queda claro que lo absurdo conduce también a la posibilidad de tomar la esperanza como ese bálsamo de curación, aunque ello implique tener que negar la realidad.

Si bien es cierto que la esperanza brinda cierta paz, no lo es menos el hecho de que implica siempre una evasión. Ya que toda esperanza está construida con ilusiones se pretende ocultar el choque evidente entre el hombre y el mundo. Esa pretensión desproporcionada puede crear un terreno bello donde se posa el sentido del mundo, pero al mismo tiempo cancela la claridad de la razón. Ese salto es para Camus algo imperdonable, porque al igual que el suicidio, la esperanza viene a representar una salida desesperada. La muerte y la esperanza siempre cancelan lo absurdo. Al final de cuentas toda salida desesperada representa una sola cosa, no querer quedarse a observar qué puede pasar si uno se mantiene atento, firme, sereno, con sus verdades más profundas y con sus pensamientos más desgarradores.

## Capítulo 2. El hombre absurdo

### 2.1 Presente y futuro

Con lo dicho en el capítulo anterior, queda claro que la complejidad del sentimiento absurdo atiende en todo momento a la pregunta fundamental de si vale la pena vivir. Se intenta saber si las condiciones del mundo junto con los anhelos personales permiten mantener una relación más bien de armonía que de confrontación. Reflexionando en el despertar de la razón que hace del hombre un ser atento, un ser que mira ya sin máscaras al universo, se llega a la certeza de que en realidad hay una carencia general. Se descubre que nada es claro y que el mundo, más allá de sentir que es de uno, se aleja y se transforma en aquello que no se anhela. La pérdida de valor, de sentido que se siente hace que brote por todos lados el sentimiento absurdo. Ya nada resulta verdaderamente gratificante para el espíritu humano y así, nos dice Albert Camus, el suicidio y la esperanza son las salidas que se eligen en ciertos momentos de desesperación.

Ante esta situación se podría aseverar que el suicidio y la esperanza responden tajantemente que la vida no vale la pena. Por eso la muerte corta con todo y pone punto final al problema. Del mismo modo en que la esperanza, al perseguir la eternidad y lo divino, acepta que la vida carece de todo sentido, o lo que es lo mismo, que únicamente sirve en tanto es el medio necesario para llegar a una vida eterna. Lo que sucede es que ambos, suicidio y esperanza, desvían la mirada con la firme intención de ya no saber nada del sentimiento absurdo. Nadie dijo que la crudeza que muestra lo absurdo fuera cosa sencilla de llevar, pero si algo es evidente, es que estas salidas responden que la vida no vale la pena y por ello en todo momento se desentienden de la realidad.

El hombre y el mundo están irreconciliados y por ende todo indicaría que de lo absurdo se sigue el suicidio o la esperanza. Que de la lucha no se sigue la tregua ni mucho menos una conciliación auténtica, esto es, que se trata de un combate que consume mansamente el espíritu de los hombres. Sin embargo, queda una posibilidad por explorar, una posibilidad que como se irá viendo, es la que persigue el pensamiento de Camus y con la cual yo concuerdo abiertamente. Esta instancia apunta a la íntima relación que se da entre el hombre absurdo, el presente y el futuro. Qué tipo de relación existe y qué consecuencias provoca son principalmente las preguntas que abordaré en este capítulo. Pero para llegar a esos complicados argumentos es menester aclarar primeramente un par de cuestiones. Es preciso añadir una última cosa sobre el sentimiento absurdo, pues al hacerlo se entenderá que da fundamento a la esencia de lo que representa el hombre absurdo. De modo que es necesario distinguir el sentimiento absurdo del hombre absurdo, pues aunque parece que son la misma cosa, se observará que existen grandes diferencias entre uno y otro.

Digo en primer lugar que lo absurdo es la noción no razonable que muestra que la existencia por naturaleza no tiene valor o sentido, esto es, que tiene valor únicamente en tanto son los seres humanos quienes lo otorgan de acuerdo a su razón o su pasión. Un fenómeno tan cotidiano como ir a trabajar posee una carga tan desgastada pero vigente que casi nadie pone en entredicho su valor, sea cual sea ese valor. Pero si ese fenómeno se observa desde la noción absurda, entonces lo único que se ve es un acto tan vacío que lo único que puede provocar es una incompreensión, una sensación de extrañeza y hasta de irritación. ¿Realmente valen los actos tan humanamente pequeños? ¿De qué sentido se habla cuando se intenta comprender el universo? Hacia ese estado tan peculiar conduce lo absurdo, pero debo añadir que éste también nace de la lucha incesante de saber que la nostalgia de unidad y lo que ofrece el mundo no pueden unirse bajo ninguna forma; por el contrario, lo absurdo es precisamente ese divorcio, esa disputa incansable que determina cada jornada. Lo absurdo arroja claridad, sí, pero al mismo tiempo provoca un desencanto general. Ahora bien, cuando alguien llega a este momento, es cuando ese padecimiento permea en todo el ser de quien lo experimenta y así se habla del sentimiento absurdo y del hombre absurdo.

He aquí la distinción que quiero hacer. Pues si bien el sentimiento absurdo es el sustento que hace que alguien sea considerado absurdo, el resultado inmediato no se sigue de dicho argumento. Quiero decir, del sentimiento absurdo no se sigue el hombre absurdo, o lo que es lo mismo, no porque alguien comprenda y sienta con claridad el sentimiento absurdo va a ser un hombre absurdo. El sentimiento absurdo es la posibilidad para que un hombre sea absurdo, sí, pero la esencia de un hombre absurdo no radica únicamente en padecer tal sentimiento. Se ha dicho ya en qué consiste el sentimiento absurdo, pero a la vez, se han analizado dos caminos que intentan poner fin a lo absurdo. Como salidas desesperadas, el suicidio y la esperanza funcionan bastante bien; sin embargo, al hacerlo, aceptan la evasión, el salto, el desentendimiento. Son respuestas que no quieren ver de frente lo absurdo y por ende, estos hombres, aunque padezcan el sentimiento absurdo, no llegan a ser hombres absurdos. Es únicamente una forma de saborear lo absurdo, aunque sea justamente mediante la evasión. Pero eso es precisamente lo que el autor rechaza, el salto desesperado que pretende no quedarse con las evidencias reales de que dispone. Por tal motivo, puedo aclarar que el sentimiento absurdo, aunque lo parezca, no es la razón por la que alguien pasa a ser un hombre absurdo. Se requiere de ese sentimiento para ello, pero al mismo tiempo se requiere de un par de cuestiones no menos importantes. Si el sentimiento absurdo no es el único factor para comprender el conflicto de lo absurdo, qué es lo que hace falta saber para observar con claridad el asunto aquí tratado. ¿Cuál es la esencia del hombre absurdo? La respuesta yace en los argumentos que el mismo Camus ofrece en *El mito de Sísifo*:

¿Qué es, en efecto, el hombre absurdo? El que, sin negarlo, no hace nada por lo eterno. No es que le sea extraña la nostalgia, sino que prefiere a ella su valor y su razonamiento. El primero le enseña a vivir sin apelación y a contentarse con lo que tiene; el segundo, le enseña sus límites.<sup>14</sup>

En efecto, el hombre absurdo es el que con plena conciencia rechaza lo eterno y al mismo tiempo el que decide permanecer. Pero en un sentido, permanecer no significa otra cosa más que aceptar que lo que hay es lo único evidente, es decir, no puede permitirse fabular el universo y de este modo creer en lo que por sí mismo no puede ver. Un paraíso lejano, un alma que no termina de comprender, un consuelo en la muerte, etcétera. No puede contentar su pensamiento diciéndose que no ocurre nada, que todo está perfecto, que ese conflicto de lo absurdo no es real y que debe arrojarse felizmente a los brazos de lo eterno. Lo absurdo le ha dado a este hombre una claridad que antes no tenía; ahora sabe que en realidad sólo existen dos caminos, el de la evasión o el de lo absurdo. Sabe lo que implica dar el salto y eso no lo convence; por ende, decide permanecer sereno y así vivir de acuerdo a los límites humanos que conoce. Por tal motivo, se puede afirmar que el paso fundamental para que un hombre sea considerado absurdo, es querer permanecer esencialmente en lo absurdo, no dar el salto que evade.

Lo eterno es el gran salto, es el paradero que la razón desconoce pero que elabora. Lo eterno existe solamente en tanto la razón le permite al hombre creer, cuando le da las bases para afirmar que hay certeza y claridad en él. Pero como sostiene Camus, ese eterno, al menos para él, busca tranquilizar la desesperación y en esa búsqueda, termina remitiéndose a un mundo que la razón humana, por principio, no comprende. Por eso lo eterno se aleja de lo absurdo y por eso cancela lo cierto de esta realidad. Ahí es donde se requiere de una peculiar fortaleza para desear permanecer en lo absurdo. Porque da la impresión que desear permanecer es lo más complicado, es decir, observar la existencia y después contentarse con lo que hay y aprender a vivir bajo ciertos límites. Y eso ocurre en la medida en que en esos terrenos no hay espacio para lo imaginario, lo irreal que el razonamiento humano pueda elaborar. Eso es justamente lo complicado, permanecer en lo absurdo; y por el contrario, dar ese salto a lo eterno es lo que con mayor frecuencia se da. Pero esto ocurre porque la mayoría desea confortarse en algo, requiere cierta seguridad para vivir, esto es, necesita de esa seguridad que no puede encontrar en los límites que este mundo ofrece, pues lo que este

---

<sup>14</sup> Albert Camus. *El mito de Sísifo*. p. 91.

mundo ofrece es principalmente la visión clara de un mundo sin fundamentos. De ahí que la esperanza e incluso el suicidio sean muchas veces el consuelo ante el problema real de lo absurdo.

El hombre absurdo es el que sigue la lógica del absurdo hasta sus últimas consecuencias. Por eso no se atreve a dar el salto a lo eterno o apagar la luz con la muerte. Hay una cierta comprensión en quienes optan por esos caminos, se comprende que en el seno de la desesperación se puede elegir cualquier salida con tal de apaciguar dicho sufrimiento. Ese dolor lo comprende el hombre absurdo; no obstante, es mucho más grande la incompreensión que despierta en él al observar que eligen esas opciones. Y la incompreensión de la que se habla aquí, es principalmente la que no encuentra las razones suficientes por las cuales alguien decide desentenderse de las cosas evidentes que conoce. Porque en el fondo del asunto, al hombre absurdo le parece que desentenderse de lo evidente es equivalente a querer vivir en el engaño, en el sueño placentero y cómodo. Piensa que hay una especie de trampa en ello y al final de cuentas una vuelta a la ignorancia. Porque una cosa es pretender evadir lo absurdo con tales o cuales creencias y otra muy distinta aceptar que se debe vivir con dicho sentimiento; sin embargo, se puede afirmar que la evasión no resuelve por completo el asunto persistente de lo absurdo. Se puede tranquilizar al corazón y al pensamiento, pero en realidad eso no hace que lo absurdo sea menos, esto es, que deje de existir.

Por el momento no quiero hablar sino de un mundo en el que los pensamientos, lo mismo que las vidas, carecen de porvenir. Todo lo que hace trabajar y agitarse al hombre utiliza la esperanza. El único pensamiento que no es mentiroso es, por lo tanto, un pensamiento estéril. En el mundo absurdo, el valor de una noción o de una vida se mide por su infecundidad.<sup>15</sup>

Otra clave para comprender el carácter del hombre absurdo es justamente lo estéril. En realidad la idea de lo estéril es muy interesante, pues por esencia, lo estéril es lo que por sí mismo no da frutos, lo que no va más allá, lo que no puede trascenderse. En ese sentido, aquí lo estéril está necesariamente ligado a la idea de una vida sin propósito, es decir, a la vida que no busca desembocar en más vida. Lo estéril es lo contrario del porvenir y eso es precisamente lo que el hombre absurdo es, un hombre esencialmente estéril. El hombre absurdo se limita a vivir de

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 94.

acuerdo a lo que observa y siente, no puede estar esperanzado, pues sabe que la esperanza es ilusoria, ficticia. Por tal motivo, sus acciones, lo mismo que sus pensamientos, no buscan trascender, alcanzar metas lejanas. En ese sentido, diría que el modo de vivir del hombre absurdo es el de la conciencia irreconciliada que acepta el rol de vivir sin aspiraciones.

Pero la idea de lo estéril no deja de ser inquietante, pues resulta complicado observar hombres sin esperanza alguna. Tengo la impresión que históricamente, los pueblos, los hombres, han buscado una permanencia y una trascendencia que los defina y distinga de los demás. La historia que nos toca vivir a todos, la de la humanidad en general, ha sido esa, la búsqueda de trascender y ser recordados. Todo pueblo, lo mismo que todo hombre ha deseado ser recordado en algún momento y en ese deseo ha luchado por hacer algo para lograrlo. De suerte que el camino en que algún pueblo puede ser recordado es justamente el de la esperanza. Se requiere de ella para esperar que lo que se hace valga, pues si lo que se hace tiene sentido entonces quizá pueda permanecer, durar, aunque sea en la memoria de los hombres o en algún libro. Eso es lo que han anhelado los hombres y aún lo hacen, permanecer y ser recordados. De ahí que sus pensamientos y acciones lleven impresa la esperanza, el motivo de ser quienes son. ¿Alguien desea no ser recordado? No es un asunto sin importancia, cuidado. Pues si algo me demuestran los hechos, es que sin esa aspiración que toda esperanza brinda, no hay posibilidad de que la vida permanezca. Las guerras en el fondo exponen una necesidad vital, la de vivir, pues toda victoria conduce a la permanencia, en tanto que las derrotas o conducen al olvido o conducen a un nuevo comienzo. Un pueblo derrotado es un pueblo estéril, un puñado de hombres que fácilmente puede perderse en el tiempo. Por otra parte, el pueblo de los vencedores es el que dura en el tiempo, el que se espera, se trasciende a sí mismo, se multiplica, observa con claridad el porvenir y hacia allá avanza, pues sabe que sólo así se puede asegurar la permanencia.

Parece que esa es la aspiración de la vida, expandirse y permanecer. No obstante y aunque resulte extraño, el camino que sugiere Albert Camus es el de lo estéril, el que no busca ir más lejos ni permanecer. En medio de un revoltijo de aspiraciones, de porvenires, de proyectos, aparece el pensamiento honesto y peculiar del hombre absurdo. Y menciono esto porque su honestidad radica en no contaminarse de la esperanza y de este modo apela únicamente a lo que el mundo le ofrece, mientras que su peculiaridad radica en hacer lo contrario a lo que la mayoría hace. Si lo absurdo es lo único claro que se observa entonces ahí es donde se debe permanecer. La mentira aparece en la esperanza porque aspira a lo incierto, a lo que no discierne la inteligencia con claridad. Por tal motivo, la vida que no busca el porvenir es la que refleja la esencia del llamado hombre absurdo. Pero, ¿qué consecuencias aparecen luego de observar que lo estéril es lo que no va más allá?

Principalmente el tiempo se vuelve un factor determinante para comprender este análisis. El tiempo, pero sobre todo el presente. Se ha dicho que Camus recurre a lo estéril para definir al hombre absurdo, pero a la vez el presente se convierte en la principal preocupación y razón de ser del hombre aquí tratado. Si es verdad que el hombre absurdo es el hombre estéril, entonces se habla de alguien que no aspira a ir hacia adelante, hacia el porvenir. Todo porvenir hace referencia a esperanzas vanas; por ende, la principal consecuencia del asunto es ver que el hombre absurdo, al rechazar el salto hacia lo eterno, tiene un principal anhelo, quiere permanecer en el presente.

La esperanza invoca el porvenir, pero eso, al menos para Camus, es aceptar el engaño y vivir de acuerdo a ficciones. Entonces un hombre que no recurra a ella, que encare de frente el ritmo cotidiano de lo absurdo, alguien que finalmente decida vivir con eso, es alguien que valora el presente y en el que desea permanecer. Por todo lo cual, diría yo que la formación del hombre absurdo se gesta desde el interior, cuando decide asumir el sentimiento absurdo, cuando comprende que la evasión no le sirve y cuando el presente se convierte en el hogar de su pensamiento. No puede ver a futuro, pues sospecha que todo futuro es incierto y lleno de ilusiones. De ahí que decida no hacer planes, proyectos, inversiones en su mente. Pensar a futuro es recurrir de algún modo a la esperanza, pero eso, de nuevo, resulta un salto para el filósofo. Así que el hombre absurdo decide que el único momento adecuado para él mismo es el presente, porque el presente transcurre incansablemente aunque esté irremediabilmente ligado al pasado y al futuro. En el presente vive, piensa, siente, pero lo que diferencia a este hombre absurdo de los otros, es que mientras uno actúa sin buscar el porvenir, los otros actúan y trabajan el presente pensando y esperando los frutos del mañana. O se vive por vivir o se vive para vivir. Actuar y pensar para agotar mi tiempo en este presente inasible, o actuar y pensar para llegar al futuro, he ahí la esencia del hombre absurdo.

Pero en realidad uno se pregunta ¿cómo se permanece en el presente? La base radica justamente en la fidelidad. El camino ha mostrado lo absurdo que puede resultar la existencia, lo difícil que puede ser para el corazón, pero finalmente lo absurdo es una evidencia innegable. En ese sentido, podría sentirse que el mundo es un trago insípido que debe corregirse inmediatamente. Ahí, el suicidio le da una solución, pues con la muerte todo problema desaparece. Le da una solución, sí, pero como existe una negación se da un salto y de este modo la fidelidad desaparece. Entonces aparece la sugerencia de la esperanza, de aspirar al futuro y así salvar el presente de las angustias que la existencia brinda. También le da una solución, pero del mismo modo da un gran salto hacia lo eterno y así la fidelidad se desvanece. Matarse no se sigue del hombre absurdo, como tampoco acabar refugiándose en las ilusiones venideras. En realidad, cuando me refiero a una fidelidad estoy pensando en la relación íntima que se da entre pensar y actuar. Fidelidad al absurdo, a tratar de



mantenerse en él sin buscar salidas desesperadas, a ser consecuente con él y vivir de acuerdo a lo que puede enseñar. Por eso, el presente se convierte en el deseo del hombre absurdo, pues el presente es estéril, no es ni futuro ni pasado, puede ser o no ser. El presente le indica que es el terreno baldío donde se puede expresar con honestidad; por ende, sólo se puede permanecer en el presente cuando se es fiel a las evidencias de lo absurdo. En cierto modo, el hombre absurdo actúa bajo la premisa de que el presente lo refleja claramente, pues acepta que ambos son esencialmente carentes.

Visto desde otro ángulo, puedo comentar que el presente y el hombre absurdo no dan espacio ni posibilidad al futuro, al mañana. Para el filósofo de Dreu, hablar de hombre absurdo y futuro es incompatible y deshonesto, no es a donde pretende llegar. El futuro es esperanza, el futuro alimenta al espíritu de ilusiones sin fundamentos. ¿Para qué actuar si de ese mañana no sé nada con certeza? ¿Proyectos, sueños, ilusiones, metas? Nada de eso se permite el pensamiento del hombre absurdo, porque reconoce lo irracional y lo irrisorio de hacerlo; pero, tampoco por cancelar el futuro se puede hablar de reconciliación entre él y el mundo. Justamente porque es fiel al presente y sobre todo porque descubre la inutilidad del futuro es que se mantiene en una lucha permanente con su mundo. Se trata de mantenerse irreconciliados, de ser fiel a lo absurdo y despreciar el futuro.

Al reflexionar en los argumentos de Albert Camus pienso con curiosidad en la sociedad que me rodea y no puedo evitar observar que lleva razón cuando sostiene que la mayoría, aunque esté desencantada de la vida, termina por salir de ahí mediante un salto o decide seguir con la rutina hasta el último día. Pocos se mantienen firmes con su pensamiento y pocos son los que deciden seguir su vida con ese choque constante. Veo sus rostros y salpican desilusión, cansancio, están sumergidos en una vertiginosa carrera hacia el futuro, adolecen el presente pero piensan que ya vendrán tiempos mejores. Desde que tengo consciencia siempre ha sido así. Y al final la sociedad es una costumbre interminable, un símbolo que encamina su tiempo hacia quién sabe qué tiempos. Tal vez el hombre absurdo es la enfermedad rara que eventualmente aparece, como ese virus que no muere ni mata pero que termina por aceptar sin consuelo que nada de lo que haga la humanidad tiene un sentido verdadero. O quizá es al revés, a lo mejor la actitud del hombre absurdo es el síntoma de salud y mejoría de la naturaleza humana:

Habiéndome levantado con serios proyectos en la mente, estaba convencido de que iba a trabajar toda la mañana. Apenas me había instalado frente a la mesa y el odioso, infame, estribillo: < ¿Qué has

venido a buscar en este mundo? >, vino a romper mi impulso. Y volví al lecho, como de costumbre, con la esperanza de encontrar alguna respuesta, o más bien de volverme a dormir.<sup>16</sup>

Sucede que en la mirada del que ya no ve el mañana se posa la desesperanza. Todo pasa y es iluminado con una misma luz, así el sentido, el valor de los actos humanos desaparece. Nada vale demasiado. En última instancia, se puede asegurar que el trecho que el presente asegura no da las condiciones suficientes para levantar la mirada y observar con ojos renovados el horizonte, simplemente no se puede.

El hombre absurdo camina, pero no pretende que sus pisadas sean la semilla del porvenir. Si algo sugiere este hombre, es que el mundo siempre va a pedir que se le llene de sentido, de valor. Por todas partes hay una invitación para cubrirlo de propósitos, de cierta seguridad. Es por eso que los hombres se acostumbran a vivir de acuerdo a la norma, a lo que se supone que debe ser, a lo que ya es costumbre. Pero en medio de esa terrible cotidianidad, el corazón del hombre absurdo se pregunta cuál es el sentido de una vida. ¿Trabajar hasta perder la salud? ¿Formar una familia? ¿Acumular riquezas y todo tipo de posesiones materiales? ¿Ser feliz? Sabe que lo absurdo es la constante lucha, lo único claro; por ende, hablando con sinceridad, lo único que quiere es mantener una vida que no rebase su propio instante. Un presente para no engañarse, pero al mismo tiempo un presente para vivir en tensión con el mundo. Pienso que a estas alturas, no es posible hablar de una sanación, de un consuelo que le haga olvidar toda esa sensación absurda, es imposible. El espíritu del hombre absurdo se hace fuerte en tanto la necesidad de lo absurdo lo condiciona. A fuerza de golpes hondos aprende a lidiar con el extraño mundo que contempla.

Ahora se observa qué es lo que Albert Camus quiere para el hombre absurdo, cuál es su sendero. Se ve también la importancia que le da a la idea de querer permanecer en el presente y por qué todo porvenir se aleja paulatinamente de la noción del absurdo. Como no hay lugar para el futuro por todo lo que éste implica, se admite que lo más fiel y cercano al absurdo es aquello que esencialmente es estéril. Lo que no va más allá es lo que define el hacer del hombre absurdo. Todo eso se ha revisado, pero por ahora falta analizar con mayor detalle la idea de permanecer en el presente, es decir, revisar las tres instancias que la constituyen, las tres instancias que hacen de esa idea una realidad dentro de los muros de lo absurdo. Se necesita de la rebelión, de la libertad y de la pasión. Veámoslo.

---

<sup>16</sup> Cioran. *Del inconveniente de haber nacido*. p. 150.

## 2.2 La rebelión

Si hubiera que clasificar o distinguir el carácter humano, podría dividirlo en dos grandes montones, de un lado los hombres que aceptan y del otro los hombres que se rebelan. Sin embargo, también es evidente que la mayoría participa de un lado y de otro de acuerdo a las muy particulares situaciones que viven. No es que pertenezcan con total apego a la aceptación o a la rebelión, no es que en todo momento se mantengan firmes en una postura incorrupta del sí o del no. Me refiero a que en ocasiones son partidarios de la aceptación y en otras de la rebelión, intentan actuar de acuerdo a los factores que construyen el momento. La mayoría participa de ambos lados y por eso es complicado decir cuál es la naturaleza de cada persona.

Pero aceptar o rebelar atiende en principio a un hecho evidente, a la visión que se tenga de qué es el bien. Nadie quiere ser perjudicado, nadie desea padecer algún mal, salvo que se piense que un mal es necesario para llegar a un bien más grande. Cuando el bien está presente, no hay motivo o razón para cambiar, para darle un giro significativo a la vida de uno y así buscar algo mejor, pues no lo hay. Si es verdad que lo mejor y más óptimo es lo que buscan todos los hombres, o si es verdad que por naturaleza todos buscan el conocimiento, o si todos desean ser felices, todo eso podría resumirse en el bien. Se puede discutir minuciosa y obsesivamente sobre qué es el bien; sin embargo, aunque varíe de persona en persona, hasta ahora nadie piensa que el bien es lo que perjudica, lo que produce un mal, lo que daña, lo que corrompe. Quiero decir que si algo se estima por su valor incalculable, eso es y seguirá siendo el bien. En ese sentido, diría que la aceptación se da cuando el bien está presente en la vida de los hombres, en tanto que una rebelión se produce cuando algo no está bien, cuando no es suficiente la aceptación, cuando no se está conforme, cuando algo incomoda o no deja experimentar la tranquilidad, la armonía y la paz que el bien otorga.

En muchas ocasiones, aceptar también tiene que ver con la imposibilidad de poder hacer algo, es decir, ante los hechos que se escapan de nuestras manos, ante las cosas que no podemos controlar o evitar. En esos casos parece que no queda más remedio que aceptar la situación, aunque no sea lo más deseado en cada caso. Pero finalmente una aceptación es eso, una aceptación, es la respuesta que se da para decir de acuerdo, es la decisión y la postura que se elige para aseverar que las cosas son así y las acepto porque yo tengo voluntad. Acepto esta vida y lo que me toque vivir, acepto la costumbre, el salario tan pobre, acepto ser como soy, acepto las despedidas, las traiciones, acepto la enfermedad y la muerte, acepto la maldad de la gente y su bondad, acepto que no sé nada, acepto casarme contigo, acepto las terribles horas de tránsito, de hastío, de indiferencia, acepto mi mundo y acepto el futuro. Así pues, lo sencillo es aceptar, terminar de ponerle un sentido a la existencia

mediante la aceptación y así buscar una tregua o conciliación con mi mundo. La aceptación no quiere la confrontación, sino más bien arreglar los conflictos, o cuando menos darles un descanso.

El camino de la rebelión es, por otra parte, lo complicado de llevar a cabo. Es la posición drástica que toma el hombre absurdo para no caer en el terreno peligroso y deshonesto de la aceptación que pudiera haber entre él y su mundo. Porque si algo es claro, es que la conciliación no es una opción si se quiere hablar de lo absurdo, es decir, la conciliación cancela toda posibilidad de noción absurda. Sin la disputa permanente entre el hombre y su mundo, lo absurdo deja de ser algo real y se convierte en un simple pensamiento.

Pero entonces ¿qué tipo de rebelión se piensa cuando lo absurdo aparece y sobre todo cuando lo que se busca es permanecer en el presente? Ante todo una rebelión del tipo que parte de una resistencia esencialmente violenta. En el fondo toda rebelión debe ser violenta, pues es un grito declarado ante algo, es el grito que dice basta, yo no sigo este camino, yo por aquí no avanzo más. La rebelión lleva la violencia porque es la voluntad que rechaza con plena conciencia algo con lo que no se está de acuerdo. Si no fuera este movimiento violento, se hablaría entonces de una búsqueda de arreglar las cosas de manera pacífica, sea mediante el diálogo, sea mediante razonamientos, etcétera. Pero entonces aquí está la primera pista que distingue a este tipo de rebelión. La rebelión a la que se refiere Camus es la que no está conforme, pero tampoco es la que busca solucionar el problema. Es solamente admitir que tal cosa no agrada, no convence, pero al mismo tiempo esta actitud de rebeldía quiere alzar la voz sin que por ello desee llegar a un acuerdo mutuo. Y no busca tal solución porque en el fondo no existe, o dicho de otra manera, las soluciones son un engaño para la inteligencia y por ello nadie puede convencer al hombre absurdo de que abandone su rebelión.

Se argumentó que toda postura que lleve implícita la noción de futuro lleva a la vez la esencia de la esperanza. Que el conflicto de la esperanza con el sentir del hombre absurdo no puede ser otra más que el de la negación, es decir, que ese salto no se lo puede permitir bajo ninguna circunstancia. Su anhelo, si se le puede llamar así, apunta a permanecer en el presente, ahí es donde pretende vivir. Desde el momento en que esto sucede se puede decir que aparece la rebelión, pues el hombre absurdo es el que con violencia declara que todo porvenir engendra ilusión, y eso para él, no tiene lógica. Por eso argumentaba que vivir en el presente con la esperanza puesta en el mañana es lo más sencillo del mundo, porque es seguir la fidelidad de la aceptación, porque es lo más común y porque ahí no entra en crisis la vida de uno. En cambio, para vivir en el presente estéril no basta con desearlo, se debe rebelar todo el cuerpo y todo el espíritu. Las ideas y los sentimientos también se deben rebelar constantemente porque el universo parece arrastrar a todos al espacio de la

aceptación. Evidentemente se analiza aquí la sensibilidad absurda a plena luz del día, pero siguiendo su pequeña lógica, se observa que una de sus consecuencias es la de no apartarse de lo absurdo bajo ningún parámetro. Por ende, para permanecer en el presente el hombre absurdo requiere como primer movimiento interno la rebelión. Necesita de esa resistencia férrea para no caer en la aceptación, esto es, en la costumbre de llenar al universo con sentidos invisibles.

Vivir es hacer que viva lo absurdo. Hacerlo vivir es, ante todo, contemplarlo. Al contrario de Eurídice, lo absurdo no muere sino cuando se le da la espalda. Una de las únicas posiciones filosóficas coherentes es, por lo tanto, la rebelión. Es una confrontación perpetua del hombre con su propia oscuridad. Es exigencia de una transparencia imposible. Vuelve a poner al mundo en duda en cada uno de sus segundos.<sup>17</sup>

Ciertamente, lo absurdo sólo es posible si el hombre lo contempla de frente. Una vez que se le niega, se le da la espalda, lo absurdo acaba. Pienso que Camus sólo intenta ser coherente, nada más. El pensamiento se lo solicita al vislumbrar la irreconciliación del hombre con el mundo, es decir, el pensamiento, según lo ve Camus, o se apega a las evidencias o se desapega buscando nuevos horizontes. Todo se resume a ser o no coherente con lo que el pensamiento expresa, a emparejar un modo de vida similar al de las ideas, a vivir siendo fiel a uno mismo. Es por eso que la rebelión, siendo precisos, es una de las pocas posiciones filosóficas coherentes. La coherencia de permanecer en la rebelión se reduce simplemente a no tolerar la oscuridad que el universo brinda, a no aceptar, a vivir en la batalla. Con la rebelión, el hombre absurdo se libra de las ataduras del engaño, a la vez que gana el presente.

Una cosa más enseña la rebelión en estas instancias. Con su claridad hace ver que el mundo, el hombre y finalmente lo absurdo no tienen solución alguna. Todo acuerdo es falso, impuesto por el hombre, es decir, no son soluciones naturales, auténticas. Ciertamente la rebelión, al ser esencialmente una disputa, combate y rechaza; sin embargo, también es ella la que le da al hombre absurdo su inalterable modo de ser. El valor del hombre absurdo pasa por contemplar una realidad que lo supera, tanto en un sentido de la inteligencia como en uno del espíritu, pero sobre todo radica

---

<sup>17</sup> Albert Camus. *El mito de Sísifo*. pp. 74-75.

en no adecuarse a ella. Ahora comprende que toda esa claridad que añoraba para vivir en paz jamás la tendrá, que es un imposible, que la realidad no atiende las necesidades del corazón y la inteligencia. Como no tiene el descaro para seguir los pasos del engaño, decide permanecer, decide que su rebelión debe ser un modo de vida y un combate para empobrecer la realidad y empobrecerse él al mismo tiempo. Y siguiendo esta conducta rebelde, el hombre absurdo se engrandece, pues su rebeldía parte de su individualidad, de su soledad. Desde esta perspectiva, el espíritu del hombre absurdo es indomable, inconforme, coherente.

Señalo otro rasgo del hombre absurdo en su relación con ese anhelo de permanecer en el presente a partir de su rebelión. Aunque cabe la posibilidad de pensar que el hombre absurdo, al negar el futuro, tenga necesariamente que mantenerse en un estado esencialmente de quietud, en realidad se observa que no es así como se produce el asunto. Puede lo absurdo conducir al peligroso campo de la indiferencia y así terminar sin ánimos de hacer nada. Levantarse con propósitos pero al poco rato darse cuenta que ni siquiera esos propósitos que hace un momento parecían de suma importancia tienen valor alguno. Pienso que aunque eso es posible y válido dentro del terreno del presente, no es hacia esta resolución principalmente de inmovilidad hacia donde quiere llevarnos Camus. La rebelión no puede ser quietud, pasividad, sino más bien el movimiento violento que en cada caso se manifiesta. Por otra parte puedo decir que el permanecer en el presente es el argumento y opción que con seguridad sugiere el filósofo argelino para el problema de lo absurdo. En el presente es donde el hombre absurdo tiene cabida, validez, sentido por decirlo de algún modo. De ahí que el presente sea más rico que un simple permanecer inmóvil. Justamente porque el presente es el mundo del hombre absurdo, es que ahí se da el movimiento esencial de todo su drama. En última instancia, lo que este hombre hace es agotarse sin que su vida tenga aspiraciones al mañana. Agotarse en el tiempo de que dispone, vivir por vivir, darse en cada acto, en cada pensamiento, repartirse sin guardarse nada. Sabiendo que nada se salva se entrega plenamente a su vida sin pensar que sus actos valen y trascienden. Trata de ser fiel a lo que conoce, a lo absurdo. La esperanza y el suicidio no le sirven, de ahí que decida vivir con sus verdades sin consuelo en un presente escurridizo. El hombre absurdo llega a pensar que debe agotarse aunque esté irreconciliado con su mundo, aunque finalmente sea un hombre de carne y hueso.

Se trata de morir irreconciliado y no de buena gana. El suicidio es un desconocimiento. El hombre absurdo no puede sino agotarlo todo y agotarse. Lo absurdo es su tensión más extrema, la que mantiene constantemente con un esfuerzo solitario, pues sabe que con esa

conciencia y con esa rebelión al día testimonia su única verdad, que es el desafío.<sup>18</sup>

Agotando todo y agotándose es como este hombre se rebela ante su realidad. La realidad busca que los hombres agoten todo y se agoten ellos mismos pero siempre con la vista puesta en el futuro, esa es la gran diferencia entre los que aceptan y los que se rebelan. Además, el gesto peculiar de morir irreconciliado es muy diferente al de morir de buena gana. ¿Por qué habría de morir de buena gana si esta vida no me permite llegar a la suficiente claridad y unidad? Si no puedo obtenerlas entonces decido que el futuro es ficticio, elijo mi rebeldía por encima de todas esas invitaciones que me dicen que debo callar y aceptar.

Albert Camus expresa claramente que lo absurdo demanda un esfuerzo solitario. No se puede saber qué ocurre realmente con el sentimiento absurdo salvo que se experimente lo absurdo en primera persona. Lo que sí me queda claro es que un esfuerzo de este tipo requiere de una fortaleza muy grande, es decir, exige llevar al límite la voluntad y el empeño de no aceptar de buena gana el mundo en el cual vivimos. La actitud de vivir en combate con el mundo pasa por ser una disciplina que el espíritu se impone a sí mismo, es una decisión diaria y ninguna voz externa alcanza a tocar las elecciones que el espíritu determina para sí. El divorcio implícito que indica el filósofo hace que del presente se haga un hogar para vivir, pero para vivir dentro del inasible presente es menester tener siempre a la mano un buen pedazo de rebeldía.

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, p.76.

### 2.3 La libertad

Aquella extraña imagen que expone Platón en el libro VII de *La República* sigue siendo para la filosofía un campo amplio de reflexión. En efecto, el conocido mito de la caverna aún posee una gran complejidad intelectual, de modo que para penetrar en el inmenso pensamiento del griego se requiere atisbar cada palabra con extrema precaución. Sé que Platón utiliza el mito para adentrarse en la naturaleza humana, le interesa comprenderla. El mito mismo es el recurso para entender las preguntas que cuestionan qué es el conocimiento y cómo conoce el ser humano. En cuanto a mí, debo aclarar que de este mito me interesan únicamente algunas imágenes puntuales y voy a valerme de ellas para explicar el tema de la libertad en Camus.

Como recordarán, la escena que relata el ateniense es muy sugerente. Hay una caverna dentro de la cual están, además de la incansable oscuridad, hombres que desde niños fueron encadenados por las piernas y el cuello. Se encuentran encadenados de modo que les es imposible mirar a otro lado que no sea hacia adelante. Por atrás de ellos caminan otros hombres que eventualmente hablan entre sí. Estos llevan fuego, de tal manera que los objetos que transportan reflejan la sombra en la pared que los encadenados contemplan. Los prisioneros piensan entonces que las sombras son las que hablan, pues qué otra cosa pueden discernir si es lo único que observan. Aquí sugiere Platón que uno de los encadenados es liberado y llevado a la superficie, es decir, conducido fuera de la caverna. La idea es que al ascender este hombre se cura de su ignorancia, al contemplar el sol contempla al bien mismo; no obstante, después de haber recorrido ese trayecto es llevado de vuelta al sitio que ocupaba en la caverna.

En general esta es la imagen del mito de la caverna; empero, quiero prestar atención a lo que me parece más revelador. Un hombre encadenado es liberado y después es encadenado nuevamente. ¿Qué significa esto? ¿Hay libertad? ¿Es posible que aunque encadenado, un hombre sea libre? Creo intuir el camino hacia el que Platón quiere llegar, el del conocimiento; no obstante, si pienso en su argumento y lo traslado a este mundo que contemplo, no considero que los grilletes sean razón suficiente como para que no pueda disponer de mi voluntad y actuar. Quiero decir que incluso me resulta complicado pensar que la humanidad se encuentra encadenada, que no es libre; sin embargo, tampoco descarto esa posibilidad.

Para comprender el asunto de la libertad no debo olvidar que es la segunda instancia que demanda Camus respecto al hombre absurdo. Permanecer en el presente es su esencia y la esencia de permanecer en el presente se basa en las nociones de rebelión, libertad y pasión. Teniendo esto en cuenta y también el mito de la caverna, me pregunto qué opina él respecto a la libertad.



Lo primero que advierte Camus es que el problema de la libertad en sí, no tiene sentido alguno. Y esto lo sostiene en tanto piensa que cuando uno se pregunta por la libertad, necesariamente emerge otra, es decir, que la pregunta por la libertad se responde a partir de otra y no por ella misma. Es por eso que carece de sentido plantear la libertad únicamente por ella misma. En este caso, él considera que cuando se intenta saber si el hombre es libre, la pregunta misma exige esclarecer si el hombre puede o no tener un amo. Como se observa en estos términos, el problema de la libertad intenta indagar si por naturaleza el hombre es libre; o, por el contrario, si ésta depende de una fuerza exterior.

Expresadas así las cosas, se comprende que en realidad el asunto de la libertad pierde por sí mismo la fuerza y el sentido inicial, es decir, para llegar a una respuesta es necesario remitirse a una pregunta alterna y no basta con pensar solamente en ella. De ahí que diga el autor que uno se llega a preguntar si el hombre es libre justamente porque lo piensa en términos de poder y relación, esto es, entre lo que se conoce y lo que se quiere conocer, entre el hombre y un posible amo.

Me parece que el camino que sugiere Camus para pensar en la libertad no es tan erróneo. Si se parte de lo básico, una de las primeras ideas que nos sugiere la libertad es la de tener poder. En efecto, el poder o la capacidad de realizar tal o cual cosa es el que permite que el hombre sea considerado libre. En términos primarios, la libertad aparece como ese poder que el hombre posee para obrar o no obrar, para elegir y disponer de su tiempo y de su vida sin estar sujeto a nada ni a nadie. Si el ser humano dispone de ese poder entonces es libre. Pero el asunto se complica porque evidentemente este tipo de poder conduce a pensar que la libertad no puede referirse únicamente a ella misma. Quiero decir que la idea de obrar con libertad esconde la otra posibilidad, la que indica que la libertad del hombre depende ante todo de si tiene un amo. ¿Cómo puede entenderse esta consideración? Desde el momento en que el ser humano se pregunta si es libre aparece la posibilidad de que no lo sea, evidentemente. Es decir, ante la duda no hay ni certeza ni total desconocimiento; irónicamente, lo único cierto que se tiene es la duda. La sola pregunta hace que toda sensación de seguridad desaparezca, deje de existir. De este modo aparecen dos posibilidades que no pueden desecharse. Por una parte, el hombre piensa que dispone plenamente de su vida y que por lo tanto es libre. Y por otra parte, supone que en realidad no es libre puesto que no puede hacer todo cuanto piensa y desea, por todo lo cual no existe tal cosa como la libertad. Se es libre o no se es libre, mas nunca se es un hombre medio libre. Ahora bien, lo que plantea Camus, es que sea cual sea la postura que se tome, el problema de la libertad depende siempre de si es posible que el hombre tenga un amo. En otras palabras, que la libertad no es natural al ser humano y que en cualquier caso su posible encadenamiento o libertad depende de ese amo que por principio ejerce

con mayor autoridad su poder sobre la naturaleza humana. En este caso, ese amo ha recibido desde tiempos lejanos el nombre de Dios.

El concepto de Dios, por esencia, es problemático. No me gustaría entrar en una discusión sin final respecto a este tema. Lo único que quiero aclarar es que la noción que Camus tiene de Dios es la de esa divinidad por la cual todo existe y todo tiene razón de ser. Está pensando en esa divinidad a la que acuden los hombres con la esperanza de encontrar sentido a su vida. Está pensando en Dios como ese ser supremo que asegura un lugar en el reino de los cielos a aquellas almas que obran de buena manera en esta vida. Al final de cuentas, la noción de Dios que posee el filósofo argelino es la misma que han seguido millones a lo largo de tanto tiempo y con tanto fervor. La idea de un Dios todopoderoso, benévolo y bondadoso que nos da como obsequio la libertad. O lo que es lo mismo, la idea de Dios como ese amo que gobierna eternamente, como ese amo por el cual la vida del hombre es posible, como ese amo que otorga la sensación de encadenamiento como la de libertad.

Ciertamente esa es la visión que tiene de Dios; sin embargo, no es la postura que asume con devoción, no es la respuesta que da sobre el asunto aquí tratado, el de lo absurdo. Pienso que la comprensión que tiene de Dios únicamente le ayuda o es un peldaño más para explicar sus propios argumentos, esto es, la noción de Dios aparece porque él intenta esclarecer el asunto de la libertad. A él le interesa el hombre absurdo, a ese hombre se debe en cada argumento y esa es su única preocupación. Por todo lo cual, del problema de la libertad aparecen dos consideraciones que merecen su análisis. De un lado sugiere Camus que ante Dios, el principal problema no es el de la libertad, sino el problema del mal. Y del otro lado, que la libertad pensada en términos divinos no cabe dentro del planteamiento filosófico que el mismo autor indica. ¿Qué se debe entender entonces de estas dos consideraciones?

Respecto a la primera consideración se puede sacar como punto de reflexión una paradoja. Que el principal problema en relación con Dios sea el del mal y no el de la libertad indica que Camus piensa sobre todo en la absurdidad de la libertad otorgada y en la absurdidad del obrar humano. No hay muchas oscuridades, se trata finalmente del mal en todo su sentido, en todas sus expresiones conocidas. El mal es el problema porque viene como consecuencia de la libertad, pero el mal es también algo real e incomprensible para la libertad si se piensa en términos divinos. ¿Cómo es posible que exista el mal si Dios es todopoderoso? ¿Dónde queda la imagen de ese Dios bondadoso? ¿Es culpa de Dios o del hombre que el mal exista? Ese es justamente el problema en relación con Dios, el del mal. Pero es un problema que parece no tener solución y así aparece la paradoja que plantea el filósofo argelino. O bien el ser humano no es libre y Dios todopoderoso es el responsable del mal, o bien el ser humano es libre y por lo tanto responsable, pero Dios no es

todopoderoso. No hay respuesta evidente respecto a este punto. La paradoja existe y por lo tanto las interpretaciones. Pero de aquí se puede comprender que la libertad del hombre, si se piensa en términos divinos, en términos de jerarquización, es un absurdo que no se logra entender y experimentar. Si el hombre es libre es algo difícil de saber, si Dios es ese amo que gobierna la vida humana es difícil de saber, pero es menos incomprensible el mal que abunda en este mundo, pues es algo que se experimenta con certeza; por ende, de aquí el pensamiento únicamente logra entrar y salir en la paradoja antes mencionada sin obtener algo más que meras suposiciones. Si se considera que hay esa relación entre el hombre y Dios, esa es la principal cuestión que merece atención, la del mal. En tanto que la libertad y por lo tanto el obrar humano se entenderá y tendrá lugar en la medida en que se sepa si el hombre tiene amo, si depende de Dios. Para Camus no hay solución al respecto, pero para términos de reflexión, la pregunta por la libertad en relación con un posible amo debe ceder su lugar a la pregunta fundamental del mal.

En cuanto a la segunda consideración, lo principal que debo mencionar es que no hay lugar aquí para una libertad divina, es decir, toda libertad dada por un ser superior es rechazada por Camus abiertamente. La idea de que alguien libere a un hombre, que lo despoje de sus cadenas, que lo conduzca por su vida hacia otra vida es incomprensible. Este tipo de libertad no entra en la vida del hombre absurdo porque apela a nociones que no son evidentes, es decir, que este tipo de libertad se asemeja a la esperanza y al futuro. Y se asemeja en tanto trabajan fundamentalmente con lo no evidente, con lo que la razón no puede asir. Si pienso que mi libertad me es otorgada entonces ya estoy jerarquizando y por lo tanto asumiendo que el sentido de mi existencia viene de lo divino, me estoy pensando como un esclavo. En ese sentido creo en la libertad, pero al hacerlo, creo en el porvenir. Creo que soy libre y mis acciones valen porque tienen un propósito, porque asumo que tendrán valor en relación con la llegada del futuro; sin embargo, esa noción de libertad carece de razón, es una mentira.

De lo que se trata es de que el hombre absurdo acepte las evidencias que su razón le hace ver y busque mantenerse con ellas, nada más. Pero también se trata de llevar una vida esencialmente estéril, pues lo que quiere es permanecer en el presente, por eso no puede darse el lujo de asumir una libertad divina. Rechaza esta libertad porque lo absurdo le ha enseñado que los hombres que aceptan la libertad dada por un amo, creen fielmente en las finalidades, en la libertad misma y evidentemente terminan dando un salto hacia lo eterno. Sabe que a estas alturas no pueden hacer las paces con el mundo. Demasiado tarde para dar marcha atrás, para cancelar su rebelión y la libertad que experimenta. La ilusión que se le ofrece de Dios y la libertad dada no ocupan lugar en su

pensamiento; por ende, si debe hablar de un tipo de libertad esa debe ser expresada únicamente en términos humanos y además en términos individuales. Camus lo dice con precisión:

No me interesa saber si el hombre es libre. No puedo experimentar sino mi propia libertad. Sobre ella no puedo tener nociones generales, sino algunas apreciaciones claras [...] La única que conozco es la libertad de espíritu y de acción. Ahora bien, si lo absurdo aniquila todas mis probabilidades de libertad eterna, me devuelve y exalta, por el contrario, mi libertad de acción. Esta privación de esperanza y de porvenir significa un acrecentamiento en la disponibilidad del hombre.<sup>19</sup>

Ciertamente la libertad es un asunto personal que puede ser presa de la reflexión colectiva; empero, la libertad, siendo sinceros, es algo que sólo podemos experimentar de manera personal. No hay esfuerzo que alcance a abarcar la densidad de la libertad. El concepto general se nos escapa, por eso sólo podemos aterrizar la libertad en términos individuales. Sentirse libre o sentirse esclavo es una cosa muy distinta a sentir que la humanidad es libre o esclava. Hay un salto enorme en la pretensión y una ignorancia que no se debe confundir con conocimiento. Lo absurdo enseña, a su modo, que a la mano solamente aparece la libertad de uno mismo. De esta libertad es de la única que puedo hablar, y al hacerlo, hablo por mí, no por la humanidad. A esta libertad, si realmente la experimento, puedo sumergirme, puedo intentar conocerla. Del resto de los hombres no tengo posibilidad de saber si son libres, es imposible. Pensar que el hombre es libre es hablar por hablar, es dar por hecho muchas cosas y finalmente es referirse a un concepto universal y vacío; por todo lo cual, se puede decir que mi inteligencia deduce que la libertad no puede ser pensada en términos universales. Lo correcto sería afirmar soy libre y no más bien el hombre es libre.

En ese sentido, el tipo de libertad que Camus considera pertinente para abordar el asunto de lo absurdo es el de la libertad de espíritu y de acción. Esto supone ante todo que la libertad consiste en agotarse en el presente. El espíritu del hombre absurdo es libre porque actúa para el presente, y a la vez, actúa porque es libre. Esta curiosa dicotomía nace de la comprensión clara que se tiene de la propia vida. El hombre es mortal y no trasciende. En el último suspiro acaba todo; por eso, no se puede imaginar lo eterno, por eso no hay esperanza alguna que salve la vida del hombre absurdo. Si

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 77-78.

las ilusiones no ocupan ningún lugar, entonces la libertad que se experimenta invita a actuar, a disponer de ella y hacer del espíritu algo mortal. De ahí que sostenga el autor que se da un acrecentamiento en la disponibilidad del hombre cuando es capaz de aniquilar la persistente invitación a la evasión, porque se habrá liberado de las pesadas cadenas que condicionaban sus jornadas. En efecto, la creencia en el futuro y en la esperanza nos deja como esos seres que viven en la caverna, atados y condenados a lo que uno mismo construye. Alejarse de esas creencias es por tanto acercarse a la libertad de la que habla Camus, una libertad propia, pequeña, estéril, pero que permite mantenerse en el presente. Mantenerse en ellas es ir a la inversa, es frenar, trabar la vida, pues implica atarla y atarse al porvenir. El hombre definitivamente se pierde a sí mismo cuando encamina su vida bajo la idea de que la libertad está ligada a la esperanza y al porvenir, pues erróneamente cree que es libre cuando en realidad se ha convertido en un esclavo de su libertad evasiva. Al final de cuentas esas son las evidencias reales que quiere hacer notar el filósofo argelino con el tema de la libertad.

Cierro este apartado con la imagen del mito de la caverna. En este punto pienso de nuevo en ella e intento visualizarme como si fuera uno de esos hombres que sugiere Platón, me pienso encadenado. Entonces quiero caminar y observo que puedo caminar, estoy caminando. Quiero hacer otra cosa y la hago, quiero salir de la caverna y puedo hacerlo, etcétera. Comprendo que mi voluntad me permite realizar las cosas que deseo y que dependen de mí. Trato de saber si soy libre y llego a la conclusión de que sí, soy libre. No necesito que alguien venga y me libere para sentir que soy libre, al menos no si se trata de la libertad de espíritu y acción que sugiere Camus. Soy libre en términos meramente humanos, mi libertad es temporal, ese es un hecho evidente. Al parecer no habrá ningún tipo de libertad, ni humana ni divina. Soy libre y esa es una certeza que no puedo negar, como tampoco puedo evitar pensar que en mi mundo como en la caverna, los hombres solamente pueden ser esclavos en el pensamiento, en las creencias. Un hombre encadenado puede ser libre si su espíritu permanece agarrado al presente. Del mismo modo en que los hombres libres de la caverna pueden llegar a ser esclavos si creen que la libertad y por lo tanto sus acciones valen por lo que pueda suceder en el futuro. Las cadenas son subjetivas, lo importante es lo que un hombre piensa y hace, pues ahí se define; y en última instancia, lo que yo pienso y hago es lo que puedo llegar a comprender con mayor certeza. Por eso, cuando pienso en las demás personas, me doy cuenta que no puedo saber si son libres. Sé que esa es una pretensión muy grande de mi parte. De suerte que sobre la libertad de los demás, tal como sostiene Camus, no sé nada. Sinceramente no sé si son libres. Lo único que sé con total certeza es que yo, como ser mortal e individual, puedo rebelarme y ser libre. Al igual que las sombras de la caverna, la humanidad pasa sin que la pueda tomar con mis propias manos. Donde yo acabo también termina mi conocimiento de la libertad.

## 2.4 La pasión

En términos humanos, nada vale demasiado si únicamente se piensa en el hacer de la razón y se descarta el lado no racional del hombre. ¿O no es verdad que incluso algunas veces la razón se pone al servicio de las pasiones? Ya se ha visto la importancia de la razón y lo determinante que resulta para el hombre absurdo y su vida. Después de todo, la inteligencia es la que distingue y delibera el mundo de lo absurdo, le da su precio que cree conveniente tanto como se lo da a él mismo. Pero sería una visión muy limitada asumir que la razón gobierna siempre la vida de los hombres. Evidentemente la razón es valiosa por sí misma y es innegociable; sin embargo, sospecho que también la humanidad actúa de acuerdo a la pasión y no precisamente por los argumentos lógicos que pueda construir. La pasión y no la razón, he ahí la tercera cuestión importante de ese anhelo de permanecer en el presente.

Siendo la pasión un padecimiento por esencia, se puede observar que ella predispone al hombre a un estado en el que se ve impactado por los fenómenos que el mundo le arroja. Un estado decisivo pues a veces la razón se nubla por la pasión y los hombres terminan actuando sin prudencia. Una pasión brota siempre como consecuencia de las vivencias que uno va teniendo, es decir, no hay pasión que no tenga referencia alguna. No necesariamente pienso en fenómenos ajenos a mi persona, pues ciertamente también un pensamiento, un sueño, una imagen personal pueden ser determinantes para que yo padezca. ¿Y que es ese padecimiento al que se refiere la pasión? Por una parte, la pasión es el padecimiento que se tiene cuando hay dolor, cuando algo afecta nuestra armonía. En ese sentido, la pasión resulta un sufrimiento, un tormento, en fin, se reconoce que la pasión duele. Pero también observo otro camino, el cual me dice que la pasión también resulta ser aquella inclinación viva, aquél deseo vehemente hacia algo o hacia alguien. De este modo, diría yo que la pasión siempre es un padecimiento, el cual altera a los hombres al punto de influir en sus pensamientos y acciones. Quiero decir que la pasión puede llegar a ser tan poderosa como la razón misma. En el hombre hay algo de razón pero hay mucho de pasión también. Esa perfecta combinación entre lo pasional y lo racional puede conducir a los hombres a realizar acciones dignas y hasta honorables; sin embargo, esa misma combinación puede dar como resultado acciones totalmente despreciables.

Algo de cierto hay en la idea de que las pasiones, si no se llegan a controlar, pueden ser perjudiciales para la vida de cualquier persona; no obstante, también se puede ver que las pasiones suelen ser provechosas y loables. Esta idea, entre los que piensan que la pasión es mala y los que no, va de la mano con la otra idea, la que se refiere a la razón. Pues muchos piensan que todo lo bueno surge solamente de aquello que la razón puede iluminar. Pero yo considero que al igual que

la pasión, la razón también puede llegar a ser perjudicial y despreciable. Porque por la razón el hombre es capaz de construir puentes que consoliden un bienestar general; pero al mismo tiempo es por la razón por la que planea, conspira, atenta y busca derrumbar todo lo bueno que hay en este mundo. La razón y la pasión están al servicio del hombre, y el hombre responde con actos buenos y malos. Pero lo bueno y lo malo son una valoración complicada y hasta subjetiva de establecer. Por eso las etiquetas que enaltecen la razón y condenan la pasión, lo mismo que los que piensan al revés, erran en ese acto de encasillar y determinar que las cosas son de un modo y no de otro, pues lo bueno y lo malo no nacen necesariamente porque en el centro de la pasión y la razón esté la esencia de esas dos posibilidades.

En este punto aparece el hacer del hombre absurdo. Porque al reconocer la inutilidad del futuro, recurre al presente para permanecer sin ilusiones. Y justamente en ese acto no cancela la razón ni la pasión, esto es, toma de ellas una buena parte sin que por ello deje de observar la carencia de ambas. Ya se ha recalado que intenta ser lo más fiel posible a la razón, pues por ella ha comprendido el universo del absurdo y eso le impide evadirlo. Así se ve apegado a la razón y el juego que sigue consiste en no salirse de esos límites. Sin embargo, repito que en términos humanos nada vale demasiado si únicamente se piensa que la razón es la que mueve a los hombres. Nada vale demasiado si no hay pasión en los hombres y eso lo sabía muy bien Albert Camus. Con lo dicho hasta esta instancia, ¿qué se debe entender por pasión en la filosofía del argelino?

El asunto apunta a la vida y ahí se aprecia la pasión. Un hombre sin pasión, alguien que pretenda vivir principalmente desde la razón es alguien muerto si se me permite la expresión. Sin pasión, la vida pierde su propia llama, su propio fuego. Un hombre atiende a su razón pero no puede desentenderse de la pasión, su corazón mismo demanda ser alguien apasionado. La razón es fría, calculadora, metódica; en cambio, la pasión es calurosa, espontánea, arriesgada. Se necesita de la pasión pues ciertamente los argumentos de Camus nos han hecho ver que la existencia misma es un absurdo, es decir, no se manifiesta la vida como un manual perfectamente racional. Nada de eso. Y los esfuerzos de la inteligencia por aprehender su propio mundo caen en un abismo sin final, pues constantemente descubre lo limitado que resulta reunir las incomprensiones en un solo discurso. En el juego de lo absurdo, no basta con que la razón muestre que el universo es absurdo. Si algo se necesita es mantener día a día el desafío con el mundo, en ello consiste el juego. Es por eso que este hombre utiliza la pasión para mantener viva su fidelidad en el presente. Así, la razón establece las reglas y los límites por donde se puede jugar. La pasión, por otra parte, es la llama que dota al espíritu humano con los ánimos suficientes para querer jugar.

Los hombres construyen la historia y comúnmente se esfuerzan, luchan, perseveran en todas las cosas que creen importantes y que finalmente les interesan. Pues bien, hay en cada uno de esos esfuerzos la llama incansable de la pasión. Del mismo modo en que el hombre absurdo se esfuerza por permanecer en el presente y pone todo de su parte para conseguirlo. Un hecho consciente para este hombre es lo irremediable de lo absurdo y su anhelo de claridad, no hay unión pero tampoco hay evasión. Es así, por ello, ante él queda la vida y todo ese infinito de posibilidades. Pero también nace y va quedando el deseo de agotarse. Como la más hermosa rebelión, este hombre se agota apasionadamente en cada acto, en cada segundo. Ya no hay pensamiento y espacio para la muerte ni la fe, ahora sólo queda el espectáculo de su propio devenir.

Lo que Camus nos hace ver es que se necesita de la pasión para vivir, sobre todo cuando se trata de mantener el divorcio antes mencionado. O lo que es igual, que con la simple razón no le alcanzaría al hombre absurdo para ganar el presente; además de la rebelión y la libertad, la pasión cobra una importancia crucial en este punto. De ese modo, una apreciación que observo es que termina siendo la pasión la culpable de renovar constantemente el deseo del hombre absurdo. Su deseo de agotarse en el presente depende de ella porque funge como el ánimo que le impide dar esos saltos que tanto rechaza el filósofo de Drea. Quiero decir que la pasión nutre de su propio néctar las jornadas del hombre absurdo cuando éste es lo más consciente posible, cuando lo absurdo lo aplasta y cuando después llega a la conclusión de que no debe evadir su realidad. Ahí la pasión se vuelve fundamental, pues lo levanta del suelo y lo coloca de nuevo en la lucha intrascendente que ha decidido seguir. La pasión en el hombre absurdo lo mantiene a ras de suelo, justo aquí, donde lo vivo opone resistencia ante tantas incomprensiones. Este curioso hombre termina por padecer la pasión en ambos sentidos, por una parte lo desgarrar y por otra lo cura. Porque vivir en el absurdo es desgarrador siempre; sin embargo, para querer permanecer ahí se requiere de la pasión viva, iluminada, cálida:

El presente y la sucesión de los presentes ante un alma sin cesar consciente, tal es el ideal del hombre absurdo. Pero aquí la palabra ideal tiene un sonido falso. No es ni siquiera su vocación, sino sólo la tercera consecuencia de su razonamiento. Habiendo partido de una conciencia angustiada de lo inhumano, la meditación sobre lo absurdo vuelve al



final de su itinerario al seno mismo de las llamas apasionadas de la rebelión humana.<sup>20</sup>

Camus puntualiza la importancia de mantenerse ajeno a toda esperanza mediante el esfuerzo que se debe crear para vivir en el presente. Y más allá de ser un esfuerzo solitario, muy solitario, también podría decirse que se trata del precio que hay que pagar por existir. Cada puerta que se elige cruzar tiene sus posibilidades y sus condiciones, pero todas nos imponen un precio. El hombre absurdo contempla sereno el panorama y aunque el resto de su vida esté lleno de dudas y tempestades, sabe que debe seguir caminando y sabe también que sus angustias son el precio que le corresponde pagar por estar aquí. Pero justo en ese momento en que elige el desafío, justo cuando todo su ser se aferra al presente, es cuando este hombre se va construyendo. La pasión que le inspira su absurda existencia le da algo de grandeza, pues aunque todo termine por ser carente, su grandeza consiste en disputar con el universo, en rebelarse contra él y a la vez hacer lo propio consigo mismo.

Teniendo esto en cuenta debo hacer una aclaración sobre el carácter del hombre absurdo. Si algo se ha visto ya con claridad, es la insistencia por permanecer en el presente con todo lo que ello implica. El hombre absurdo, nos ha sugerido Camus, es la persona que se debe al presente y por lo tanto la que rechaza el futuro sin dudarlo. Su hábitat se reduce a los muros de lo humano y la soledad, ahí es donde este hombre se debate. Se podrá pensar entonces en el carácter de este curioso personaje. ¿Acaso la mirada del hombre absurdo inspira tristeza? Aunque los argumentos del filósofo hayan mostrado lo difícil que es la vida del que persiste en lo absurdo, no hay razones suficientes para pensar que de hecho este hombre es esencialmente triste. En efecto, la tristeza es un rasgo inevitable en los seres humanos, un estado que emerge en algunas circunstancias; no obstante, el divorcio del hombre absurdo con su mundo no me sugiere que esté predispuesto a padecer ese estado de ánimo. Evidentemente pienso que lo absurdo complica el sentir del hombre, es decir, que lo absurdo condiciona la existencia. Por supuesto que condiciona, pero al menos para el hombre absurdo, que es quien finalmente permanece ahí, la tristeza no ocupa un lugar fundamental en su día a día. En otras palabras, es imposible que el hombre absurdo permanezca en el desafío y por lo tanto en el presente, si su carácter persiste en la tristeza. Porque el desafío requiere de fidelidad a lo absurdo, lo cual se consigue a partir de otro tipo de carácter. En ese sentido, diría yo que la labor del hombre absurdo demuestra que la existencia llega a doler profundamente, pero no por ello hace de su carácter un gélido y desolado cementerio.

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 85-86.

Tampoco estos argumentos demuestran lo contrario, es decir, que el hombre absurdo es alguien totalmente alegre. Me inclino a pensar más bien que su carácter apunta a la serenidad. Lo pienso como alguien reflexivo, cauteloso y apasionado. Vuelvo así a ese rasgo fundamental que es la pasión, pues su vida, lo mismo que su lucha, dependen de ella. Y es justamente por ese rasgo que el hombre absurdo no sólo no es triste, sino que es alguien empapado de vida. El hombre absurdo debe ser visto como alguien pasional, alguien que es consciente de lo desgarrador que puede resultar el mundo, pero también como alguien que intenta agotarse sin pensar en el mañana. Tengo la sospecha de que la pasión, tal y como aparece en el pensamiento de Camus, es la que procura y revela su fortaleza para vivir esencialmente en la batalla:

Así saco de lo absurdo tres consecuencias, que son mi rebelión, mi libertad y mi pasión. Con el solo juego de la conciencia transformo en regla de vida lo que era invitación a la muerte, y rechazo el suicidio. [...] Obedecer a la llama es a la vez lo más fácil y más difícil. Es bueno, sin embargo, que el hombre, al medirse con la dificultad, se juzgue de vez en cuando. Es el único que puede hacerlo.<sup>21</sup>

Además de la rebelión y la libertad, hace falta la pasión para poder permanecer en el presente. Esto en la medida en que permanecer en el presente equivale a permanecer en la vida, no ya como una vida esperanzada, sino como una vida básicamente estéril. En ese sentido, lo absurdo no debe analizarse sólo como un mero argumento o como una simple teoría. De lo que se trata es de trasladar el discurso a la vida misma, pues sólo ahí lo absurdo tiene cabida real. Lo dicho por Camus debe ser juzgado y analizado en la vida diaria y no tanto en los conceptos. De modo que esta minuciosa argumentación que he venido explicando ha puesto los cimientos para que analice un par de preguntas que desde hace rato necesitan aclaración. Una pregunta apunta a saber por qué permanecer en el presente le es tan necesario y urgente, es decir, qué sucede en él para que rechace abiertamente la evasión. Respondiendo esta pregunta se puede plantear la segunda, la cual hace referencia a comprender cómo vive el hombre absurdo, es decir, sabiendo de antemano que su esencia es agotarse, queda la duda de saber qué hace en la vida para cumplir con tal propósito. ¿Realmente el hombre absurdo es distinto a los demás? Atendiendo estas preguntas se hará mucho más claro el tema de lo absurdo en Camus y finalmente será posible responder si vale la pena vivir.

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 86.

## Capítulo 3. Sísifo en nuestro tiempo

### 3.1 Conciencia trágica

Hasta este momento de mi investigación, he descubierto que el análisis elaborado por Albert Camus sobre lo absurdo, apunta o recae al final de cuentas en los hombres que han existido hasta nuestros días. Es en este mundo donde uno puede encontrar la absurdidad que envuelve a las personas irreconciliadas. Se trata de la sensibilidad absurda dispersa en los siglos, pero sobre todo se trata de los acontecimientos que se realizan y que van definiendo a esos siglos. La sensibilidad del hombre absurdo, como ese ser que ha desechado el futuro, no es más que la de aquél que ha perdido toda esperanza en lo venidero. En el hondo realismo en que decide vivir este hombre radica todo su drama y toda su formación espiritual. Pero no me parece menos cierto afirmar que lo absurdo depende siempre del hombre y no de los siglos en que vive; por ende, siendo atemporal lo absurdo, es capaz de nacer en todo corazón humano. La posibilidad de padecer lo absurdo está latente en cada instante y bajo el techo de cualquier época. Basta con entrar en ese estado de lucidez sin precedentes y superar la persistente evasión para combatir al universo. Basta con sentir el veneno de lo absurdo en todo su esplendor para desear permanecer en la infecundidad del presente, aunque ello signifique vivir esencialmente en el desafío.

Lo absurdo es revelador porque expone las cosas desde su propia desnudez. Al entrar en cada poro de la piel, lo absurdo hace que el hombre no despegue los pies del barro y se mantenga siempre con la mirada puesta en la tierra. Pero así mismo, la función de lo absurdo en las jornadas del hombre no está plagada de valor por el simple hecho de asumirlo. Con esto quiero decir que lo absurdo no es ni bueno ni malo, no es positivo ni negativo. En dado caso habría que decir que lo absurdo únicamente sitúa al hombre en el lugar que por naturaleza es carente. Así, en las largas horas en que este hombre se ve absorbido por lo absurdo se puede apreciar el fenómeno de existir sin apelar a un más allá sin fundamentos. Sólo así el universo se rinde ante la inteligencia y la postura del hombre absurdo, que es la postura del hombre que se rebela libre y apasionadamente.

Ante esta situación considero que es necesario conducir el argumento del hombre absurdo hacia lo que me parece más determinante en toda la investigación. Para responder las preguntas con que terminé el capítulo anterior hace falta reflexionar cuidadosamente la naturaleza de la conciencia y argumentar qué tipo de conciencia posee el hombre absurdo para vivir en el presente. En otras palabras, mediante el análisis de la conciencia se podrá observar la vida práctica del hombre absurdo. Además, se podrá emitir un juicio sobre el sentido de la vida, es decir, se podrá deliberar si vivir en lo absurdo abre la posibilidad de que nazca algún tipo de sentido.

Para comprender este asunto parto de los ejemplos comunes y que todos conocemos. De este mundo tan extraño es de donde se obtiene todo tipo de conocimiento y todo tipo de sentimiento, eso es evidente. Es en el transcurso de las jornadas diarias donde la conciencia se apropia de nosotros e intenta mostrarnos las cosas, es decir, se convierte en el medio para observar la realidad y posteriormente darle significado. Por otra parte, sea cual sea el temperamento de los hombres, se observa que en los pequeños ejemplos que hay en el mundo aparece la conciencia. En efecto, la conciencia, pero antes de ella se encuentra la sensación de goce o de dolor que nos brinda tal o cual momento. En cuanto a mí, reconozco un goce muy particular en un fenómeno que ocurre a diario. Cada que tengo la oportunidad, no me impido el dulce sabor de contemplar un ocaso. Hay algo de profundo en todo lo que define ese espectáculo. La agonía de la tarde, los últimos vientos del verano, la luz desvaneciéndose lentamente, quizá unas montañas o la ciudad como escenario, todo ello arroja al instante con un misterio estremecedor. Por un instante, la contemplación se vuelve una actividad provechosa, pues al observar el fenómeno uno se sensibiliza y hasta puede ser ese el origen de pensamientos nuevos que modifiquen nuestra perspectiva de la vida. A veces, una simple mirada al mundo es la culpable de que el rumbo de nuestra existencia cambie para siempre. Por eso, al observar a detalle el momento justo en que el sol está a punto de perderse en la nada, a veces tengo la ligera impresión de que día tras día la existencia se pierde y se hunde en el olvido.

Pero ante este hecho es evidente que todas las consideraciones que puedan surgir de cualquier fenómeno son posibles porque existe el ser humano. De nada serviría un ocaso si no hubiese alguien que pudiera detenerse un instante y contemplarlo. Sostengo que un ocaso sin ojos, aunque el fenómeno esté ahí, no tiene relevancia alguna. Del mismo modo en que lo absurdo existe porque el hombre decide enfrentarlo, porque se da cuenta de ello. Pero en un sentido darse cuenta de ello significa que ha podido acceder a ese estado en que la luz aparece en medio de la oscuridad. Así, lo absurdo se revela porque el hombre es capaz de contemplar el mundo no sólo con los ojos corporales, sino también con los ojos de la inteligencia. De este modo el pensamiento de los hombres tiene una visión amplia e inagotable.

Dicho esto, es preciso señalar un par de cuestiones para comprender con mayor precisión el concepto de conciencia. Ante todo, la conciencia hace referencia a la visión, a un darse cuenta, a ese observar que se presenta en mí con certeza. Así mismo, la conciencia se muestra como un saber, pues es un saber respecto a lo que sucede en el mundo y a la vez es un saber de lo que sucede en mí con relación al mundo. Por ende, no es erróneo asegurar que existe una doble mirada cuando se piensa en la conciencia. De esa doble mirada es de donde nace la tensión que sugiere Camus, la que se debe mantener para seguir el juego de lo absurdo. Todo ello representa la conciencia, y en última

instancia, diría que su hacer termina develando y determinado lo que cada uno piensa que es y lo que cree que es el mundo. Ese develar permite entonces que el hombre le quite o le ponga el significado que cree pertinente a las cosas, y ese suceso se presenta durante toda la vida.

En cualquier caso también debo añadir que la conciencia tiene una influencia determinante en la vida de los hombres tanto como la tiene la pasión. Sería un desatino pensar que la conciencia no tiene un peso determinante en nuestras jornadas. Por ella las cosas significan lo que significan, pues nos sitúa en una posición fundamental, la de la reflexión. Un hombre apasionado pero alejado de su conciencia lo vuelve un hombre oscuro para sí mismo, no es capaz de saber por qué siente lo que siente. En cambio, un hombre apasionado y consciente es alguien que puede contemplarse y observar cada momento que reconoce en sí mismo, sea como un estado pasional o sea como un estado intelectual. Este hombre medita sobre su propia pasión o sobre sus propios pensamientos, es decir, es consciente de su conciencia. Pero en cualquier caso, la conciencia es la que permite tener noción de las cosas y a la vez, la que permite observar las cosas con claridad. La conciencia es reveladora porque nos vuelve seres atentos, capaces y receptivos. De este modo tenemos nociones de lo que está ocurriendo, tanto en el mundo como en nosotros mismos. Y así, al igual que el hombre absurdo, cada uno va deliberando y eligiendo qué hacer ante tantos fenómenos diarios:

Si yo fuera un árbol entre los árboles, un gato entre los animales, esta vida tendría un sentido o, más bien, este problema no lo tendría, pues yo formaría parte de este mundo. Yo *sería* este mundo, al que me opongo ahora con toda mi conciencia y con toda mi exigencia de familiaridad. [...] Debo sostener lo que me parece tan evidente, inclusive contra mí mismo. ¿Y qué es lo que constituye el fondo de este conflicto, de esta fractura entre el mundo y mi espíritu, sino la conciencia que tengo de él? Por lo tanto, si quiero mantenerlo, es mediante una conciencia perpetua, constantemente renovada, constantemente tensa.<sup>22</sup>

Para que lo absurdo sea una realidad es necesario que la conciencia del hombre esté presente. Pero incluso hay que ir más allá del argumento y pensar que no sólo lo absurdo vive porque la conciencia

---

<sup>22</sup> Albert Camus. *El mito de Sísifo*. p. 72.

lo permite. En última instancia todo, absolutamente todo aquello que tiene relevancia para la vida de los hombres depende de la conciencia. En el caso aquí tratado, es cierto que el conflicto es propiciado por el mismo hombre, de él depende que se mantenga como conflicto, como lucha sin descanso. Evidentemente, ser consciente es ver realidades aunque ello no sea precisamente un goce. Hay un precio que pagar y el de la conciencia, al menos sobre el tema de lo absurdo, exige ser fuerte aun cuando lo absurdo nos golpea en la cara.

El argumento de Camus sobre la conciencia demuestra que hasta cierto punto la realidad o las realidades, lo mismo que la verdad o las verdades, pasan o tienen su fundamento en la conciencia, es decir, existen porque el hombre las piensa. Si esto no fuera posible quizá no habría ninguna discusión al respecto y entonces nada ni nadie se haría problema alguno. Pues por ejemplo ¿sería posible hablar de lo absurdo en un mundo donde los seres que lo habitan no fueran conscientes? Por supuesto que no, por eso puede entenderse que lo absurdo, como esa realidad y esa verdad innegable necesita siempre del deseo del hombre para persistir. El mundo aporta su parte, pero quien termina decidiendo qué es lo absurdo y qué es el mundo, ese siempre es el hombre. Pero habrá que añadir que depende del hombre consciente que quiere permanecer en su conciencia, porque incluso un hombre enteramente consciente puede zafarse de sus propias verdades con el simple gesto de mirar a otra parte.

Hay todavía otro punto que me parece interesante mencionar sobre la conciencia. El filósofo argumenta que no habría problema alguno y que sería parte de este mundo si él fuera un árbol entre los árboles o un gato entre los animales. ¿Qué quiere decir con esto? En primer lugar observo que el problema al que se refiere es al del divorcio que hay entre él y el mundo. En última instancia ese problema se mantiene porque es una certeza que su inteligencia le ha hecho ver, pero quizá es una certeza incómoda, pues en el argumento alcanzo a ver otro anhelo distinto al de permanecer en el presente. El anhelo que observo es justamente el de ser parte de este mundo. En las palabras de Camus hay una persistencia en lo absurdo pero también una petición sin respuesta, lo cual no debe entenderse tampoco como una añoranza o un sueño fallido. Simplemente expresa lo que él es y el papel que juega la conciencia, es decir, un hombre que mantiene su claridad y su razonamiento pero también un hombre que sabe reconocer los alcances de su propia naturaleza. Pues por este argumento podría deducirse que la conciencia en el hombre absurdo impide que forme parte del mundo. Al contemplar la carencia del universo, de su propia vida, el hombre absurdo ya no puede sentirse unido a aquello que observa con precaución. Pero la peculiaridad de este hombre pasa por no engañarse, por no abandonar su razonamiento. En lugar de pertenecer al mundo mediante el desentendimiento elige la conciencia, elige rebelarse contra él mismo. Todo esto comprende el

hombre absurdo e inclusive reconoce que sólo la naturaleza que no es alcanzada por las garras de la conciencia vive en el mundo como parte del mundo. Sin la conciencia no hay nada que temer pues por principio no hay nada en qué reflexionar ni nada en qué debatirse.

Ante esta situación emerge un descubrimiento. El ocaso que logra advertir el hombre supone ya un descubrimiento. Por la conciencia el hombre intenta comprender las dimensiones que tiene el mundo. Y yo diría que es justamente ese instante de contemplación profunda en que el hombre accede o se acerca mucho más a las cosas que lo rodean. De modo que al comprender el mundo, el hombre finalmente construye su mundo. Pero de este conjunto de sucesos que parten de la conciencia observo que ocurre otro mucho más interesante y mucho más rico. En este caso me refiero a un movimiento que se origina en el hombre y termina en él mismo. Al intentar saber los alcances de la conciencia, descubro que de un instante a otro, el hombre se percató que más allá del mundo existe algo más complicado de entender. De pronto, desde la soledad de su conciencia el hombre asimila que está vivo. Ahora no sólo ve un mundo que gira permanentemente, ahora ha descubierto que él está en ese mundo y que respira. Su mirada ha cambiado pues ahora es consciente de su propia existencia. Desde esta perspectiva podría decir que el hombre deja de prestar atención al ocaso y comienza a contemplarse sin prisa.

Del mismo modo en que el hombre descubre el mundo es que se descubre a sí mismo. La conciencia, en ese sentido, es determinante. Se entra en un mundo nuevo y sólo ahí es posible conocerse, pues uno se mide sin intermediarios. En ese instante se entra en crisis, pues cuando alguien descubre que está vivo es casi imposible no reflexionar sobre la propia naturaleza humana. Pero al mismo tiempo, este tipo de certeza permite señalar un par de datos más. Por una parte, el hombre que se vuelve consciente de que está vivo llega en algún punto a gozar de ese hecho. Esto significa que de manera auténtica y espontánea no puede ignorar la sensación maravillosa y extraña de su propia vida. O lo que es lo mismo, la simple conciencia que posee de sí mismo expulsa por un momento todo tipo de cuestiones y deja únicamente el inigualable rostro de su ser. Es la sensación pequeña y fugaz de saber que uno está vivo. Es la sensación ligera que permite hundirnos sin titubear en nuestros propios mares. Es la sensación única de saber que uno es, así, sin abrigos ni conceptos, simplemente se es. Todo eso arroja la certeza que la conciencia brinda. Pero por eso mismo, es preciso decir que la mayor parte del tiempo estamos sumergidos en el ritmo áspero de lo cotidiano. Cuanto más se vive pensando en el mañana más se adhiere nuestro ser a lo cotidiano, y así, más nos alejamos de nosotros mismos. Pues como sostiene Camus, en lo cotidiano uno se pierde y así uno termina olvidando que está vivo. De ahí la importancia de no pasar por alto ese suceso, pues la conciencia de estar vivo es la que hará posible percibir lo absurdo y luego persistir

en lo absurdo, o dicho de otra manera, persistir en el presente es posible cuando la conciencia de estar vivo nos acorrala.

El más claro ejemplo de la conciencia es el hombre absurdo, él sabe con total franqueza que está vivo y ese es uno de los principios de los que parte para desear permanecer en el presente. Pero por eso mismo no descarta la crudeza con que la conciencia le hace ver la realidad. En efecto, la crudeza puesto que por la conciencia se observa todo lo absurdo y todo el drama humano. Es por eso que algunos podrían opinar que la única manera de llevar una vida más o menos placentera, o por lo menos alejada de la crudeza de la realidad, es mediante la inconsciencia. Padecer es lo que casi nadie desea y por eso prefieren no pensar demasiado. Se podrá opinar que hacen bien o mal al tomar esa elección, pero ante todo creo que eso termina por ser una mera interpretación de los hechos individuales. Lo único que me parece cierto de esto, es que para soportar la conciencia de uno mismo y la conciencia de un mundo carente se requiere de una fortaleza renovada, fortaleza que no todos poseen puesto que no todos se permiten poner a prueba en cada acto que realizan. Pero incluso en algunos momentos nadie se salva, todos llegan a padecer el enorme y difícil peso de la conciencia. La diferencia radicaría entre los que se quieren quedar y los que se quieren ir. Pero es inútil, en ocasiones ni siquiera el hombre absurdo puede evitar sentir esa mordida letal y así se puede aseverar lo que en uno de sus aforismos expone Cioran:

La inconsciencia es el secreto, el <principio de vida>... Es el único recurso contra el yo, contra el mal de estar individualizado, contra el efecto debilitante de la conciencia, estado tan temible, tan duro de enfrentar que sólo debería estar reservado a los atletas.<sup>23</sup>

Una postura sería entonces el de la inconsciencia, apostar por el escape de uno mismo. Sí, sólo por la inconsciencia el hombre se aparta del hombre, de su pensamiento, de su sentir. Solamente así uno se refugia en ese secreto, en ese principio de vida que menciona Cioran, es decir, en la medida en que la inconsciencia gana terreno se pierde el punzante estado de individualidad. Pero entonces habría que añadir que desde esta postura, la individualidad que propicia la conciencia es vista con malos ojos. Y resultaría así porque el camino de la conciencia supondría un permanente estado de alerta, esto es, alerta por la exposición sin censura que podría observarse del mundo y de uno

---

<sup>23</sup> Cioran. *Del inconveniente de haber nacido*. p. 157.



mismo. Y ya que toda alerta es una advertencia de algo inminente que está por llegar, no resulta descabellado pensar que lo que está por llegar desde la conciencia es el choque contra lo absurdo. De modo que la inconsciencia termina fungiendo como el escudo que priva al espíritu humano de su propio conocimiento. Quienes recurren a la inconsciencia con tal de no lidiar con sus dolores sacrifican el sentido del yo.

Sobre este sentido del yo hay otra cuestión que me resulta pertinente mencionar. En el aforismo, la conciencia de uno mismo es vista por Cioran como algo debilitante y temible. Y acaso tenga algo de razón en afirmar tal cosa, pues para nadie resulta extraño reconocer que también uno puede llegar a sentir el cansancio o el temor de convivir con uno mismo. Levantarse cada día y tener esencialmente los mismos pensamientos de ayer o las mismas sensaciones y hasta los mismos hábitos. O quizá explorar nuevas alternativas y hallar que uno es capaz de realizar actos que en otros tiempos no habría hecho. Tener esos hallazgos y sentir temor, pues se habrá descubierto que en realidad uno no se conoce, sino que cree que se conoce. A todo ello se refieren las palabras del filósofo, pues todos esos comportamientos llevan su sello personal, el de cada quien, es decir, llevan impreso un yo en letras mayúsculas. Expresadas así las cosas diría que no sólo se batalla contra el mundo, sino que también se hace contra uno mismo. Hay que pelear contra ese yo que no se cansa de hablar y meditar, contra el yo que se acobarda o el yo valiente que sin pensarlo se rebela. Este movimiento que cada uno realiza desde su conciencia tiene un gran significado personal; no obstante, también es la causa de que el corazón se debilite y tema por sí mismo. Por ende, habría que comprender también lo que nos ha venido sugiriendo Camus, esto es, que ser consciente ya es una actitud pesada de llevar, pero lo es más el decidir permanecer ahí con una conciencia renovada. Habría que imaginar la dimensión de tan complicada empresa para darle el valor justo que merece esa actitud.

Tal vez no se han alcanzado a comprender con total profundidad los límites de la conciencia. Pero por lo dicho me queda claro que en tanto más se aleja uno de ella es posible no ser arañado, aunque evidentemente no sea ese el camino de la claridad. Si se busca contemplar el ocaso de nuestra propia existencia entonces no hay más remedio que lidiar con la conciencia día y noche. Para observar hay que prepararse como un atleta, porque en la analogía del romano, sólo alguien que entrena a diario está más cerca de soportar el peso de la conciencia. Y en este caso podría decir que el deportista que pone a prueba cada día su espíritu y su cuerpo es el hombre que sugiere Camus, el hombre absurdo. Aunque llegue a sufrir los ataques de la conciencia, este hombre prefiere encararlos y defender su propio hogar, es decir, su razonamiento y su anhelo. Teniendo como principal necesidad el presente este hombre se agota sin propósito alguno. ¿Acaso no se

observa que vivir en duelo con el mundo es ya un entrenamiento digno de mencionar? Nadie puede decir que esta actitud es mejor que otra, eso cada quien lo decide, cada quien lo establece. Los únicos hechos que todos ven claramente son los de la conciencia y la inconsciencia. O se prefiere evitar el dolor y por lo tanto se elige el sendero de la inconsciencia, o se prefiere la claridad del universo y se elige la conciencia. Ambos caminos sacrifican algo y a cada paso que se da el hombre gana y pierde siempre.

Ese es el inevitable resultado que da la conciencia de estar vivo, uno aprende a develar el misterio de la existencia aunque nunca se llegue a un final; sin embargo, todavía falta estudiar el tipo de conciencia que por decirlo de algún modo intenta responder a todo aquello que he venido investigando. Queda exponer uno de los puntos más determinantes de este asunto de lo absurdo, es decir, analizar una pieza más de este complicado rompecabezas que Camus ha elaborado a detalle.

Como ya se ha observado, lo absurdo representa un modo de vida, es todo un conjunto de conflictos y momentos que requieren siempre de la conciencia. Pero en este trayecto se ha establecido que la conciencia tiene distintos enfoques y distintos grados de profundidad. No obstante, sea cual sea el caso, también se ha visto que la conciencia siempre representa una visualización clara y óptima de las cosas. En este caso se ha acordado que lo absurdo igualmente depende de la conciencia del hombre pues él será el que ponga en disputa su anhelo con el mundo. Así, la conciencia ha implicado que el hombre conozca, pues por otra parte ese ha sido uno de sus principales motivos defendidos. Conocer abarca una gran parte en el hombre absurdo, es decir, su choque nace justamente porque el mundo no ha resuelto ese anhelo tan vivo que posee. Por tal motivo, la conciencia es la que ha ido moldeando el modo en que el hombre absurdo ve al mundo; empero, aunque la conciencia del mundo es de suma importancia, lo es más la conciencia de estar vivo, pues como se ha señalado, ahí es donde comienza a fructificar lo absurdo.

Y es justamente en este punto donde se abre la posibilidad de que emerja el nuevo estado de conciencia. Me explico. Una vez que el hombre absurdo ha llegado a la conciencia de estar vivo, esto es, una vez que ha comprendido su existencia en relación con el mundo también descubre su existencia en relación con el tiempo. En el trayecto de conciencia que realiza establece sus límites y su naturaleza. Asimila su finitud y su pequeñez como ser vivo, pero por eso mismo su conciencia le hace ver su tremenda e inevitable realidad. Así como de un momento a otro el hombre absurdo va tomando conciencia de las cosas que le rodean y también de su propia vida, es que el hombre toma conciencia de que en algún momento habrá de morir. Es la conciencia de estar vivo la que termina conduciendo a esa imponente resolución, pues ciertamente se trata de un desenlace brutal para quien lo ha comprendido con total autenticidad.

Es la conciencia de muerte el punto más determinante en todo pensamiento humano. En el caso del hombre absurdo lo es aún más porque de aquí es de donde obtiene su comprensión y sus infecundas aspiraciones. Cuando llega a esta instancia, comprende que comparado con el tiempo que pasará muerto, su vida es apenas un suspiro. Entonces, atendiendo a la primera pregunta planteada en el capítulo dos, diría que la urgencia y la necesidad que encuentra Camus para agotarse en el presente pasa por saber que la muerte es una realidad latente que no se puede negar. Nada se puede hacer para evitarla y lo único que queda es consumir el tiempo en un presente sin mañana. Por ende, al priorizar el presente y rechazar la evasión, lo que está haciendo el hombre absurdo es priorizar la vida y rechazar la muerte. Su conciencia no quiere negar tampoco su muerte, sino que más bien la contempla cara a cara y por sobre ella elige agotar todo su ser mientras pueda. Simplemente está sugiriendo Camus que el tiempo que cada uno dispone es lo único verdadero dentro de esta realidad, y aunque nada deja de ser absurdo, lo cierto es que permanecer en el presente representa ser fiel a uno mismo, a su sentir y a su conciencia. Saber que uno habrá de morir, que en cierto momento indescifrado uno dejará de ser tiene siempre algo de trágico y de espantoso. Y aunque a veces uno se toma con calma y hasta con ironía ese suceso, lo cierto es que la frialdad de esa conciencia termina por rebasarnos y dejarnos totalmente desamparados. Sin embargo, una vez más nos alienta el hombre absurdo a permanecer con lo que uno posee aunque sea desgarrador, y no a dar saltos a lo eterno con tal de vivir con seguridad. Eso mismo se puede observar en la novela *El extranjero*, narración donde el personaje central, al esperar su deceso, toma conciencia de su muerte sin negarla y sobre todo sin asumir realidades distintas donde pueda esperanzarse:

Había también dos cosas sobre las que reflexionaba todo el tiempo: el alba y la apelación. Sin embargo, razonaba y trataba de no pensar más en ellas. Me tendía, miraba al cielo y me esforzaba por interesarme. Se volvía verde: era la noche. Hacía aún un esfuerzo para desviar el curso de mis pensamientos. Oía el corazón. No podía imaginar que aquel leve ruido que me acompañaba desde hacía tanto tiempo pudiese cesar nunca. Nunca he tenido verdadera imaginación. Sin embargo, trataba de construir el segundo determinado en que el latir del corazón no se prolongaría más en mi cabeza. Pero en vano. El alba o la apelación

estaban allí. Concluía por decirme que era más razonable no contenerme.<sup>24</sup>

Parece ser que en este punto el hombre absurdo arriba a un estado de conciencia más profunda. La muerte, como ese ineludible destino cambia totalmente la perspectiva de la vida. Un par de minutos antes se observaba con claridad la propia existencia, vivir entonces resultaba tanto absurdo como fortuito, pero ambos otorgaban un intenso momento de goce. Después de todo, saber que uno está vivo es una dicha que se disfruta a cuentagotas, pero se disfruta finalmente. Sin embargo, al comprender que este ser vivo que soy yo habrá de perecer, habrá de dejar de existir, eso sí que enreda el pensamiento y nubla el corazón. Evidentemente el hombre absurdo tomará de ese dolor su fuerza para continuar y combatir su propia conciencia. Hará de esa herida un remedio para vivir en el presente y morir irreconciliado, de mala gana. El hombre absurdo hará eso para existir; no obstante, es natural que mucho antes de lograrlo entre en un estado de total angustia. Y por decirlo de algún modo es necesario que atraviese esos momentos sin anclas, pues sólo así el hombre puede conocer su espíritu.

En ese sentido la conciencia de muerte puede hundirnos o puede sacarnos a flote, pero al final eso dependerá del conocimiento íntimo, personal, que uno pueda obtener para sí mismo. Toda vida viene con una sentencia de muerte, pero la diferencia entre vivir cegado o vivir en la lucidez, donde todo se dimensiona hasta exponerse sin máscaras, eso siempre depende de la conciencia. Por eso, sostengo que pensar en la muerte definitivamente mina el resto de nuestros días en la medida en que uno elige permanecer ahí. Pero por todo lo dicho, no resulta nada extraño ver que la muerte también es eclipsada, es decir, se intenta ocultarla para asumir que no existe. ¿O acaso no se observa con cuánto pavor se le rehúye y hasta se le niega?

Una valiosa conclusión obtiene el hombre que se vuelve consciente de su muerte y esa conclusión no es otra más que la certeza de ese acontecimiento. Pero hablo y pienso en la conciencia que es sincera, en la que llega al fondo y se quema las manos por tocar la realidad de la condición humana. Me refiero a esa conciencia que arde pero que no sale corriendo, porque después de todo, esa es la conciencia que Camus identifica en el carácter del hombre absurdo. La conciencia que le importa al filósofo es la que pese a la angustia afirma la existencia de la muerte pero al mismo tiempo la rechaza, esto es, elige la vida porque elige el presente. Pero eso no significa que no reflexione sobre la muerte o que la evada, al contrario, porque es muy consciente de ella es que

---

<sup>24</sup> Albert Camus. *El extranjero*. p. 109.

saca conclusiones que le ayudarán a agotarse en su día a día. No es que el hombre absurdo considere que la muerte sea mala en un sentido moral, es decir, de cosas buenas o malas. No, lo único que expresa es que como tal, la muerte no tiene sentido, es un absurdo que resuena como una gran injusticia contra la humanidad. En ese sentido se visualiza la complejidad de tan profunda conciencia, pues aunque la muerte es una realidad, noto que muchos de los que me rodean huyen del tema y prefieren no hablar de ello. Como si la muerte fuera un prejuicio, algo malo y negativo, es que se desentienden y a la primera oportunidad cambian de conversación o se alejan.

No niego que reflexionar sobre la muerte pueda ser una tarea agotadora; no obstante, tampoco puedo evitar mencionar que es una tarea casi obligada reflexionar sobre ella, porque por la muerte uno mide las cosas con mayor precisión. Pero si uno observa el comportamiento del mundo, comprende que en realidad la muerte se convierte en algo intrascendente, o por lo menos esa es la idea que impera en nuestra época. Y me refiero a esto porque casi nadie parece hacerse muchos problemas con la muerte y en última instancia las más hondas preocupaciones de la gente pasan por cuestiones que yo noto menos importantes, menos graves. Se ha difundido una idea de preceptiva vital en la cual la muerte parece no estar presente. Lo importante es en ese caso ser más poderoso, ser reconocido, comprar lo último en tecnología, la mejor vestimenta, el mejor automóvil, etcétera. Pero entonces sobre esas cuestiones la razón delibera sin poder comprender la densidad de los temas importantes como lo son la conciencia de estar vivo o la conciencia de saber que uno morirá. Por todo ello pienso que en un mundo como el nuestro, donde la conciencia está sedada, lo más necesario y urgente es que alguien se rebele y pida la palabra sin temor a equivocarse.

Todas estas consideraciones brotan porque el hombre aquí expuesto, el absurdo, fundamenta su regla para vivir por la conciencia que tiene de la muerte. Decide permanecer en el presente porque llega a la conclusión de que la muerte es desconocida y absurda, esto es, no puede saber qué significa estar muerto; sin embargo, sí sabe qué significa estar vivo, con todo lo que ello implica. De modo tal que el hombre absurdo concluye que lo más sensato para él y su rebelión es combatir ese absurdo de la muerte desde la vida misma, de ahí que diga Camus que de lo absurdo no se sigue el suicidio, pues ante todo el suicidio es saltar al abismo, es evadir la certeza.

Pero sobre el tema de la muerte hay todavía otra cuestión que me inquieta bastante. Y es que no puedo evitar pensar que la simple idea de saber que uno habrá de morir o que esos seres con nombre y apellido que también nos importan morirán, no nos conduzca al terreno de la indignación. Cuando veo que el filósofo argelino afirma que de lo que se trata es de morir irreconciliados y de mala gana, entiendo que se refiere precisamente a ese hecho funesto. Hay que vivir para luego morir, pero ese doble absurdo es el que resuena en el corazón y el que me hace pensar que la existencia no merece

admiración alguna. De aquí nace un dolor y un desconsuelo que no tiene remedio, es decir, de la sensación que nos da esta conciencia no hay vuelta atrás. Evidentemente Camus nos dirá que el hombre absurdo utiliza esta conciencia de muerte para permanecer en el presente y en ello consiste su regla de vida. Sí, pero también cabe la posibilidad de observar por un instante la desgarradora idea de dejar de existir para siempre. ¿Realmente podemos comprender lo que significa dejar de ser? Si bien la total certeza sobre esta materia se nos escapa, no es menos cierto afirmar que la muerte es en todo momento definitiva. La vida está llena de posibilidades, en cambio con la muerte todo se reduce a poner el punto final. Uno debe ser fuerte pues vivir siempre es doloroso. Ante la muerte uno debe ser prudente y sereno, pero jamás hay que sentir admiración por ella. En todo caso hay que protestar por esa realidad latente del mismo modo en que lo hace Cioran:

¿Por qué temer el vacío que nos espera si no difiere en nada del que nos precedió? Este argumento de los antiguos contra el miedo a la muerte no puede servir de consuelo. *Antes*, se tenía la suerte de no existir; ahora se existe, y es esa parcela de existencia, o sea de infortunio, la que teme desaparecer. Parcela no es la palabra, puesto que cada cual se prefiere, o, por lo menos, se iguala, al universo.<sup>25</sup>

Uno existe pero sabe que dejará de ser. Comprendo el temor que cada uno ha llegado a sentir ante esa verdad y también comprendo que uno no puede permanecer con ese temor, al menos no si se parte de una vida esencialmente absurda. ¿Qué significará dejar de ser? Nadie lo sabe y nadie lo sabrá, esa respuesta permanecerá oculta. Lo único a lo que se puede llegar en este tipo de preguntas es a meras especulaciones, nada más. Pero lo que sí se puede deducir de todo este embrollo es que el hombre absurdo ha entendido unas cuantas cosas respecto a su propia naturaleza. De esa doble mirada de la conciencia observa que en realidad vivir es una cuestión de suerte, casi se podría decir hasta milagrosa. Y es que el propósito de ese hombre, que es agotarse en el presente, está atado a la posibilidad de existir; empero, existir, más allá de la elección que uno puede hacer de matarse, depende siempre de la suerte. Cada quien vive de acuerdo a su visión de mundo, incluso el hombre absurdo; sin embargo, la posibilidad de dejar de vivir está presente hasta en las más silenciosas actividades. De ahí que nuestra propia existencia sea una cuestión meramente fortuita.

---

<sup>25</sup> Cioran. *Del inconveniente de haber nacido*. p. 90.

Así mismo, este hombre entiende que somos seres temporales y pasajeros, es decir, seres sin futuro ni esperanza. Disponemos de un breve instante que se adhiere a nuestro ser, así ocupamos un diminuto espacio en el borroso álbum de la existencia, luego en el recuerdo y finalmente en el olvido. Esa es la realidad, tarde o temprano seremos olvidados. ¿Acaso importa? Escucho a la gente y me aseguran que el ser humano trasciende, que ha nacido para trascender. Me dicen que soy el resultado de generaciones y que esas generaciones navegan por mi sangre, que de alguna manera soy todos ellos. Pero yo creo que es mentira, uno no puede trascender demasiado tiempo. Para que alguien viva, al menos como recuerdo, debe ser pensado por otro alguien, si no es imposible persistir; empero, una vez más, eso es una cuestión de suerte. Si no hiciéramos esta actividad del recordar no podríamos hablar de nadie, ni de los filósofos ni de nuestras más preciadas amistades. Pero hay que reconocer que poco a poco vamos siendo olvidados y que hay un pequeño racimo de desconsuelo en esa verdad. Yo mismo desconozco quiénes han sido todas esas personas que supuestamente recorren mis venas. Si no fuéramos olvidados ahora mismo diría el nombre de todos esos fantasmas que dejaron de existir hace muchísimo tiempo, describiría sus rostros, diría cuál era su pensamiento y cómo vivían, pero eso es imposible. Este hecho prueba que la muerte lo define todo, que los seres humanos desaparecen de la misma manera en que el ocaso se va perdiendo mansa y llanamente. Del mismo modo se podría observar que una obra tampoco sirve de consuelo para decir que el ser humano trasciende y permanece. En ese sentido recuerdo a Unamuno y concuerdo con él cuando sostenía que una obra es sombra de inmortalidad, pero uno no es esa obra. Esto quiere decir que no consuela la idea de saber que uno persiste a través de las obras, al menos el filósofo español pensaba que lo importante sería estar ahí y no las obras que uno puede hacer. Ante esto, podría decirse que el hombre absurdo parte de una conciencia trágica y llega a la conclusión de que es preciso vivir y morir en un presente sin mañana, pues es lo único que tiene. Esa es la tarea fundamental que se debe asignar al hombre, agotarse, consumirse, pues no existe un lugar reservado para cada uno de nosotros en la posteridad, pues por principio no existe ese lugar. A diferencia de muchos, el hombre absurdo sabe que le espera el olvido pero justamente ahí se corona, pues no hace nada para buscar esa trascendencia. Únicamente quiere apegarse a las posibilidades enteramente humanas; así, la actitud de vivir que parte de una fidelidad a lo absurdo demuestra que hay que convivir con esos dos grandes enigmas que son haber nacido y tener que morir. Mientras éste y el resto de hombres sigan respirando lo absurdo seguirá siendo una realidad. Pero cuando muera el último hombre habrá acabado todo, habrá muerto el pequeño drama de la existencia que ahora mismo nos intriga. ¿Quién recordará a la humanidad el día que deje de existir?

### 3.2 La conquista

Queda claro que el anhelo urgente del hombre absurdo tiene su fundamento en la conciencia tanto de vida como de muerte. A partir de esa visión el presente se vuelve una necesidad vital. No hay un futuro palpable para la razón, por eso no se debe desviar la mirada de lo que está al alcance de las manos. Antes se lidiaba contra ese absurdo que nace del mundo y de uno mismo, pero ahora se debe lidiar incluso contra ese absurdo que es la muerte. En efecto, la lucha declarada que sugiere Camus y que he venido analizando hace referencia a permanecer fiel a nuestro propio razonamiento, a sacar de ahí las conclusiones sin importar la violencia de su naturaleza. Y además, esta lucha incesante se muestra siempre en los acontecimientos de este mundo, es decir, en la vida práctica es donde el hombre absurdo se desarma y se construye. Dentro de los límites meramente humanos es donde se puede comprender la esencia de este hombre. En ese sentido puedo responder ahora la segunda pregunta con que finalicé el capítulo dos. Si se recuerda la pregunta, ella preguntaba por la vida práctica del hombre absurdo, esto es, se intentaba saber cómo vive, qué hace para efectivamente luchar y agotarse en el presente.

Considero que a estas alturas de la investigación ya se pueden reconocer varios rasgos importantes en la naturaleza de este hombre, los cuales pueden ir ofreciendo una muy buena idea de cómo se comporta el hombre absurdo en el día a día. Pienso que todos y cada uno de los momentos que he enumerado tienen su grado de relevancia y por eso mismo no pretendo ahora volver a analizarlos. Únicamente mencionaré los rasgos que considero que terminan por exponer al hombre absurdo con total claridad en este mundo que todos compartimos.

Siendo así las cosas, diría que uno de los rasgos más decisivos es la perfecta conciencia que posee y con la cual es capaz de observar la realidad y arrebatarse el sentido a las cosas que gobiernan su universo. Por ella lo absurdo se vuelve real; empero, debo dejar en claro que va más allá y le otorga lo más importante para su existencia, que es la conciencia de muerte. ¿Por qué? Porque la muerte lo convierte en el hombre más consciente posible, sabe que no hay nada más allá de ese acontecimiento. Las únicas certezas que le quedan son saber que dejará de existir y que pronto será olvidado. A esa verdad llega su conciencia, a comprender que ese es el destino inevitable de la humanidad. Hasta aquí esa conciencia de muerte lo sitúa como un ser teórico; sin embargo, ella misma lo conduce y lo hace un ser práctico. Todo pensamiento invita a actuar, pero hay unos mucho más profundos que otros, por lo tanto serán más profundos los resultados finales. En el caso de la conciencia de muerte, el hombre debe elegir entre lo absurdo o el refugio desesperado. Si por la fuerza devastadora de la conciencia un hombre no soporta imaginar su propio olvido, entonces hace lo que Camus ya había explicado, evade y así da un gran salto hacia lo eterno. De nuevo se



piensa en la esperanza y en la posibilidad de salvar un pequeño fragmento de nuestro ser, es decir, el pensamiento y el corazón prefieren imaginar una hipotética salvación con tal de no aceptar que con la muerte uno deja de ser para siempre. Pero si se elige lo absurdo, entonces se puede observar que la muerte se convierte en el pan de cada día, pues a partir de esa conciencia el hombre puede emprender su pequeño desafío y así comienza a tener relevancia su actitud.

Entonces lo que diferencia al hombre absurdo del resto de hombres es la conciencia y la actitud que elige ante el drama que se le presenta. Es en esta tierra, junto a esta gente donde el hombre absurdo quiere permanecer. No teje ilusiones y en ello radica su coherencia. El hombre absurdo se diferencia del resto a partir de un giro que acontece en su espíritu, un giro que es posible percibir tanto en su palabra como en sus acciones cuando rechaza el futuro. En ese sentido, este hombre vive como el resto de los hombres en tanto hace las mismas cosas, es decir, igualmente proyecta su pensamiento en las cosas que cualquier hombre puede realizar a diario. Se levanta, trabaja, se preocupa, come, se emociona, hojea un libro, toma el transporte público, descansa, se enferma, etcétera. Lo que Camus argumenta es que el hombre absurdo finalmente vive como todos los hombres en tanto es un humano más; sin embargo, la puntual diferencia recae en la actitud y la conciencia que tiene para realizar lo que hace. Así, puede un hombre asumir que es de total importancia conseguir y conservar un buen empleo porque cree que en ello hay algo de grandeza para su vida. Se obsesiona en ello, como si su destino fuera ser arrastrado por una cadena de responsabilidades y seriedades que la misma existencia impone, como si a la existencia le importaran los títulos y honores que los hombres tanto valoran. Cuánta gracia le provoca al hombre absurdo esa actitud, pues para él, ese pensamiento y ese esfuerzo que invierte aquél hombre son irrelevantes. Esa forma de vivir, donde uno es encadenado a la esperanza, es la perfecta venda para no ver la carencia de este mundo y no entrar en la decisiva conciencia de muerte. De lo que se trata es de desafiar el mundo y no más bien de ceder a sus caprichos.

Desde esta perspectiva se puede apreciar todavía otro rasgo en la naturaleza de este hombre. Teniendo en cuenta ese desafío que abiertamente declara, puedo entender que su lucha apunta no sólo al mundo, sino también y con más ahínco a la muerte. Todas las incomprendiones que tenía culminan en este punto. Ese anhelo de claridad que desde el principio requería se ve debilitado por ese gran enigma que es la muerte, pero eso mismo lo vuelve más consciente y lo motiva a actuar. Pero entonces uno podría preguntar con total justificación cómo se desafía la muerte. La respuesta es evidente y contundente. La manera en que se puede desafiar la muerte es rechazándola y eligiendo su contraria, la vida. Así se forma un escudo ante ese absurdo y al mismo tiempo su desprecio lo aleja de la tentación que ofrece la eternidad.

Las consecuencias inmediatas de este suceso terminan por dar una descripción más precisa de cómo habita el hombre absurdo este mundo. Simplemente se trata de un par de resultados que todos podemos apreciar si seguimos la lógica y la fidelidad que desde el principio exige Camus. ¿Y cuáles son esas consecuencias? Aunque sabe que todo es absurdo, este hombre elige la vida porque ha llegado a comprender que de su apego a lo vivo nace su rebelión, es decir, su lucha contra lo absurdo, contra la muerte. Por tal motivo, no es extraño entender que este hombre esté siempre a favor de lo vivo; por ende, partiendo de su propio modo de proceder, se puede ver que no podría fomentar la muerte por un mero principio de razonamiento. Si lo hiciera caería en una contradicción y no podría fundamentar su modo de ser. De ahí que procure la vida en tanto rechaza la muerte y viceversa. Pero al hacerlo sabe que su lucha reposa dentro de los límites de este mundo y no más allá. Por eso se vuelve un ser práctico y por eso debe convivir con los demás seres humanos. Después de todo, el hombre absurdo es esencialmente solitario pero no por ello antisocial. Luego de un buen rato sumergido en su propio pensamiento, el hombre absurdo sale y se encuentra frente a otros rostros. Entonces de esta nueva instancia emerge una duda. ¿Es posible hablar de ética en el hombre absurdo?

Para responder esta pregunta debo partir de nuevo de la conciencia que posee. Cuando este hombre se relaciona con las personas sabe el significado de un par de cosas que quizá los demás no han observado con cautela. Nadie mejor que él sabe lo gris que puede resultar el mundo; nadie mejor que él para hablar de angustia, de dolor; nadie mejor que él advierte la diferencia entre vivir en el engaño o el desengaño; nadie mejor que él ha saboreado la dicha de ser; nadie mejor que él se ha empeñado en la libertad y en la pasión; nadie mejor que él comprende que morir es el gran absurdo de la existencia. Todas estas consideraciones son vividas por él cada día. No puede apartarse de ellas y justamente por ellas adquiere una forma de comportarse con los demás muy simple pero coherente.

Es por eso que al pensarlo con detenimiento considero que sí es posible hablar de ética en el hombre absurdo. Y esto lo sostengo porque como lo dije anteriormente, esa claridad que tiene lo conduce a rechazar la muerte y a procurar la vida. Al hacerlo, el hombre absurdo puede desafiar y puede mantenerse fielmente en el presente. De modo que esa elección lo lleva a tener un respeto por lo vivo en todo momento. Es evidente, no sería lógico decir que se rechaza la muerte si por otro lado se actúa a favor de ella. ¿Y cómo se actuaría a favor de ella? Provocándola, causándola, atentando contra la vida. Hay infinidad de maneras de causar la muerte; empero, comúnmente los hombres causan dolor, violencia, daño, para provocar la muerte. Todas esas maneras que fluyen en contra de la vida las comprende perfectamente el hombre absurdo. De hecho, al observar el dolor

que abunda en el mundo, es que este hombre se impone no causar daño a nadie. Sabe que el dolor está de más en el universo y por ello no hace nada de manera consciente que lo continúe alentando.

En ese sentido, hay ética en el hombre absurdo porque intenta mantener su razonamiento vital en todo momento. Pareciera irreal la actitud de este hombre; sin embargo, yo creo que es posible observar este comportamiento incluso en nuestro tiempo, pues esta ética parte de una claridad intelectual para distinguir y conocer el espíritu humano, lo cual sigue siendo posible para todos nosotros. Qué mejor para hablar de ética que partir de una conciencia que rechaza la muerte en todas sus distintas manifestaciones. Pero entonces debo aclarar que la ética que identifiqué en los argumentos de Camus parte, a diferencia de otras, desde el individuo, desde la persona. En realidad, no es complicado observar que a medida que uno crece adquiere modos de ser, comportamientos y pensamientos que condicionan a vivir de cierta manera. Las sociedades tienen sus criterios y así se difunde una valoración del comportamiento humano en las que algunas acciones son aceptadas y otras no. Las éticas, en ese sentido, parten desde lo colectivo y recaen en lo individual. Me refiero a que es el individuo quien debe someter su voluntad a ciertas reglas para poder vivir y para poder hacerse una visión panorámica del mundo. Desde esos modos de pensar, el individuo se forma a partir del exterior, a partir del pensamiento que algunos otros establecieron. No hay un esfuerzo por construirse, todo está dado. Por otra parte, me es claro que la ética del hombre absurdo va a la inversa, es decir, ésta emerge desde la conciencia individual y posteriormente reposa en la colectividad. Otra manera de decirlo sería añadir que el hombre absurdo se forma en soledad y en ese complejo tránsito que realiza su espíritu madura hasta desear permanecer en la vida, junto a la humanidad. No obstante, no hay que confundirse y asumir que esa actitud que muestra permanentemente a los demás lo convierte en altruista, en lo absoluto. La labor que recalca Camus no es la de llegar a ese criterio y luego salir al mundo a resolver los problemas de la humanidad. Por supuesto que es en este mundo donde elige vivir y aunque está dispuesto a ofrecer una mano si se lo solicitan o si él lo cree conveniente, no vive pensando en que él es el indicado para ayudar al prójimo. Únicamente exige un respeto y apego a la vida para desafiar la existencia, así como también expone un rechazo a la muerte y al dolor. Pero habría que señalar también que con el simple gesto de procurar la vida se hace demasiado, es decir, con este comportamiento que muestra el hombre absurdo se gana bastante en tiempos donde la vida es pisoteada y maltratada. A partir de este modo de ser se comienza también a comprender cuál es, en realidad, la más importante conquista que puede realizar el hombre:

Aunque humillada, la carne es mi única certidumbre. Sólo puedo vivir de ella. La criatura es mi patria. Por eso he elegido este esfuerzo absurdo y sin alcance. Por eso estoy del lado de la lucha. La época se presta para ello, como he dicho. Hasta ahora la grandeza de un conquistador era geográfica. Se medía por la extensión de los territorios vencidos. Por algo ha cambiado de sentido la palabra y ya no designa al general vencedor. La grandeza ha cambiado de campo. Está en la protesta y en el sacrificio sin porvenir.<sup>26</sup>

Esa pequeña decisión de elegir la vida, de permanecer en ella y tomarla como espada, es la que dota de grandeza al hombre absurdo. Porque después de todo, la humanidad se encuentra totalmente desamparada, y aunque Camus sabe que esa misma humanidad ha sido partidaria del dolor, comprende también que si él no desafía a la existencia nadie lo hará. Pero es que en realidad no emprende este viaje para complacer a los otros, ni siquiera puede complacerse él mismo. Sabe que su lucha es estéril, intrascendente; y sin embargo, está convencido de que es necesario mantenerse en pie de guerra y no caer en el ritmo cansino de la inconsciencia. De ahí que viva coherentemente, es decir, que pese a todo elija como hogar esta tierra y esta gente. Como consecuencia de esa actitud aparece una posible ética, pero el hombre absurdo nunca ha tenido la intención de alcanzarla. En el trato que hace con sus semejantes todo se concentra en la convicción de rechazar la muerte. ¿Cómo podría entonces dañar a los demás? La vida se defiende de la muerte con la vida; por lo cual, la posibilidad de hacer un perjuicio de manera consciente queda anulada por completo. Y por eso, aunque su rebelión termine en el olvido, prefiere persistir en ella antes que ceder a los actos que terminan aplaudiendo el dolor y la muerte.

Pero en ese sentido la lucha a la cual se refiere Camus parte desde la soledad, y en ella, se le revelan un par de verdades. Hay algo en el universo que no cuadra, que es incomprendible. Mirando con detenimiento, el hombre absurdo llega a la conclusión de que la humanidad está humillada, está abandonada a su suerte. ¿De dónde saca esta resolución? De la muerte. Su pensamiento que vislumbra lo profundo de ese hecho va un paso más allá sólo para entender cuál es el destino de la humanidad. Para el hombre absurdo, la humanidad se encuentra humillada porque la muerte lo persigue, porque finalmente será olvidada. Ciertamente el ser humano, en su búsqueda incansable por alcanzar el poder, se ha encargado de atentar contra él mismo. Esta criatura que se sostiene en

---

<sup>26</sup> Albert Camus. *El mito de Sísifo*. p. 116.

dos pies en parte está humillada por la existencia y en parte está humillada por ella misma. Qué misterioso lugar es el mundo y qué curiosa es la forma en que se comporta el hombre. En verdad que la humillación está presente y a la velocidad en que transcurren los siglos no parece divisarse su final. Ahora comprendo el sentir de Camus sobre este punto. Comprendo por qué ese rechazo a la muerte y por qué hablar de lo absurdo. Él lo dice de mejor manera, cuando sostiene que ha elegido estar del lado de la lucha porque la época se presta para ello. Y en efecto, al revisar un poco la turbulenta época que le tocó vivir uno entiende cuál es el origen de su pensamiento. Pero lo mismo sucede si echamos un vistazo a épocas pasadas o incluso la nuestra, después de todo, en términos generales, no parecen tan diferentes a la de él. ¿Acaso ha existido una época que no se haya caracterizado por la humillación de la carne? Parece que no. Parece que la muerte lo define todo y gran parte de la humanidad ha colaborado en esa humillación. A estas alturas, la voz del hombre absurdo no puede ser otra más que la del reclamo franco y directo contra la existencia. Su voz resuena con fuerza y las manos del mundo tapan los oídos para no escuchar. No quieren escuchar que la vida se tambalea a cada paso que da la humanidad. La de Camus en un tiempo de sangre y desencanto, la nuestra en un tiempo de sangre y desencanto.

El hombre absurdo es el hombre rebelde y es también quien está dispuesto a exaltar al hombre ante aquello que lo humilla y lo aplasta. Decidir permanecer en el campo de batalla es una elección que no todos están dispuestos a hacer. Y no lo están porque esa actitud demanda emprender una revolución que parte en principio desde lo individual y la cual no conduce a alguna victoria. Al hombre absurdo le gustaría ganar la batalla, pero por todo lo dicho, se debe entender que desde este lugar es imposible obtenerla. La única victoria que se puede alcanzar es la que aspira a lo eterno, a lo divino; empero, seguir esa batalla y conformarse con ese premio es semejante a aceptar la trampa y el engaño.

De este modo queda claro que no hay victoria alguna en esta revolución; sin embargo, sí hay una conquista para el revolucionario. En este caso, el tipo de conquista que encuentra el hombre absurdo se aleja totalmente de los mapas mundiales y se acerca mucho más a los recovecos de su corazón. Y es que pensar que colectivamente se puede conquistar algo significativo es un sueño inocente. Las tierras, el espacio geográfico que con tanta alegría van a ocupar los vencedores de la guerra, esas ganancias procuran la humillación de la carne, no cultivan la grandeza humana. En palabras de Camus, una verdadera conquista marcha siempre en soledad. El hombre que se aparta de los murmullos que entorpecen puede descubrir su conciencia, puede llegar a ver y pensar con claridad cuanto sucede en el universo. ¿Y qué tipo de conquista se puede conseguir si uno es consciente? La más importante y ardua de las conquistas, la que no tiene precio alguno, la conquista del espíritu.

Esta conquista del espíritu se vuelve la más relevante en la medida en que se convierte en la esencia del hombre absurdo. En otras palabras, esa actitud de respetar lo vivo, de rechazar la muerte, de aprender a convivir con lo absurdo y en general todo ese trayecto que he venido describiendo, todo eso es para el filósofo la auténtica conquista. Sólo si se comprende el hondo peso de esta idea se entenderá por qué las conquistas geográficas no valen nada para el hombre absurdo. Conquistar el espíritu, a diferencia de los territorios, depende siempre de uno mismo. Es el espacio íntimo en que uno se contempla y se desnuda sin tanto miedo. Nadie ni nada más está involucrado en esa guerra que uno sostiene todos los días. No hay victoria y uno vive al filo del abismo. Desde la colectividad uno puede dejar de pensar y seguir las voces sin mayor dificultad; desde la soledad, uno aprende a ganarse su soledad y ahí se descubre cuál es la verdadera fortaleza. No hay secretos en esta conquista, simplemente se trata de ser coherente con la conciencia y no apartarse de sus consecuencias. El hombre absurdo comprende bien la inutilidad de la existencia, pero también le indigna el dolor y la muerte que contempla. Por eso desiste de remediar su indignación con la evasión y aunque sabe que nunca estará en paz, prefiere rebelarse en un presente efímero y vacío. Por todo lo cual, Camus asume que esa batalla estéril que ha decidido hacer el hombre absurdo tiene una pequeña recompensa. La conquista del espíritu es decisiva porque nos define como personas y porque en ciertas ocasiones nos permite apreciar su propia grandeza:

Sí, el hombre es su propio fin. Y es su único fin. Si quiere ser algo, tiene que serlo en esta vida. Ahora lo sé de sobra. Los conquistadores hablan a veces de vencer y superar. Pero siempre quieren decir “superarse”. Saben muy bien lo que eso significa. Todo hombre se ha sentido igual a un dios en ciertos momentos. Por lo menos, así se dice. Pero eso se debe a que, en un relámpago, ha sentido la asombrosa grandeza del espíritu humano.<sup>27</sup>

Una vez más lo deja claro el filósofo argelino, sólo existe el más acá. Nuestra carne y nuestro espíritu pertenecen a este mundo absurdo. No hay un presente para un mañana ni un medio para un fin. La humanidad es por sí misma, pero es un puente en construcción. Hay una diferencia muy grande entre ser y hacerse. Quiero decir que aun cuando cada uno es por el simple hecho de existir, eso no significa que nos hemos formado como personas. Y creo que a eso está refiriéndose Camus

---

<sup>27</sup> *Ibid.* A. Camus. p. 117.

cuando indica aquello de sentir la grandeza del espíritu humano, es decir, alcanzar ese lugar donde el corazón se embellece y se transforma en imponentes montañas. Pero para llegar a esa instancia hay que hacer lo suficiente por conquistarse. Por eso parece ser necesario sentir a veces que uno cae y se quiebra en pedazos, porque sólo en las miserias uno se pone a prueba en verdad. Hay que conocerse y luego hay que superarse. Quien no lo intenta no puede conquistarse. La conquista entonces debe ser arriesgada y decidida, no hay lugar para el temor. Sólo así el espíritu pasa a pertenecernos y sólo así su grandeza se nos devela.

Sin embargo, habría que añadir que el espíritu humano termina por conquistarse cuando el carácter es lo suficientemente fuerte como para derrocar a la propia muerte. Pienso que ese es un rasgo fundamental en el hombre absurdo, es decir, ese permanente rechazo a la muerte y esa indignación ante sus alcances. Conquistar el espíritu y observar la grandeza humana se convierten así en una empresa muy complicada de realizar, esto en tanto se debe querer desafiar el destino y la condición intrascendente que tenemos. Cada uno observa y sabe que la realidad de nuestro siglo nos da la posibilidad de observar las instancias que definen el carácter del hombre absurdo. Cada uno se indigna ante la muerte y cada uno cree que esa belleza humana de a poco se ha ido perdiendo. Sentir lo absurdo de la existencia es algo palpable y está a la vuelta de cualquier esquina; por eso, la decisión entre permanecer o evadir es la que nos definirá como personas. Y será esa misma elección la que indicará si somos capaces de conquistar incluso aquello que no tiene remedio:

Al final de todo eso, a pesar de todo, está la muerte. Lo sabemos, y sabemos también que lo termina todo. Por eso son horribles esos cementerios que cubren a Europa y que atormentan a algunos de nosotros. No se embellece sino lo que se ama y la muerte nos repugna y nos cansa. También a ella hay que conquistarla. [...] En el universo del rebelde la muerte exalta a la injusticia. Es el abuso supremo.<sup>28</sup>

Nos queda lejos la Europa de Camus, pero ya que nuestro tiempo se sigue empeñando en atormentarnos y horrorizarnos de mil maneras, pienso que no será imposible imaginar de qué está hablando. Para comprender semejantes determinaciones se debe tener presente esa sensibilidad y ese sentimiento absurdo. Por todo ello, Camus recalca que en este mundo la muerte exalta a la

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 118-119.

injusticia y termina siendo el abuso supremo. No en vano se observa que la historia de la humanidad se ha ido construyendo con sangre y dolor. Y cuando a la distancia se llega a la conclusión de que esas *conquistas* y esas pérdidas en realidad no valieron la pena, es cuando uno puede afirmar con total indignación que la muerte repugna. No se trata de un juego de palabras de parte del autor, sino más bien es un argumento sincero antes los hechos que todo mundo observa. En ese sentido la muerte, lo mismo que el dolor, resulta absurda. Es una injusticia y un abuso que con cada deceso se pierdan para siempre la vida y el universo. Ahí está el destino de la humanidad, yendo hacia su ocaso. Pero ante esta situación, el hombre absurdo se incorpora y elige continuar su destino obstinadamente. Sabe que no hay remedio alguno, pero justamente por eso busca conquistar en un terreno donde por principio todo está perdido. Esa es la visión que tiene el hombre absurdo, no busca consuelo pues sabe que no lo obtendrá en ningún lado. Únicamente quiere convivir con sus verdades sin desprenderse de su particular visión de mundo.

Se comprende entonces que todos los seres humanos viven de acuerdo a la percepción que han ido adquiriendo del mundo. Indistintamente de cómo se decida afrontar la existencia, la vida y la muerte son quizá las únicas cosas que compartimos por igual. Alguno podrá pensar que esta afirmación es una obviedad, pero ese hecho demuestra que todos somos iguales por esencia. Por el simple hecho de compartir la vida y la muerte decimos que somos humanos. Lo que se decida hacer en ese lapso entre ambos extremos será algo personal y siempre será problemático determinar su naturaleza. El hombre absurdo ha decidido seguir el camino de la fidelidad a su razonamiento y en él ha descubierto dos cosas concretas. Por una parte ha encontrado un modo de vivir y convivir con los demás a partir de un auténtico y profundo respeto por la vida; ahí se puede considerar la posible existencia de una ética. Si bien podría decirse que este hombre no busca salvar al prójimo, sí se contenta con no causar daño, pues es consciente de lo que significa padecer un dolor. Y por otra parte ha ido conquistando su espíritu, que es finalmente la conquista más importante en tanto le permite permanecer en el presente y a la vez le permite conquistar la muerte. La conquista del espíritu es entonces la medicina para ganar la batalla de la existencia y eso lo comprendía muy bien Albert Camus. Así se muestra la vida del hombre absurdo, como una más que intenta comprender por qué esto, para qué aquello. No estoy por la labor de afirmar que la vida que decide llevar el hombre absurdo sea mucho más rica y valiosa que algunas otras, en lo absoluto. Yo mismo he llegado a considerar que su vida es igual de carente que muchas otras; sin embargo, por la forma en que mi espíritu captura la existencia, debo reconocer que la postura que ofrece Camus me hace pensar que se trata de una filosofía coherente. Únicamente se trata de una coherencia tanto teórica como práctica para mi propia existencia. Coherencia que llego a considerar pertinente en tiempos donde observo que todo es confuso y hueco. Parece que la humanidad va a estallar y esa actitud



consciente que asume y desafía es la que yo valoro en el hombre absurdo. Sin embargo, pienso incluso que este hombre honesto diría sonrientemente que su vida, aunque busca la coherencia, es absurda y frágil. Pero entonces observo que de esa misma confesión nace un último pensamiento y una última actitud. Ya se ha dicho bastante sobre la naturaleza del hombre absurdo; no obstante, aún falta analizar la última pieza del rompecabezas. Lo único que resta es deliberar la siguiente cuestión. ¿Hay sentido, es decir, vale la pena vivir a partir del estudio que he realizado de *El mito de Sísifo* de Albert Camus?

### 3.3 La creación efímera

La manera en que se puede responder la cuestión de si vale la pena vivir es como lo he hecho hasta ahora, es decir, sacando las consecuencias de los argumentos que constituyen el tema de lo absurdo en Camus. Partiendo de lo dicho hasta esta instancia, se puede observar que la naturaleza del hombre absurdo es real y se puede percibir en el mundo. Esto significa que la vida, en sus múltiples manifestaciones, predispone al espíritu humano a padecer ese sentimiento absurdo. Las condiciones en que cada ser humano vive influyen directamente en su propia naturaleza y de ahí lo absurdo, como ese estado lúcido en que se comprende la carencia del universo, se convierte en un modo de vida. Pero de todo ese embrollo que envuelve a lo absurdo emerge o sobresale una característica. El hombre absurdo elige la vida y el desafío apasionado, lo cual quiere decir que decide mantenerse dentro de su propio razonamiento al mismo tiempo que desprecia la muerte y por consiguiente el suicidio.

Detengámonos un momento y reflexionemos en este punto. Si se recuerda someramente la razón por la que Camus establece que morir es más absurdo que continuar viviendo, quizá, ahí, se podrá comenzar a vislumbrar un ápice de sentido. Morir voluntariamente o involuntariamente, dice el autor, es dejar de existir para siempre, es diluirse en el olvido junto con todo el universo. En ocasiones no se ve la gravedad de este hecho, pero si se analiza con frialdad, se entiende que el desprecio a la muerte viene porque ella misma es un abuso, una injusticia, es el más grande absurdo que se comete contra la humanidad. En ese sentido, nos recuerda el filósofo que este hombre elige vivir en lo absurdo porque sólo desde la vida se puede desafiar ese destino. Simplemente por eso la muerte nunca es una opción viable. De suerte que con todo fervor va este hombre a agotar su ser a cada segundo, a cada instante. Esa elección que ha tomado lo define como un ser comprometido con su realidad pues no elige la evasión. Es consciente de que su lucha es estéril e intrascendente, tal como su vida misma, pero eso a él no le importa. Su desprecio a la muerte es un síntoma más de su amor por la vida, y aunque sabe que nunca acabará nada y que nada de lo que haga valdrá para la posteridad, prefiere eso antes que el engaño. En efecto, todo es absurdo, pero no por ello las cosas que realiza este hombre no tienen sentido. Quiero decir que aun cuando su vida y su mundo son irreconciliables entre sí, hay un sentido auténtico que nace por el simple hecho de decidir vivir con todos los pensamientos y dolores que desgarran el espíritu. Yo diría más bien que Camus nos ha venido ofreciendo una distinción entre sentido eterno y sentido efímero. Por supuesto que hay valor y sentido en el hacer del hombre absurdo; sin embargo, por todo lo dicho, debo recalcar que se trata de un sentido que vale únicamente durante el tiempo en que él vive. No se trata de un sentido para la posteridad, para el recuerdo. Se trata solamente del empeño que no tiene sentido más allá del que

pueda tener en el presente. Por todo esto, el hombre absurdo piensa que vivir siempre vale la pena, porque en el rechazo a la muerte y en el ritmo apasionado por la vida ha encontrado su lugar y ha encontrado un pequeño sentido para su diminuta existencia. Toda la descripción que hace Camus pasa por ser consciente de lo trágico que resulta vivir, pero más que eso, pienso que consiste en ser consciente y aun así querer rebelarse contra ese destino inevitable que a cada uno de nosotros nos espera. Ahora entiendo por qué el filósofo elige y reivindica a Sísifo al pie de la montaña:

Se ha comprendido ya que Sísifo es el héroe absurdo. Lo es tanto por sus pasiones como por su tormento. Su desprecio de los dioses, su odio a la muerte y su apasionamiento por la vida le valieron ese suplicio indecible en el que todo el ser se dedica a no acabar nada. Es el precio que hay que pagar por las pasiones de esta tierra.<sup>29</sup>

Ciertamente, Sísifo es el héroe absurdo y su condena no es más inútil que su rebelión contra los dioses; empero, sus dolores y motivos que lo llevaron a rebelarse demuestran que incluso de lo absurdo puede brotar un sentido. Uno se imagina a un Sísifo apasionado que desprecia la muerte, que regresa al mundo y genuinamente se vuelve a enamorar de sus carencias. Podrá ser absurda su actitud, su lucha; pero de su amor por estos rincones sin esperanza nace ese sentido que hace que toda su vida, aunque intrascendente, valga la pena. Y creo que eso es a lo que está refiriéndose Camus, es decir, intenta decirnos que en realidad no hay un sentido natural en el mundo, sino que por la fuerza y pasión de nuestro espíritu uno puede hallar algo por lo que valga la pena quedarse. No se trata de ganar siempre, pues no todas las batallas que se emprenden tienen esa naturaleza de obtener algo en el camino trazado. De ahí que una vida esencialmente absurda sea infecunda, esto es, por principio se establece que uno simplemente se rebela porque el razonamiento y el sentir lo han llevado hasta esas instancias. Pero una vida así también enseña que nunca hay que esperar nada y que nada vale para el mañana, pues justamente por eso uno decide agotarse en el presente; del mismo modo en que Sísifo se empeña en empujar su roca cuesta arriba aunque sepa que nunca acabará su castigo.

Si el mito de Sísifo resulta trágico es porque su personaje es consciente y fiel a sus pasiones y razonamientos. Pero precisamente por ello, porque no se niega a sí mismo, es que no le importa

---

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 158-159.

tener que cumplir con su condena. En la ofensa que ha hecho contra los dioses y contra la muerte se ha convertido, como lo sostiene Camus, en el héroe absurdo. Ha elegido la vida y en ello va su sentido y su grandeza. El suplicio es sólo la consecuencia que de antemano sabía que le esperaba, por eso no se espanta y no evade la roca. Sucede lo mismo con el hombre absurdo, pues éste sabe qué significa permanecer en el presente y no tomar por verdad la esperanza. Digo pues que el hombre absurdo también debe pagar su peaje por el solo hecho de asumir lo absurdo. En este caso, el precio que paga es el de vivir atado a su propia conciencia y a sus propias pasiones. Por todo lo dicho, se entenderá cuán complicado es ser consciente, cuánto se nos revela y cuánto de esa luz nos apuñala el corazón. El hombre absurdo sabe y ese saber es justamente el precio que debe pagar mientras exista. Únicamente se trata de ser consecuente con las elecciones con las que uno decide enfrentar la realidad. Es por ello que Sísifo comprende lo absurdo de su suplicio a la vez que decide entregarse a él con ahínco, con ardor. Así mismo el hombre absurdo entiende lo inasible que resulta el universo y lo absurdo que termina siendo el hecho de morir; sin embargo, también por ello decide desafiarlo con ahínco y desprecio.

Queda claro entonces que a partir de la actitud absurda brota un primer sentido, es decir, una pequeña pero auténtica razón por la que vale la pena vivir. Nadie puede desafiar el destino de la humanidad más que la humanidad misma. Sísifo ha demostrado que la muerte sólo se puede vencer cuando uno la rechaza, cuando uno elige la vida; por ende, en ese gesto que nace de la razón y el espíritu se vislumbra la grandeza de los hombres que no creen en la esperanza y el futuro. Entonces la actitud absurda es el claro ejemplo de que el presente es lo único importante, esto en la medida en que ahí uno se puede agotar sin aspirar a nada más que no sea el puro instante. Ya se trató en otro momento esta cuestión; sin embargo, no está de más señalar qué cosas hace de manera concreta el hombre absurdo cuando se refiere a esa instancia de agotarse. Pues por otra parte, en ellas también se podrá apreciar de nuevo el sentido, es decir, otras razones por las que vale la pena seguir respirando.

Ya que esta actitud de querer agotarse en el presente requiere de un gran esfuerzo, es necesario que al mismo tiempo la conciencia se renueve constantemente. Por tal motivo, tanto para agotarse como para renovarse el hombre absurdo debe hacer y encontrar un lugar para no salirse de esos terrenos hostiles; pero sobre todo, debe hallar un lugar donde pueda sacar esa loza absurda que lleva sobre sus hombros. Sin embargo, no debe pensarse que lo hace con la intención de librarse de ella, sino más bien lo hace con la única intención de nutrirse de sus propios frutos. En este caso, Camus conduce su argumento hacia aquello que él llama la creación absurda. ¿Qué es la creación absurda? En primer lugar hay que considerar que la creación hace referencia a un principio, a aquello que se

engendra, a aquello que se produce y que se hace porque se considera pertinente. En ese sentido, la creación se relaciona con la palabra génesis, pues justamente ambas apuntan a un fundar, esto es, a un hacer algo inicial que antes no existía. No por nada se suele pensar en el primer libro del Pentateuco de Moisés cuando se habla de génesis. Por muchos es conocido el relato que describe la creación del mundo, del hombre y del pueblo de Israel antes del nacimiento de Jesucristo. Pues bien, sin ir más lejos, se observa que aquello que acontece en ese libro es un claro ejemplo de lo que significa la palabra creación.

Pero de estas consideraciones se puede ver que la creación es algo que está al alcance de nuestras manos, es decir, constantemente nos encontramos creando aunque no nos percatemos de ello. La experiencia de la creación es, pues, un acontecimiento que no nos es ajeno. De este modo, se observa que el hombre tiene la capacidad de engendrar por naturaleza. No es erróneo, por lo tanto, pensar al hombre como un ser que crea. El hombre es creador, por ello puede diversificar su ser en cuanto quiere. Pero de igual manera hay distintos tipos de creación, y en cualquier caso, la esencia de cada una dependerá del creador. Esto quiere decir que cada creación se define de acuerdo a los materiales con los que se cuenta y también con la manera en que se trabaja. De ahí que la creación a la que se refiere Camus se distinga de otras por su connotación absurda. El filósofo argelino apunta entonces a aquella creación que por sí misma no vale nada, a aquella creación que no pretende alcanzar la posteridad y se conforma con lo efímero. Piensa que la obra es la creación absurda que permite al hombre mantener lúcida su conciencia, que es el perfecto lugar donde se reflejan nítidamente sus derrotas y conquistas:

En este universo es la obra la única probabilidad de mantener la propia conciencia y de fijar en ella las aventuras. Crear es vivir dos veces. [...] Todos tratan de imitar, repetir y recrear su propia realidad. Terminamos siempre por tener el rostro de nuestras verdades. Para un hombre apartado de lo eterno la existencia entera no es sino una imitación desmesurada bajo la máscara de lo absurdo. La creación es la gran imitación.<sup>30</sup>

E inmediatamente precisa Camus:

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 126.

Describir, tal es la última ambición de un pensamiento absurdo. También la ciencia, al llegar al término de sus paradojas, deja de proponer y se detiene para contemplar y dibujar el paisaje siempre virgen de los fenómenos. El corazón aprende así que esa emoción que nos transporta ante los rostros del mundo no procede de su profundidad, sino de su diversidad. La explicación es inútil, pero la sensación subsiste y con ella los llamamientos incesantes de un universo inagotable en cantidad. Ahora se comprende el lugar que ocupa la obra de arte.<sup>31</sup>

¿Qué consecuencias debemos sacar de estos argumentos? Diría sobre todo que Camus descubre en la creación el lugar idóneo donde se puede encarnar el universo que ha comprendido y sentido el hombre absurdo. Todo ese trayecto espiritual, donde uno se enriquece a medida que pierde, es homenajeado bajo el aspecto de una obra sin futuro. La obra es entonces el resultado que refleja los rostros de un hombre rebelde que de antemano se encuentra vencido. La vida que ha decidido vivir este hombre se posa en los brazos de una conciencia que constantemente busca renovarse. De este modo la creación, la obra misma, son el lugar donde la conciencia se hunde y se nutre para poder continuar. Pero al hacerlo, el hombre absurdo da fundamento a todo aquello que él es y así vuelve a vivir. A eso precisamente se refiere Camus, es decir, en la creación el hombre se arroja y deviene bajo el aspecto de una melodía o una pintura. En realidad no importa mucho la forma, el rumbo que se elija ante las ansias de la creación. El fondo de este pensamiento únicamente indica que la obra absurda es el lugar donde las verdades cobran vida, pues va impreso el dolor y la rebeldía de quien crea. Se vuelve a vivir mediante la obra porque ahí queda grabado un fragmento de la esencia del creador. Por el simple hecho de ser un creador, el hombre, aunque absurdo, deja por un instante el sillón diminuto y ocupa lugar en él la grandeza que por momentos se asoma.

Si se ha de admitir que cada creador se distingue de otro por sus vivencias más profundas, es justo señalar que lo absurdo es lo que define la creación a la cual se refiere el filósofo argelino. Algunos piensan o ven en la obra de arte un lugar para crear momentos, sentimientos o pensamientos para el reconocimiento público. Algunos otros consideran que la creación es la posibilidad de trascender, que la obra es el medio en el cual uno perdura por generaciones. Algunos más opinan que la creación es producto del esfuerzo diario y hay quienes difieren y sostienen que la

---

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 127.

obra de arte es producto de la inspiración o intervención divina. Como se puede apreciar, cada quien lleva al límite sus pasiones y cada quien cree que uno es el que avanza por el camino correcto, que el de al lado es el que se equivoca. Pero es que en realidad no se trata de establecer quién tiene la razón a la hora de crear algo. Si algo se debe entender por los temas aquí expuestos, es que la obra es el fiel reflejo de uno mismo y que toda creación recrea nuestra muy particular visión de mundo. Eso es lo único que queda claro para Camus. Es por ello que la creación, la obra del hombre absurdo se contenta únicamente con imitar lo que para él es una realidad. La obra sólo sirve para volver a observar lo que acaece en su espíritu pero en ese juego apasionado también aparece un auténtico sentido. Esto significa que la obra misma es un gesto para llevar sus convicciones hasta donde sea necesario; por ende, aunque esta labor que ha descubierto no sea menos efímera que su propia vida, también es cierto que la obra es ya un motivo para no matarse. Yo observo un gran sentido en esta actividad absurda, pues la razón de ser de la obra es que ella misma es una extensión más de esta vida que reclama y no espera nada. Como un manantial inagotable que no trasciende, la obra se instala en la realidad del hombre absurdo como un hacer que tiene sentido si se comprenden las instancias antes tratadas. Vale la pena vivir porque también la creación es un suceso que refleja y rechaza los abusos de la muerte.

Expresadas así las cosas, se entenderá que ningún mérito aparece en este tipo de creación. Así como la muerte lo define todo, también lo absurdo se vuelve decisivo para quien lo reconoce y lo asume. Por ello la obra del hombre absurdo no quiere ser un ejemplo para nadie ni mucho menos desea el reconocimiento de las personas. El autor lo deja muy claro cuando argumenta que este hombre únicamente busca describir su mundo, pero no explicarlo. Parecería que se requiere de la explicación para entender al mundo; sin embargo, la lúcida conciencia de este hombre ya intuye cómo transcurre el mundo. No desea comprender, pues ya sabe que todo pasa por ser carente, inaprensible. Su última necesidad sería detenerse y explicar el mundo. ¿Explicar mediante una obra? Jamás. Piensa el hombre absurdo que la obra de arte no necesita explicar, sino simplemente describir. Ahora, esto tampoco significa que la explicación no sea necesaria o no forme parte del universo absurdo; más bien lo único que se nos aclara es que en la obra no es importante la explicación. Más adelante habrá ocasión de reflexionar sobre este punto. Pero volviendo a la cuestión, la descripción en la obra resulta mucho más importante porque ahí se expresa todo aquello que apasiona. Podrá ser carente y absurdo este mundo, pero describir en una obra es plasmar todo aquello que no acaba, toda esa porción de diversidad que hace vivir y nutre el corazón.

Así pues, la creación se convierte en un hacer que da sentido a la vida del hombre absurdo; sin embargo, también sabe que su obra no es él ni mucho menos el fin por el que vive. Esto quiere decir

que aun cuando su creación es parte elemental de su vida, eso no significa que la obra lo contiene o lo representa. Si bien hay mucho de él expresado en su creación, eso no termina por ser motivo suficiente para asumir que toda su vida queda registrada en ella. De igual manera comprende que crear no es la razón por la que ha decidido asumir lo absurdo. La obra finalmente es un acontecimiento importante para su vida pero al mismo tiempo le resulta completamente irrelevante. No puede ser un consuelo para su existencia la obra de arte. Es por ello que el creador absurdo no vive para su obra, es decir, no llega a sacralizar lo poco o mucho que pueda hacer. La conciencia de este hombre lo hace mantenerse siempre a ras de suelo; por ende, no es extraño que renuncie y llegue a despreciar su obra en ciertos momentos de su vida. Sólo así se entiende el lugar que ocupa la obra de arte en los terrenos que ha establecido Camus, es decir, un lugar efímero desde el cual no se emplea ningún esfuerzo por salvar la memoria del creador.

La creación efímera aporta un gran sentido para el universo del hombre absurdo; sin embargo, así como es capaz de crear una obra de arte, este hombre también llega a una creación igual de rica y diversa. En este caso la creación a la cual se refiere el autor apunta al espíritu de los hombres, es decir, a los fugaces momentos en que los hombres reivindican el fuego, la grandeza de todo aquello que debe perecer:

¿Cómo no se ha de comprender que en este universo vulnerable todo lo que es humano y no es más que eso adquiere un sentido más ardiente? Los rostros tensos, la fraternidad amenazada, la amistad tan fuerte y tan púdica de los hombres entre sí son las verdaderas riquezas, puesto que son perecederas. Entre ellas es donde el espíritu siente más sus poderes y sus límites.<sup>32</sup>

También Sísifo aparece aquí, puesto que su condena ha sido el resultado de su amor por la vida, por la fragilidad y fortaleza de los hombres. Esa es la grandeza del hombre absurdo, la que se entenece y horroriza por las cosas más simples que ocurren a nuestro alrededor. Y así, al comprender que es por la conciencia por la que puede apreciar todo esto, es que apuesta hasta la última moneda por conservar esa claridad de espíritu y no desea la inconciencia en ningún momento. Esa creación de espíritu, de conciencia, es la que lo lleva a ver a la humanidad como la especie humillada que hay

---

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 118.



que defender. Sin duda alguna el hombre absurdo lleva una bandera en la mano aunque nadie la ve. Lleva la bandera que le da la espalda a la muerte y se aferra a morir junto a los olvidados.

Por todo ello es que Sísifo sigue siendo en nuestros días el héroe absurdo, porque ha elegido el camino de la obstinación y no el de la aceptación o la evasión. Y si finalmente el hombre absurdo encuentra un sentido ardiente en todo lo humano, es justamente por la fragilidad con que está condicionada su naturaleza. En las pequeñas relaciones que jornada a jornada forman los seres humanos, en las cosas en que creen y en que observan la grandeza, es donde más aparece la amenaza. Y no hay amenaza más grande que la de ver destruida las cosas que elevan y ensanchan el espíritu de los hombres. Después de todo me refiero, al igual que el autor, a la grandeza que se puede observar en la amistad, en el amor. Ahí el hombre se hace grande y por un instante vence su irremediable destino. Por lo menos, a esas conclusiones llega el razonamiento del hombre absurdo. Y si a estas alturas de la investigación se habla de amistad o de amor es porque en realidad no hay muchas cosas que adquieran el rostro ardiente de la grandeza humana. Porque finalmente la amistad y el amor son otra manera de desafiar la existencia. Por eso, estas pequeñas cosas que suceden en la vida de los hombres son las que libre y apasionadamente intenta defender Albert Camus. Si se desprecia la muerte es precisamente por ello, porque está presente, porque atenta y corrompe el sentido que sólo los hombres pueden hacer brillar.

El autor sabe que la muerte es trágica porque duele, porque se sospecha el vacío y la pérdida de posibilidades que en cada caso se cancelan. Por estas razones la conciencia absurda nos revela cuestiones decisivas, pero al mismo tiempo nos atenaza y nos arrincona. Por supuesto que lo absurdo dimensiona todo y así, aunque la muerte sea vista como una injusticia, es preciso aprender a vivir y morir con esa tragedia. Con esto quiero decir que para un razonamiento absurdo, la muerte es vista como algo trágico pero no como un problema. Si la muerte es trágica es justamente porque no tiene remedio, porque en última instancia finaliza todo. Pero la muerte no tiene el carácter de problema, al menos no como uno de esos que los seres humanos resuelven optando por una solución u otra. No se trata de resolver la muerte porque en principio no hay nada que resolver; la ecuación se nos escapa y va mucho más allá de una hipotética respuesta. Ante esta situación, la única actitud viable es la que desafía y encuentra sentido en la obra y en todo aquello que despierta lo humano.

Vuelvo a echar un vistazo al pensamiento de Camus y ahora lo percibo cargado de sentido. Por todas partes aparece y así él mismo se responde la cuestión apremiante del suicidio. Creo que ha dado suficientes motivos para permanecer en el presente y no elegir el camino que se desentiende de la realidad. Creo que los pasos del hombre absurdo van siguiendo las huellas de Sísifo, de aquél

fundador de lo absurdo, de aquél personaje solitario y valiente. Vale la pena vivir en un mundo donde todo parece inasible y carente, eso me queda claro. En realidad sólo se trata de una simple pero genuina actitud de rebelarse contra el destino humano. Ahora observo ese valor, ese sentido que nace de la elección de quedarse y obstinarse. Pero ahora comprendo también cuál es el acontecimiento que termina este ciclo, quiero decir, el acontecimiento que envuelve, que termina por llenar de sentido la vida del hombre absurdo.

Llego, después de un largo recorrido, al suceso culminante del tema de lo absurdo. Llego a la filosofía y a sus terrenos siempre inacabables. ¿Cómo aparece la filosofía en el pensamiento de Albert Camus? Del mismo modo en que aparece el sentimiento absurdo, es decir, de manera espontánea. Nadie sabe con total certeza por qué uno se decanta por un rumbo u otro en ciertos momentos. Nadie comprende por qué los fenómenos aparecen en nuestra vida y por qué llegan de una manera y no de otra. Nadie sabe por qué de la noche a la mañana lo absurdo toca nuestra puerta y se instala en nuestra vida. El fenómeno es incierto, pero está ahí y no se puede negar. Quiero decir que la pregunta aparece inesperadamente en el hombre y así es como se va ejercitando sin descanso en ese oficio del preguntar. Así comienza la labor de la filosofía, por una duda y una necesidad auténtica de querer hundirse en las preguntas. Se le podrá llamar amor por el saber, ciencia o incluso se dirá que solamente aquel pensamiento ordenado por la razón puede ser llamado filosofía. Pienso que la definición que se le pueda dar no atenta contra su esencia. Y acaso yo no encuentre otra esencia en la filosofía más que la de indagar sobre cuestiones que uno encuentra decisivas para la vida de cada quien. Es por eso que la filosofía, es decir, el pensamiento de los hombres sea tan diverso y es por eso que se traten infinidad de asuntos. No me resulta extraño, pues la diversidad de la que hablaba Camus es justamente la que propicia que el pensamiento se diversifique y busque su camino. El hombre siempre atiende los llamados de su corazón y por eso la filosofía es tan rica y abundante.

Esas preguntas fundadoras de la filosofía aparecen en todos los hombres que llevan su ignorancia y su necesidad al límite, esto es, en todos aquellos que no temen no encontrar respuestas y se contentan en ese hallazgo. A diferencia de la obra de arte, en esta nueva instancia que es la filosofía, el hombre sí intenta explicar, al menos para él mismo., Aunque es probable que nunca termine esa labor del pensamiento, el hombre quiere encontrar y aclarar; por ende, la explicación ahí sí tiene cabida. Pero ya que podemos identificar y diferenciar un pensamiento de otro, es preciso decir que la filosofía que aparece en Camus está notoriamente cubierta por lo absurdo. El pensamiento más profundo de *El mito de Sísifo* comienza con lo absurdo, pero tiene su origen en otro lado.

Comprendo que si bien lo absurdo es el objeto de estudio de esta investigación, el asunto no se queda ahí ni mucho menos parte de ahí. Para ser franco, he de decir que la muerte es la realidad que da origen y fundamento al comportamiento y filosofía del hombre absurdo. Permítanme explicar a detalle. En primer lugar creo que no se debe dudar que todo lo que ha hecho el hombre absurdo es filosofía. Sus razonamientos, sus deliberaciones, sus elecciones, así como su actitud y sus pasiones, todo ello implica un esfuerzo individual y persistente. Es que en realidad ha filosofado, porque en el camino, en el paso fugaz que recorre ha descubierto el sentimiento absurdo. El resto, las consecuencias para su vida son justamente eso, el desenlace del pensamiento y la pasión. Pero no se confunda lo que sucede con él, pues si algo se ha visto, es que la filosofía del hombre absurdo rebasa los límites de la teoría y desemboca en una realidad innegable. Es aquí, en el mundo, donde la filosofía del hombre absurdo emana como un modo de ser, como un modo de vivir. Evidentemente no deja de lado el convento de ideas y especulaciones, pero no se contenta con ello. La gran diferencia entre este hombre que filosofa y algunos otros, es que éste ha comprendido que no se puede llevar a cabo la filosofía sino es viviéndola, sino es arrojándola a las calles. Su amor por la vida, su desprecio a la muerte, su apetito del presente, su desafío, todo eso es filosofía. No se dude que esos modos de ser han partido de la duda y el ejercicio útil del preguntar. El hombre absurdo nunca ha dejado de ejercer el oficio de filósofo, su vida es producto de ello; sin embargo, nunca ha filosofado con la intención de ser reconocido, de ser llamado filósofo. Al hombre absurdo no le interesa la vanidad y no se pregunta para satisfacer a los otros. Siempre lo ha hecho por convicción, por necesidad. Tanto el hombre absurdo como la filosofía son solitarios, ese es su carácter natural y está bien que sea así.

Ahora bien, pienso que esta filosofía que se aprecia en los argumentos de Camus tiene su origen en la muerte por varias razones. Desde el comienzo del estudio se ha indagado sobre una cuestión central. Saber si la vida vale la pena vivirse es la pregunta que el autor ha establecido como más apremiante. Todo el análisis de su libro ha sido un intento por aproximarse a una posible respuesta. Lo absurdo se lleva los reflectores y la atención del público, pero pienso que la conciencia de muerte es la que definitivamente sostiene el universo que Camus ha creado. Y esto lo digo porque el modo de ser del hombre absurdo, con todas las instancias que ha recorrido para llegar hasta donde ha llegado, son el resultado de una conciencia que parte de la muerte. Ser consciente de la muerte es apreciar nuestra finitud y nuestra irrevocable condición de seres condenados al olvido. La muerte gobierna el pensamiento de este hombre, no puede zafarse de esas ataduras y por eso en el desafío odia la muerte. La muerte es el punto final que nos priva de las carencias y la absurdidad de este mundo. Es por ello que la filosofía es posible y tiene su origen en la muerte, a la vez que la filosofía y la vida de este hombre cobran sentido. Quiero decir que la filosofía es posible porque existe la

muerte; o lo que es lo mismo, por la muerte el hombre hace filosofía. Sin ella, no tendría sentido preguntar, no tendría sentido angustiarse y no podríamos experimentar el sentimiento absurdo. Si la muerte no existiera nada de lo que hiciéramos tendría razón de ser, estaríamos condicionados a vivir una eternidad o una quietud sin complicaciones. Sin la muerte, los genuinos fenómenos del amor, la amistad, el arte, serían inalcanzables, no existirían. Y sin embargo y pese a todo, la muerte existe. Por eso sostengo que toda la filosofía que aparece en los argumentos de Albert Camus se origina por este hecho, por esta punzante conciencia de muerte que se tiene. Entonces se comprende que la muerte nos define y por ella la vida de los hombre tiene sentido. ¿Acaso se duda de esta verdad? Será cuestión de opiniones, pero para mí es una realidad de la cual no puedo dudar. Después de todo, uno se angustia porque existe la muerte. Uno se esfuerza por realizar cosas que uno considera importantes porque se sabe que nuestra vida es corta. Uno ama desesperada y perentoriamente porque la muerte está presente. Si la muerte no existiera dudo que nos hiciéramos muchos problemas, dudo que nuestras alegrías y penas tuvieran sentido alguno. Pero finalmente ese es el razonamiento de Camus y de su hombre absurdo. Esta vida vale la pena vivirse porque no hay algo más allá, porque con la muerte todo culmina. Nadie nos asegura nada y la vida, aunque absurda, tiene sentido justamente porque la muerte existe. Nuestros más simples hábitos, nuestras pasiones y razones encuentran su sentido porque habremos de perecer algún día. Así también la filosofía nace y comienza a vivir. El pensamiento filosófico, al menos el de esta investigación, tiene su origen en la muerte. ¿Quién tendría la necesidad de filosofar si se corriera el rumor de que la muerte ha desaparecido? Absolutamente nadie. Si preguntamos con afán es porque no tenemos mucho tiempo para entender la realidad. En un hipotético lugar donde nadie muriera, la filosofía no tendría lugar y todas las cosas que valen serían inútiles e incomprensibles. Es por ello que la filosofía y la vida tienen sentido, es decir, porque al mismo tiempo la muerte otorga y quita el valor a todo lo que existe. Vale la pena vivir, vale la pena preguntar, vale la pena desafiar porque la muerte recorre nuestra sangre. ¿Ahora se observa qué lugar ocupa lo absurdo en el pensamiento de Camus?

Este tipo de filosofía ahonda en lo absurdo porque es algo que se siente; por consiguiente, la búsqueda, la descripción y explicación que aparecen en la obra del argelino sólo son el resultado de un mal espiritual que nace de la muerte. Aquí no hay lugar para el ego, para ese yo que quiere conocer para saber más, para ser sabio. Si el hombre absurdo ha tropezado con la filosofía es porque sus angustias le han llevado ahí, pero él nunca se ha propuesto otra cosa más que atender sus propios pesares. De este modo, el hombre absurdo ha recorrido un largo trayecto hasta llegar a reconocer la carencia pero también el sentido que aparece en el mundo. Es por eso que la creación filosófica se vuelve decisiva para su vida, esto en tanto ahí se devela el sentido de su naturaleza efímera. Lo humano, lo que perece, avanza a la par de la muerte, va al ritmo de su tonada. Me

queda claro que la actitud absurda es ya un desafío, elegir ese sendero es aceptar vivir al filo del precipicio, del dolor. Por todo ello comprendo por qué en ocasiones el corazón se contenta en los gestos más pequeños e intrascendentes. Aunque en ocasiones se crea y se actúe como si nada ocurriera, lo cierto es que lo absurdo y la muerte definitivamente nos cambian:

Rambert no tuvo tiempo de mirar esta forma que corría hacia él y que se arrojaba contra su pecho. Teniéndola entre sus brazos, apretando contra él una cabeza de la que no veía más que los rizos familiares, dejaba correr las lágrimas, sin saber si eran causadas por su felicidad presente o por el dolor tanto tiempo reprimido, y seguro, al menos, de que ellas le impedirían comprobar si aquella cara escondida en su hombro era con la que tanto había soñado o acaso la de una extraña. Por el momento, quería obrar como todos los que alrededor de él parecían creer que la peste puede llegar y marcharse sin que cambie el corazón de los hombres.<sup>33</sup>

Camus me ha hecho entender cuál es la lucha que tiene sentido, es decir, por qué empeñarse y defender lo humano siempre procura la grandeza de espíritu. Se realiza una obra de arte de la misma forma en que uno ama, de manera espontánea y fervorosa. No hay tiempo para el mañana, el mundo es carente y nuestras alegrías nos queman antes de poder saborearlas. En ese sentido, esa clara conciencia resuena fuertemente en nuestra inmediatez y sólo así es posible agotarnos a través de creaciones efímeras. Después de todo, el autor no ha hecho otra cosa más que hablarnos de cosas humanas, tan humanas como la nostalgia, el odio, la fortaleza, la felicidad, la angustia, etcétera. Ahí están presentes, lo humano respira a través de los poros de *El mito de Sísifo*, sólo es cuestión de observar con precaución y no pasar por alto ningún detalle para entender que se habla de cosas simples y reales.

Comprender lo que vale, lo que uno estima importante en una realidad sin muchas buenas noticias es tarea individual y no hay otro camino para llegar ahí. Cada uno debe encontrar, al igual que el hombre absurdo, el hondo sentido de querer permanecer en este mundo. Cada quien debe padecer en ese complicado trayecto que consiste en aprender a rechazar la muerte y elegir la vida.

---

<sup>33</sup> Albert Camus. *La peste*. pp. 243-244.

Sólo así uno puede entender el inmenso significado de las cosas pequeñas que día a día nos suceden. Sólo así uno se entrega con ardor a los misteriosos laberintos del amor o la amistad. Ver la realidad con la mirada absurda nos permite redefinir cada rincón de la existencia y valorar lo que para otros ya es cosa vulgar y corriente. Nadie más entenderá por qué lo humano nos resulta tan maravilloso y perverso. Solamente nuestro pensamiento y nuestro corazón sabrán que empujar una roca cuesta arriba es la tarea inútil que nos permite vencer aquél destino por el que todo se sostiene. Para alguien que ha elegido lo absurdo la peste nunca termina, pero eso no impide que la alegría no nos consuma en ciertos momentos. Creo más bien que por todo lo dicho, uno aprende a alegrarse con la misma pasión y la misma prisa con que lo hace Rambert en *La peste*. Parece que Camus está totalmente de acuerdo en este punto, pues no sólo lo piensa de ese personaje, sino también de Sísifo. A pesar de lo absurdo que resulta su castigo eterno, el filósofo considera que la dicha es quizá el último hallazgo que Sísifo ha encontrado para sentir que no todo está perdido:

Dejo a Sísifo al pie de la montaña. Se vuelve a encontrar siempre su carga. Pero Sísifo enseña la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. Él también juzga que todo está bien. Este universo en adelante sin amo no le parece estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esta piedra, cada fragmento mineral de esta montaña llena de oscuridad, forma por sí solo un mundo. El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso.<sup>34</sup>

Sísifo queda ahí, asumiendo el precio de sus elecciones en una condena que nunca acaba. Sus tristezas y alegrías se esfuman en una eternidad condicionada por la roca y la montaña. También yo debo asumir el precio de mis palabras y concluir mi travesía. Ya es tiempo de dar por terminada mi investigación. Sólo tengo un par de cuestiones que quisiera añadir. Reflexionado en Sísifo pienso que es cierto, que hay que imaginarlo dichoso tanto en sus conquistas como en sus derrotas. Al igual que él, uno mismo debe ser lo suficientemente franco y admitir que la existencia nos encadena y nos libera. La vida, como el ocaso, va para un solo lado y nunca vuelve a ser lo que era cuando lo absurdo gobierna. Es justo entonces que asistamos a nuestro propio ocaso, a nuestro propio entierro con la firme intención de desafiar el destino. De esta manera llegaremos a ese difícil pero auténtico

---

<sup>34</sup> Albert Camus. *El mito de Sísifo*. p. 162.

pensamiento que admite que vale la pena vivir. Sísifo lo sabía, y en ese saber se pone por encima de la muerte y de los dioses. Alguien que prefiere lo humano antes que lo divino es alguien que vence su destino. Se nos invita a vivir y morir de buena gana, pero si algo sugieren las palabras de Albert Camus, es que hay que morir irreconciliados pero siempre con pasión. A falta de más palabras, diría finalmente que el ser humano aún debe sumergirse en ese abismo nocturno que aspira a la pregunta. Solamente en la oscuridad interminable el corazón del hombre puede transformarse en cenizas ardientes. Solamente en soledad el hombre puede aprender a caminar por sí mismo y a soportar su roca.

## Conclusiones

La lectura de *El mito de Sísifo* de Albert Camus apela a un momento decisivo del pensamiento filosófico occidental. Con este pequeño texto, nuestro autor aporta una serie de reflexiones poderosas para su oscura época. Considerando los hechos sociopolíticos de Europa en la primera mitad del siglo XX, la crítica filosófica se volvió decisiva para cuestionar y entender por qué la humanidad se encaminaba a su propia destrucción. Las atrocidades que la Segunda Guerra Mundial dejaba a su paso condujeron a Camus a cuestionar con total justificación si la existencia humana carecía de sentido. No obstante, la precisión con que el autor indaga los sucesos históricos que observa, hace que las reflexiones de su obra cuestionen no sólo esa realidad, sino también el seno mismo de la filosofía y la religión.

El tema que se ha tratado, el de lo absurdo que resulta la existencia humana, plantea desde un principio al suicidio como el único problema filosófico verdaderamente serio. Las intenciones de Camus son claras, indagar en primer lugar si vivir tiene algún sentido antes que intentar responder otras cuestiones menos apremiantes. Con tal poderío comienza el texto y uno simplemente no puede evadir la pregunta. Pero la pregunta, como lo dije anteriormente, cuestiona tanto a la filosofía como a la religión. ¿Por qué *El mito de Sísifo* las cuestiona? Porque para Albert Camus no es claro que la vida, por sí misma, tenga un sentido intrínseco. De hecho eso es lo que se cuestiona permanentemente y toda mi investigación no es sino el intento por comprender su duda. El autor, en ese sentido, cuestiona a la filosofía porque considera que primero hay que responder lo más elemental, esto es, nuestra existencia. Se trata únicamente de saber lo que sin duda alguna no queda claro. Si la vida vale la pena, entonces es justo que la filosofía pase a responder otras cuestiones. Si no vale la pena, entonces el tema del suicidio tiene total validez y habrá que preguntar como Camus por qué uno simplemente no se mata.

El planteamiento de lo absurdo aparece, entonces, como el fundamento que determina el comportamiento de quien se plantea estas preguntas. Sin embargo, el discurso de Camus tampoco quiere recurrir a lo absoluto, es decir, a la religión, para esclarecer sus angustias filosóficas. No será lo divino, la esperanza de otras vidas ni la esperanza de un mañana lo que contente su pensamiento. El alejamiento del razonamiento humano es lo que caracteriza el sentir religioso; y eso, justamente, es visto por el autor como ilusión o engaño. Por ello mismo se comprende por qué también la religión ha dejado, al menos para el argelino, de ser la respuesta a todos los dramas humanos.

Con todo lo dicho, me queda claro por qué Camus rescata la figura de Sísifo al mismo tiempo que rechaza la figura del que evade la realidad mediante la esperanza o el suicidio. Sísifo viene a



representar al hombre absurdo porque ambos rechazan la muerte y lo divino. Comparten el sentimiento de pérdida, pues obran sabiendo que nada de su hacer vale para el mañana. Por lo tanto, la esencia del hombre absurdo es observar su mundo y despojarlo de todo valor. Este hombre desnuda la existencia y la desafía con rebeldía y pasión. Al hacer esto recobra su libertad como ser humano, porque, evidentemente, Camus piensa que sólo así uno dignifica la condición de existir. A diferencia del hombre que se espera o se suicida, el hombre absurdo sabe que nunca más volverá a conciliarse con su mundo, sabe que nada vale y que la muerte lo define todo. Sin embargo, considero que el rasgo más esencial en el hombre absurdo y Sísifo, es que ambos poseen un amor auténtico por la vida. Resulta interesante pensar por qué Camus retoma este planteamiento ante lo absurdo de la existencia; no obstante, considerando los argumentos expuestos en mi investigación, se puede observar que pese a todo lo trágico de la existencia, el filósofo elige la vida porque es lo único que en realidad hay. Y pese a todo lo trágico que puede resultar la existencia de los hombres, Camus encuentra en la vida un valor auténtico, pero este valor adquiere un nuevo sentido desde que lo absurdo se revela con total claridad en su conciencia. Nuestro autor critica la ausencia de sentido en la existencia, pero sabiendo que compartimos la condición de seres condenados a morir, es que se aferra a no ceder a ese destino y encuentra en la vida tanto sus pasiones como sus razonamientos más hondos.

Con *El mito de Sísifo*, Camus nos permite observar la derrota del hombre ante su realidad. Uno entiende que para el filósofo argelino, el ser humano es aquél ser abandonado a su suerte. No hay nada que lo consuele y quizá, su más grande tragedia consista en saber eso y aun así elegir vivir con ello. Camus nos deja la figura del hombre absurdo como aquél que se esfuerza por rebelarse contra su destino: la muerte. Constantemente nos repite su desprecio a la muerte y el sentimiento de injusticia que le provoca. Es la muerte el mayor de los absurdos y no es posible ni siquiera imaginar un lugar más allá de estos límites humanos. El autor no repara en decir que nuestra condición es absurda y dolorosa; no obstante, está convencido que es preciso quedarse con esas verdades, aunque lastimen, a evadir la realidad y fingir que todo marcha bien.

Pero tampoco se piense que la lectura de Camus está cargada de pesimismo. De ninguna manera. Quizá, esta investigación me ha arrojado la certeza de que hay una especie de vitalismo en su obra. Critica la ausencia de sentido en la existencia sólo para dotarla de sentido mediante la crítica filosófica. La vida, en ese sentido, no es para él lo peor que le pueda pasar a alguien. Efectivamente, pues para alguien alejado de las tinieblas existenciales no habría tal comprensión del dolor al cual se está refiriendo Camus. La vida puede resultar maravillosa para quienes no padecen el sentimiento absurdo. El argumento del argelino más bien nos explica que la vida es problemática cuando la

conciencia se presenta y nos muestra la configuración del mundo como algo incomprensible. Ahí, en la incomprensión de la vida, la existencia de cada uno se torna problemática. Y sólo cuando se llega a esa instancia, las preguntas referentes al suicidio aparecen con total naturalidad y justificación.

Ahora bien, si se considera que *El mito de Sísifo* se gesta al mismo tiempo en que la Segunda Guerra Mundial aún está activa, es fácil comprender el por qué el autor habla de lo absurdo. Sin ninguna paz posible, Camus redacta una crítica contra la sociedad y plantea el suicidio como una auténtica posibilidad. Aun sabiendo los terribles alcances a los que la razón puede llegar, la rescata para elaborar su discurso filosófico. Quiero decir que pese a todo derrumbamiento del hombre, de la dignidad y la moral, Camus la retoma y le da su justo valor. Será, al final de cuentas, el razonamiento filosófico el que acompañe la labor del hombre absurdo. ¿En qué sentido? En el sentido en que la razón es lo único cierto que no puede negar. La fe en otras vidas, por ejemplo, es algo que el razonamiento no puede terminar de entender. Y sí entiende, por ejemplo, que el sufrimiento es el manantial con que uno aprende mucho más de la naturaleza humana. Así que Camus elige la razón pero sólo en este sentido estéril, pues siendo precisos, también se observa un rechazo a ver a la razón como absoluta. En la filosofía del argelino la razón absoluta no tiene cabida, justamente porque su propio razonamiento le hace ver que lo absoluto es un ideal que no se puede entender. En *El mito de Sísifo* la razón está en el mismo escalón en que se encuentra la pasión. Esto sólo puede significar que la razón ya no es vista como el todo, pues ciertamente ella no puede comprenderlo todo y aun cuando es importante en nuestras vidas, no puede ser el único motor por el cual vivimos.

En resumidas cuentas, diría que el tema de lo absurdo es un asunto mucho más complicado de lo que he podido señalar hasta ahora. Mi comprensión de la lectura de Albert Camus intenta expresar la relevancia de plantear la pregunta por el sentido de la vida. La encuentro tan fundamental que estoy convencido que esta investigación no es el final sino el comienzo de nuevos planteamientos filosóficos. Pensar en el parentesco de épocas entre Camus y nosotros, entre nosotros y la historia, me hace ver que en realidad lo único distinto son los modos de encarar la existencia. Lleva toda la razón Camus cuando señala que lo absurdo es lo que nos orilla a hablar de lo absurdo, es decir, que solamente se trata de un mal espiritual que nunca termina. Si esto es verdad, justifico mis intenciones al abordar este complejo tema. Ahora que la investigación ha terminado comienza lo más difícil, ahora se trata de vivir.

## Bibliografía

- Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Barcelona, Altaya, 1995. pp. 183.
- . *El primer hombre*. México, Fábula Tusquets Editores, 2010. pp. 299.
- . *La peste*. México, Sudamericana, 2014. pp. 255.
- . *El extranjero*. Barcelona, Altaya, 1995. pp. 118.
- . *Los justos, Los poseídos*. Buenos Aires, Losada, 2004. pp. 323.
- Cioran, Emil. *Del inconveniente de haber nacido*. Madrid, Taurus, 1995. pp. 187.
- . *La tentación de existir*. España, Taurus, 1989. pp. 206.
- . *Adiós a la filosofía*. Barcelona, Altaya, 1995. pp. 146.
- . *Ese maldito yo*. México, Fábula Tusquets Editores, 2010. pp. 201.
- . *Silogismos de la amargura*. España, Marginales Tusquets Editores, 2007. pp. 147.
- Ionesco, Eugéne. *La lección, El maestro, Víctimas del deber, La joven casadera*. Buenos Aires, Losada, 2009. pp. 189.
- De Unamuno, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida*. Barcelona, Altaya, 1993. pp. 295.
- . *Niebla*. México, Época, 2008. pp. 148.
- Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Barcelona, Altaya, 1993. pp. 471.
- . *El nacimiento de la tragedia*. México, Tomo, 2010. pp. 219.
- . *Ecce homo*. España, Alianza, 2011. pp. 202.
- Sartre, Jean Paul. *La náusea*. Barcelona, Altaya, 1995. pp. 227.
- Platón. *La república*. Barcelona, Altaya, 1993. pp. 505.
- . *Apología de Sócrates*. Barcelona, Oceano, 2001. pp. 198.
- Descartes, René. *Discurso del método*. México, Porrúa, 2010. pp. 75.

- Kant, Immanuel. *Crítica de la razón pura*. México, Taurus, 2006. pp. 692.
- . *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. México, Porrúa, 2010. pp. 75.
- . *Lo bello y lo sublime*. México, Tomo, 2004. pp. 170.
- Kierkegaard, Sören. *Diario de un seductor*. México, Fontamara, 2009. pp. 131.
- La Santa Biblia*. Brasil, Sociedades Bíblicas Unidas, 1999. pp. 971.
- Alighieri, Dante. *Divina comedia*. México, Ediciones Leyenda, 2011. pp. 307.
- Sófocles. *Siete tragedias*. México, Ediciones Leyenda, 2010. pp. 219.
- Esquilo. *Siete tragedias*. México, Porrúa, 2007. pp. 219.
- Poema babilonio: *Gilgamesh o la angustia por la muerte*. México, Colegio de México, 2008. pp. 230.
- García Olvera, Francisco. *Ánthropos, El misterio del hombre I*. México, UNAM, 1997. pp. 287.
- . *Ánthropos, El misterio del hombre II*. México, UNAM, 2012. pp. 260.
- . *Ánthropos, El misterio del hombre III*. México, UNAM, 2014. pp. 104.
- Sacheri, Eduardo. *Lo raro empezó después*. Buenos Aires, Alfaguara, 2012. pp. 264.
- Felipe, León. *Antología rota*. México, Losada, 1998. pp. 231.
- Gelman, Juan. *De palabra, Poesía III (1973-1989)*. Madrid, Visor Libros, 2008. pp. 691.
- Huidobro, Vicente. *Altazor*. México, Fontamara, 2009. pp. 111.